

PAUL MAAR  
EL SEÑOR BELLO  
Y EL ELIXIR AZUL



Siruela

**PAUL MAAR**

**El señor Bello  
y el elixir azul**



Ediciones Siruela

## Índice

Cubierta

1 MAX NOS CUENTA

2 TEOBROMINO Y DON MILLARDO

3 LA EXTRAÑA ANCIANA

4 MAX NOS CUENTA Y EXPERIMENTA

5 EL ABONO MILAGROSO

6 MAX NOS SIGUE CONTANDO

7 MAX NOS HABLA DEL PERRO BELLO

8 MAX NOS HABLA DEL SEÑOR BELLO

9 DOS SORPRESAS PARA TEOBROMINO

10 MAX NOS VUELVE A CONTAR

11 EN LA COMISARÍA

12 MAX NOS HABLA SOBRE LA EDUCACIÓN DEL SEÑOR BELLO

13 PLANES GASTRONÓMICOS Y OTRAS CURIOSIDADES

14 MAX NOS HABLA BREVEMENTE DE UN CONCIERTO BREVE

15 LA MENTIRA DE TEOBROMINO

16 BUSCADOS Y ENCONTRADOS

17 DOS SE QUEDAN PATIDIFUSOS

18 MAX DA CONSEJOS PROFESIONALES

19 UNA PEQUEÑA CARTA CON ENORMES CONSECUENCIAS

20 MALAS NOTICIAS

21 LA METAMORFOSIS

22 UNA CONVERSACIÓN UNILATERAL ENTRE HOMBRES

23 UNA VISITA INESPERADA

24 MAX ESTÁ CONFUSO

25 UN ENSAYO DEL CORO

26 MAX ORGANIZA UN PLAN

27 A LA BÚSQUEDA

28 LA SEGUNDA METAMORFOSIS

29 MAX TIENE LA ÚLTIMA PALABRA

EPÍLOGO

Créditos

EL SEÑOR BELLO  
Y EL ELIXIR AZUL

PAUL MAAR

Traducción de María Falcón Quintana

Ilustraciones de Ute Krause

Las Tres Edades Ediciones Siruela

# EL SEÑOR BELLO Y EL ELIXIR AZUL



Para Ulrich Limmer, en agradecimiento  
por lo divertida que resultó su colaboración  
en nuestros guiones de cine

# 1

## MAX NOS CUENTA



Si aquel día esa anciana no hubiera entrado en la farmacia de papá, nos habría evitado una gran emoción. Y también a Millardo.

Esto último suena a que nos habría evitado también a Millardo. Pero no era ésa mi intención. Aunque Millardo bien puede llegar a crispar los nervios de cualquiera con sus continuas mediciones, tablas y listados.

Siempre que visito su granja con papá, mide mi altura, por ejemplo. Luego anota los resultados en forma de punto en una tabla y los une con una línea roja. De ese modo, dice, puede seguir de forma exacta la evolución de mi crecimiento. Aunque no sé de qué sirve. También puedo apreciar el estirón en mis pantalones. Los del año pasado ya me llegan por los tobillos.

Además, no me permite que le llame Millardo, aunque ése sea su verdadero nombre. Me corrige constantemente:

–¡Max, mi nombre es *don* Millardo!

Lo cierto es que don Millardo es muy amable. Y, además, es el mejor amigo de papá.

Y si esa anciana extraña no hubiera entrado en la farmacia, nunca habríamos conocido al señor Bello. Y eso habría supuesto una gran pena. Así que estuvo bien que nos trajera aquel líquido.

Pero quizá debiera comenzar mi historia desde el principio.

Verena afirma que hay que empezar las historias por el comienzo y no por el final. En cualquier caso, Verena Celeste no aparece hasta más tarde. ¡Así que empezaré la historia desde el principio!

Todo comenzó cuando papá me regaló un perro por mi duodécimo cumpleaños. Cuando le dije que quería un perro, me dijo:

–¡Imposible! Un perro en la farmacia. Eso es antihigiénico. No puede ser.

Papá es farmacéutico. Es dueño de la farmacia Teobromino de la calle de los Leones.

–El perro no pisará jamás la farmacia. Estará siempre arriba, en el piso –le aseguré.

Papá se limitó a sacudir la cabeza:

–Max, un perro necesita salir. Y arriba en el piso ¿cómo piensas hacerlo?

–¡Sé muy bien cómo hacerlo! –exclamé.

Pero se limitó a sacudir nuevamente la cabeza.

Le conté a la oronda señora Catacaldos, la asistente de nuestro piso y de la farmacia desde hace ya veinte años, lo mucho que deseaba tener un perro. Y que papá no me lo permitía.

Y entonces ella me sugirió:

–Deja que hable con tu padre. Quizá consiga hacerle cambiar de opinión. Será mi regalo de despedida. La semana que viene me jubilo y se acabó el limpiar.

Habló con él y le dijo que el chico (es decir, yo) estaba mucho tiempo solo en el piso mientras su padre, su único educador (es decir, papá), se pasaba el día mezclando unos líquidos apestosos, que posteriormente cambiaban de color y comenzaban a humear, en la rebotica de la farmacia.

Papá le dijo que no debía preocuparse por los líquidos, pues estaba elaborando un fertilizante para su amigo Millardo, más concretamente, para sus pastos y campos.

La señora Catacaldos le respondió que no estaba hablando de los líquidos sino de su hijo Max. Que éste se sentía muy solo sin su madre y que una mascota podría hacerle compañía. Que un perro era lo mejor.

Aunque no me sentía solo en absoluto, no la contradije e intenté adoptar un gesto de soledad.

Rápidamente me percaté de que la señora Catacaldos había puesto el dedo en la llaga. Pues cuando alguien nombra a mamá e insinúa que quizá papá no es un buen padre, se queda completamente afligido.

Mamá y él llevan cuatro años separados. Hace cinco años pasamos las vacaciones en Australia. Mamá conoció allí a un cazador de cocodrilos neozelandés y nos dejó. Nos dijo que papá y yo no debíamos sentirnos tristes, que ella deseaba embarcarse en aventuras y que estaba harta de pasar el día de pie detrás del mostrador de la farmacia. Si soy sincero, comprendí perfectamente que no quisiera pasar el resto de su vida vendiendo pastillas. A papá tampoco le entusiasma ser farmacéutico. Lo que más le divierte es recubrir las pastillas de diversos colores, elaborar gominolas de fruta de tonos llamativos o pintar un cuadro que después coloca a modo de adorno en el escaparate, entre las tabletas de vitaminas y los aerosoles para la tos.



Mamá siempre ha tenido un espíritu aventurero. Probablemente lo heredara de su padre, mi abuelo materno. Nunca le conocí. Se murió muy pronto cuando intentaba descender las cataratas del Niágara en el interior de un barril metálico. Llegó sano y salvo abajo. Pero, por desgracia, en ese momento se desencadenó una tormenta y un rayo alcanzó el barril.

Antes de que mamá y papá se casaran, mamá solía ir de caza y disparaba a jabalíes. Aquello horrorizaba a papá. Él adora a los animales y era incapaz de entender que alguien pudiera dispararles.

Mamá abandonó la caza por amor a papá y se limitó a disparar a latas, que colocaba sobre unas piedras en nuestro patio. Pero los vecinos se quejaron del continuo estruendo. Así que también lo dejó y, por último, se limitó a disparar a dianas que papá le pintaba en el sótano de la farmacia con una pistola de aire. A veces alcanzaba, sin querer, algún tubo de ensayo que contenía las mezclas de papá. Mamá recogía los añicos y los escondía en la papelera, envueltos en el diario de la farmacia. Pero, aun así, la señora Catacaldos descubría lo sucedido la mayoría de las veces y se chivaba a mi padre:

–Su esposa ha vuelto a disparar al jarabe para la tos.

Papá defendía siempre a mamá y solía decir:

–No es tan grave. Esas cosas pasan. Haré una nueva mezcla. La anterior, de todos modos, no tenía un color bonito. Era demasiado verdosa.

En fin, a pesar de todo, mamá nos dejó.

En el viaje de regreso de Australia, papá intentó consolarme:

—A partir de ahora seré tu padre y tu madre.

Pero al llegar a casa me llevé una pequeña desilusión. De algún modo me había imaginado a papá vestido de mujer para hacer el papel de madre. Con peluca, falda y medias. Esperaba expectante su nuevo aspecto. Hoy, por supuesto, sé que no lo decía de forma literal sino en sentido figurado. Pero entonces yo era más pequeño.

Hace cuatro años, yo tenía entonces ocho, mamá nos envió otra postal. Me puse muy contento, porque llevaba dos sellos australianos, muy difíciles de encontrar aquí. Los cambié en clase por seis sellos estadounidenses y se los di a Roberto Gansobravo para que dejara de insultarme en el camino de regreso a casa y, de esta forma, me dejara en paz. Pero, por desgracia, aquello no duró sino una semana. Después continuó como siempre con su actitud pueril.



No recuerdo exactamente lo que decía la postal. Creo que en ella mamá nos decía que se había mudado con su nuevo marido a Tasmania o a Túnez. En cualquier caso, el país empezaba por «T». Y que allí cazaban tigres o leones.

Pero, volviendo al asunto del perro, la señora Catacaldos dio en el clavo y papá me autorizó a tener uno.

En mi duodécimo cumpleaños, un miércoles, papá y yo visitamos cinco criaderos de perros en busca de uno. Papá había dicho que no debía ser demasiado grande, teniendo en cuenta que nuestro piso es pequeño. Vimos foxterriers de pelo duro, caniches, terriers y grifones. Pero ninguno de ellos me gustó. Creo que es importante sentir, a primera vista, el deseo de tener un perro determinado. Y yo no experimenté esa sensación con los perros que vimos.

Así que regresamos a casa sin perro y, en compañía de la señora Catacaldos, nos comimos la tarta de cumpleaños que papá había preparado y adornado con un baño de azúcar de, al menos, siete colores diferentes.

## 2

# TEOBROMINO Y DON MILLARDO

Don Millardo y Teobromino, el padre de Max, eran amigos. Se conocían desde su época estudiantil.

Don Millardo había sido el mejor de la clase en matemáticas y siempre había ayudado a Teobromino con los deberes de geometría. A cambio, Teobromino le había echado un cabo en la clase de dibujo. Teobromino había recibido un sobresaliente en dibujo y era un maestro en la mezcla de colores.



Don Millardo tenía intención de convertirse en matemático o físico más tarde.

Teobromino soñaba con ser un afamado pintor y exponer sus cuadros en los museos de todo el mundo.

Finalmente don Millardo se convirtió en agricultor y Teobromino en farmacéutico.

La culpa la tuvieron sus padres.

El padre de don Millardo había dicho:

–¿Matemático? ¿De dónde has sacado esa idea? ¿Qué pasará con nuestra granja? Tu bisabuelo fue agricultor, tu abuelo fue agricultor, yo lo soy y tú también lo serás. ¡No se hable más del tema!

Fue así como don Millardo se convirtió en agricultor.

En cualquier caso, no se puede afirmar ni por asomo que don Millardo se convirtiera en un agricultor de éxito y que hiciera fortuna. Al contrario que la mayoría de sus colegas no podía permitirse tan siquiera un Mercedes Diesel. Cuando don Millardo iba a la ciudad a visitar a su amigo Teobromino, lo hacía en tractor o en moto.

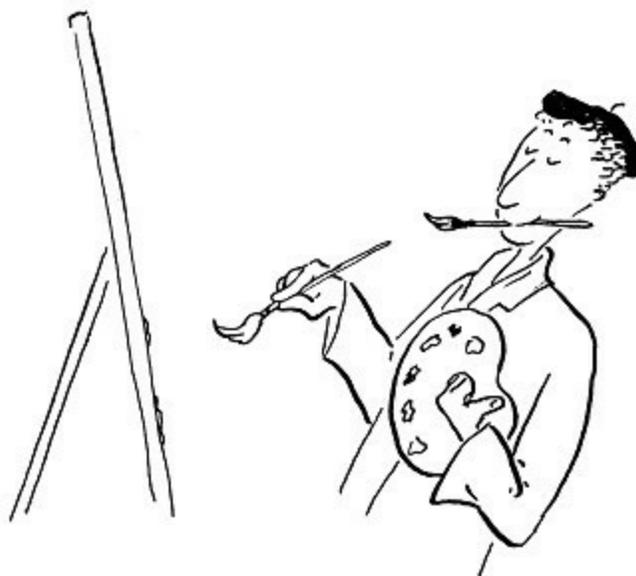
La razón quizá residiera en que pasaba muy poco tiempo arando y fertilizando los campos. Prefería estar en el establo y apuntar cifras en una lista gigantesca que había sujetado con catorce clavos a la pared, a la derecha de la puerta del establo.

Todos los días, por ejemplo, medía la distancia que había entre los orificios de los hocicos del cerdo y anotaba el resultado en relación con su peso. De este modo, dieciocho meses después, don Millardo podía demostrar, de forma matemática, que la distancia entre los orificios del hocico había aumentado en proporción a su peso.



A Teobromino tampoco le quedó más remedio que enterrar en el olvido sus sueños infantiles. Su bisabuelo había sido farmacéutico, había fundado la farmacia Teobromino y le había dado renombre. Y su abuelo se había hecho cargo de ella más tarde. Era un genio inventando medicamentos, tintes y productos de belleza. De hecho, en aquella época el periódico local llegó a denominarle «el mago de la calle de los Leones», porque había conseguido curar al segundo burgomaestre de su adicción al alcohol con un remedio que él mismo había preparado.

Cuando Teobromino le dijo a su padre que deseaba asistir a una escuela de arte y convertirse en pintor, éste se limitó a sacudir la cabeza y le dijo:



–Mi abuelo era farmacéutico y mi padre también. Yo siempre fui el mejor en historia, concretamente en la Edad Media. De niño quería ser historiador. Pero ¿qué habría sido entonces de la farmacia Teobromino? Hay veces que uno debe olvidar sus sueños infantiles, ¿entiendes?

Teobromino lo había comprendido. Fue así como don Millardo se convirtió en agricultor y Teobromino en farmacéutico.

Pero Teobromino y don Millardo tenían algo más en común. Ninguno de los dos estaba conforme con su nombre: Teobromino con su nombre de pila y don Millardo con su apellido.

Don Millardo se apellidaba «Hogoroso». Cuando, al presentarse, se inclinaba y decía su apellido, «Hogoroso», le preguntaban siempre: «¿Qué le resulta tan horroroso?».

De nada servía que lo intentara de otro modo y dijera: «Mi apellido es Hogoroso», por ejemplo, porque entonces le preguntaban: «¿Por qué? ¿Cómo se apellida usted?».

Por ese motivo don Millardo decidió un buen día omitir su apellido. A partir de entonces, cuando se presentaba, decía siempre: «¡Llámeme simplemente don Millardo!».

En cambio, al padre de Max no le gustaba mencionar su nombre de pila y se hacía llamar «Teobromino» a secas. Su nombre de pila era «Pipino» y, ya en el colegio, aquello había provocado muchas risas. Aquel nombre de pila tan inusual se lo debía a su padre, pues, de entre todos los reyes de la Edad Media, Pipino III era su favorito.

Con el fin de que su hijo no tuviera que padecer los agravios de un nombre extraño, Teobromino le había dado un nombre sencillo y con brío: Max.

### 3

## LA EXTRAÑA ANCIANA

Lo siguiente que ocurrió fue que don Millardo aparcó, una vez más, su tractor en una zona prohibida, entró precipitadamente en la farmacia y le dijo a Teobromino:

–Tienes que ayudarme. No puedo seguir así. La cosecha es cada vez peor, la hierba no quiere crecer, y las patatas no te quiero ni contar. Los caracoles se han comido las lechugas y no consigo encontrar las cebollas que planté. Y eso que había elaborado un plan milimétrico con una proporción de 1:50.

–Buenos días, don Millardo –fue lo primero que dijo Teobromino. Valoraba sobremanera la amabilidad–. ¿Pretendes que te ayude a encontrar las cebollas?

–¡Qué disparate! –respondió don Millardo–. Tienes que elaborar un fertilizante extrafuerte para que todas esas verduras crezcan. ¿De qué me sirve si no tener un amigo farmacéutico?

–Pero, si no recuerdo mal, ya te preparé un fertilizante el mes pasado –dijo Teobromino.

–Sí, sí, lo hiciste –le reconoció don Millardo–. Pero no era óptimo. Lo utilicé para abonar la hierba. Creció mucho, pero, por desgracia, después formó rizos.

–¿Rizos? –preguntó Teobromino–. ¿Qué quieres decir?

–Bueno, se enrolló de una forma extraña y su aspecto parecía más bien el de las virutas verdes que se compran como hierba otoñal.

–Lo siento mucho. Seguramente añadí demasiado nandrolone –dijo Teobromino–. ¿Has tenido que deshacerte de la hierba?

–No, he alimentado a los conejos con ella. De hecho, les ha gustado mucho. Pero quizá puedas intentarlo de nuevo –le rogó don Millardo–. No creo que me resulte fácil vender zanahorias con hojas y tallos rizados en el mercado. Y tampoco lograré desprenderme de los puerros rizados.

–Lo intentaré –contestó Teobromino–. Dame cinco días.

–¿Cinco días? Eso son 120 horas o, lo que es lo mismo, 7.200 minutos –calculó don Millardo–. ¿No podrías hacerlo en menos tiempo?

–De acuerdo, intentaré darme prisa. Te avisaré en cuanto tenga el fertilizante preparado –dijo Teobromino–. ¿De qué color lo quieres? Te sugiero el verde. Hace juego con el color de las plantas.

–El color me trae sin cuidado –le respondió don Millardo–. Lo importante es que las

plantas crezcan con más rapidez. Bueno, ahora he de marcharme. A las cinco y cuarto de la tarde he de darle la segunda comida a mi cerdo y a las seis menos veinte les toca a las gallinas. Hasta luego, Teobromino.

—No hace falta que te vayas tan deprisa, don Millardo. ¡Mi reloj está cinco minutos adelantado! —le gritó Teobromino.

Pero don Millardo había salido disparado hacia la puerta, tras haber echado un vistazo al reloj grande y redondo que había colgado encima del armario de la farmacia.

Los cinco minutos mencionados eran incluso pocos dado que el reloj tenía un adelanto de casi diez minutos. Al mediodía, Teobromino había girado la manecilla con el fin de acabar antes y poder pintar otro rato.

Pero don Millardo ya había cerrado la puerta.

A través del enorme y delgado cristal del escaparate, Teobromino pudo ver a don Millardo hablando con la vigilante del estacionamiento. Ésta acababa de ponerle una multa por haber aparcado mal y, como era habitual, quería colocarla debajo del limpiaparabrisas. Pero el tractor de don Millardo carecía de parabrisas y, por tanto, de limpiaparabrisas. Así pues, se limitó a introducir la multa en el bolsillo de la camisa de don Millardo, se dio media vuelta y se marchó sin prestar atención a las enérgicas protestas de don Millardo.

Teobromino observaba sonriente la escena a través del escaparate, cuando, a su espalda, sonó el tintineo de la campanilla de la farmacia. Una anciana había entrado.

Teobromino la miró sorprendido. Caminaba un tanto encorvada, algunos pelos cortos, blancos como la nieve, asomaban bajo la copa de su sombrero y, a pesar del suave clima primaveral, iba ataviada con un abrigo de pieles.

—¿En qué puedo servirle? —le preguntó.

—¿En qué puede servirme? —repitió la anciana—. En este momento no se me ocurre nada. Podríamos reflexionar sobre ello alguna vez...

—Quiero decir, si necesita algún artículo. ¿Trae consigo alguna receta? ¿Qué desea? —le preguntó Teobromino.

Se esforzó por hablar despacio y claro. La anciana parecía algo confusa.

—No quiero nada. Al contrario. He venido a traerle algo —respondió.

—¿A traerme algo? ¿A qué se refiere? —preguntó Teobromino.

La anciana abrió una mochila desgastada, con aspecto de tener los mismos años que ella y, con las dos manos, sacó una botella de cuerpo voluminoso y redondeado.

—A esto —dijo, y dejó la botella sobre el mostrador frente a Teobromino—. Soy vieja. Uf, vieja no es la expresión. ¡Viejísima! —dijo. Esbozó una sonrisa y Teobromino observó que le faltaba un diente—. No viviré mucho más. Y sería una pena que tiraran este elixir tras mi muerte. ¿No cree?

—¿Este exilir? —preguntó Teobromino con cautela.

—Bueno, esto de aquí —respondió señalando la botella—. ¿Reconoce la etiqueta? Pertenece a su abuelo, el «mago de la calle de los Leones», como le solían llamar. Él lo

inventó y, por así decirlo, lo probó conmigo. Y, como puede ver, funcionó –al ver la mirada interrogante de Teobromino, prosiguió–: Pero supongo que él le habrá hablado de ello. Lo normal es que un secreto así se transmita de abuelos a padres y de padres a hijos. ¿No es cierto?



–Que yo sepa, no –dijo Teobromino.

Aquella situación le resultaba cada vez más extraña. En ese momento recordó que alguien le había hablado de aquella extraña anciana embutida en un abrigo de pieles. Según contaban, en los días de luna llena salía a veces al jardín a aullar a la luna.

–Puede hablar abiertamente –le dijo ella–. No hay nadie en la farmacia. He llenado en casa una botella con el elixir y la he metido en la nevera. Por si las moscas. El efecto no perdura eternamente, ¿me entiende? Tenga mucho cuidado con ella.

–¿Con ella? –repitió Teobromino–. ¿Se refiere a beber de ella?

–¿Beber de ella? No se lo aconsejo –contestó–. No sé qué podría suceder si una persona bebiera de ella.

¿«Una persona»? ¿Quién si no? Teobromino confirmó que la anciana estaba ciertamente algo desorientada.

¿Qué podía hacer para deshacerse de ella? Lo mejor era seguirle la corriente y no llevarle la contraria, se dijo.

–Es muy amable de su parte que haya pensado en mí –dijo–. Aprecio mucho su regalo.

–Bueno –dijo la anciana satisfecha–. Estaba convencida de que estaría al corriente del asunto. ¡Mucha suerte con el líquido!

–¿Líquido? –preguntó Teobromino.

Ella le miró de reojo y sacudió la cabeza, desconcertada ante tanta suspicacia respecto a los términos.

–Bueno, el contenido la botella –respondió.

–Ah, ya, claro. El contenido de la botella –repitió Teobromino esbozando una sonrisa–. Bueno, pues muchas gracias y hasta luego.

–Que siga bien –le respondió.

Se dio la vuelta y salió de la farmacia arrastrando los pies.

Teobromino observó la botella que había en su mostrador. Estaba sellada con un corcho y contenía dos tercios de un líquido de color azul celeste.

Teobromino tiró del corcho. La anciana debía haberla encorchado con gran fuerza, pues sólo tras grandes esfuerzos logró sacarlo.

Teobromino olisqueó el orificio de la botella. El líquido era inodoro. ¿No sería más bien agua en la que la anciana había vertido, en su locura, tinta azul?

Durante un instante Teobromino vaciló. Después, con ayuda del dedo pulgar, volvió a introducir el corcho en el cuello de la botella, la cogió con ambas manos y la llevó a la rebotica de la farmacia. Allí la colocó sobre una mesa de laboratorio.

A continuación regresó a la farmacia y miró a través del escaparate. El tractor de don Millardo había desaparecido y, con él, don Millardo.

## 4

# MAX NOS CUENTA Y EXPERIMENTA



El lunes comenzó de un modo fatal. En primer lugar, llegué al colegio casi una hora tarde. Papá y yo sabíamos que a las tres de la madrugada de la noche del domingo había que adelantar el reloj por el horario de verano. Nada más despertarse, papá había dado una vuelta completa a la manecilla grande del reloj de la farmacia. Pero olvidamos mi despertador. Cuando sonó a las seis y media de la mañana, como era habitual, en realidad eran las siete y media. Ya me había resultado extraño no encontrarme con otros estudiantes por la calle.

La señora Severina, con la que tenemos dos horas seguidas de mates, dijo:

–¡Típico de Max Teobromino! ¡Se ha quedado dormido por el cambio de hora!  
¡Deberían hacerle entrega del gorro de dormir del mes!

El resto de la clase se rió mientras yo me deslizaba hasta mi sitio. Pero lo peor estaba aún por llegar. Antes de que me hubiera dado tiempo a sacar la libreta y el libro de mates, la Severina me sacó a la pizarra y me hizo calcular cuántos segundos hay en cincuenta y cinco minutos. Para que me quedara claro cuánto tiempo había desaprovechado, dijo.

Don Millardo habría resuelto el problema en tres segundos. Yo necesité bastante más tiempo para dar con la solución. En mi sitio habría conseguido calcular los segundos más rápido, seguro. Pero de pie, junto a la pizarra, mientras todos miran y sonríen con gesto irónico, me siento torpe. La mente se me queda en blanco.

Las siguientes horas tampoco fueron mejores.

Sentí una gran alegría cuando el último timbre sonó y pudimos, por fin, regresar a casa. Pero Roberto Gansobravo sacó una bolsa de la papelería que hay junto a la entrada del colegio, la rompió por un lado y me la puso sobre la cabeza.

–¡Con estas palabras le hago entrega a Max del gorro de dormir del mes!

–Deja eso, estúpido –le respondí, mientras intentaba arrancar la bolsa de mi cabeza.

Pero Roberto la sujetaba con ambas manos. Algunos de la clase soltaron carcajadas, aunque a la mayoría, al igual que a mí, le resultó una grosería. Simplemente no se

atrevían a demostrarlo. Roberto es el más fuerte de la clase y nadie quiere enfrentarse a él. Únicamente Moritz Levantampollas, el más flacucho, dijo:

–Vamos, Roberto, todos lo hemos visto. Ya no resulta divertido. ¡Vuelve a tirar la bolsa en la papelería!

Por fin, Roberto me soltó y corrí hacia casa.

Cuando llegué al piso, papá había salido. La mesa estaba puesta. Sobre ella había una fuente con pasta y otra que contenía salsa de picadillo. Delante había una nota: «¡¡¡Hola, Max!!! ¡¡¡He tenido que salir, lo siento!!! ¡¡¡Recibí una llamada urgente del doctor Jeringón!!! ¡He de llevarle inmediatamente una medicina a su paciente! ¡¡¡Que aproveche!!! ¡Tu papá!».

Papá adora los signos de exclamación y suele escribir tres, en oraciones en que un punto sería más que suficiente.

La pasta todavía humeaba. Papá debía haber salido hacía muy poco.

Así que almorcé. Solo. Tampoco había postre. Típico de un día como hoy, pensé.

Después de comer, esperé a papá. Pero no llegó.

Estaba aburrido, así que bajé a la farmacia y cogí un paquete de «Gominolas de fruta Teobromino Original, naturales y sin colorantes» de postre.

Al mediodía, la farmacia permanece cerrada desde las doce y media hasta las dos, por lo que podía explorar tranquilamente. En la rebotica, a la que papá siempre llama su «laboratorio», estaba la botella grande con el líquido de color azul celeste de la que papá me había hablado. La botella que aquella señora loca le había regalado el sábado.

Papá, como ya comenté antes, no tiene vocación de farmacéutico. Si don Millardo no le hubiera apremiado, probablemente no habría regresado al laboratorio hasta pasadas dos semanas. Es decir, cuando se hubieran acabado las provisiones de gominolas de frutas.

Sobre la mesa, junto a la enorme botella, había otras, y también un libro gordo. Estaba abierto por el capítulo «Los fertilizantes y su empleo».

En mi opinión, yo sería mejor farmacéutico que papá. Aunque quizá estudie ciencias químicas. En cualquier caso, creo que es necesario estudiarlas para llegar a ser farmacéutico.

Ya soy capaz de distinguir entre sales y bases. Lo que más me gusta es mezclar líquidos y observar cómo cambian de color o burbujan.

Papá, no obstante, me tiene prohibido hacer esas cosas en el laboratorio en su ausencia. Pero yo no tenía la culpa de que no estuviera en aquel momento. La culpa era suya.

Así que, en primer lugar, cogí la botella grande. No fue fácil descorcharla. Parecía que aquella señora hubiera metido el tapón con un martillo. Finalmente lo conseguí.

Incliné la botella y vertí un poco del líquido azul en un cuenco de porcelana. Después cogí una botellita, que contenía el colorante natural amarillo con el que papá da color a las gominolas de frutas, y añadí aproximadamente una cuchara sopera al líquido azul.

En realidad, había confiado en que el líquido se volvería de color verde, dado que la mezcla de amarillo y azul produce el verde. Sin embargo, el líquido no cambió de color. Aquello me resultó extraño.

Lo intenté con un líquido rojo, pero sucedió lo mismo. De alguna manera, el color azul absorbía por completo al otro. Entonces probé qué sucedía si vertía algo sólido. Una de las bolsitas decía «sal potásica». Cogí un pellizco, lo dejé caer en el líquido azul y lo removí con una cuchara de porcelana. La sal se disolvió lentamente. No ocurrió nada más. En el mismo momento en que tenía intención de ver lo que sucedía con el color azul celeste si se añadía algo de azul marino, oí que papá abría la puerta de la farmacia.

Si me pillaba haciendo experimentos, lo más probable es que recibiera una reprimenda. Así que agarré el cuenco y, rápidamente, vertí el líquido azul en una maceta, más concretamente, sobre la tierra del diminuto limonero que hay colocado bajo la ventana del laboratorio, y salí del laboratorio.

–¿Estás aquí abajo? –preguntó papá–. ¿Ya has almorzado? ¿Viste mi nota?

–Sí –respondí–. He bajado a coger una bolsita de gominolas de postre.

–Ah, por eso estás aquí –dijo papá–. ¿Qué tal en el colegio?

–Llegué tarde –respondí–. Olvidé poner en hora el despertador.

–Yo también –dijo–. De lo contrario te habría despertado para que llegaras al colegio a tiempo. Hoy abrí la farmacia con retraso. Un cliente me estaba esperando, de hecho.

–Tampoco fue tan grave –le dije–. Subo a hacer los deberes.

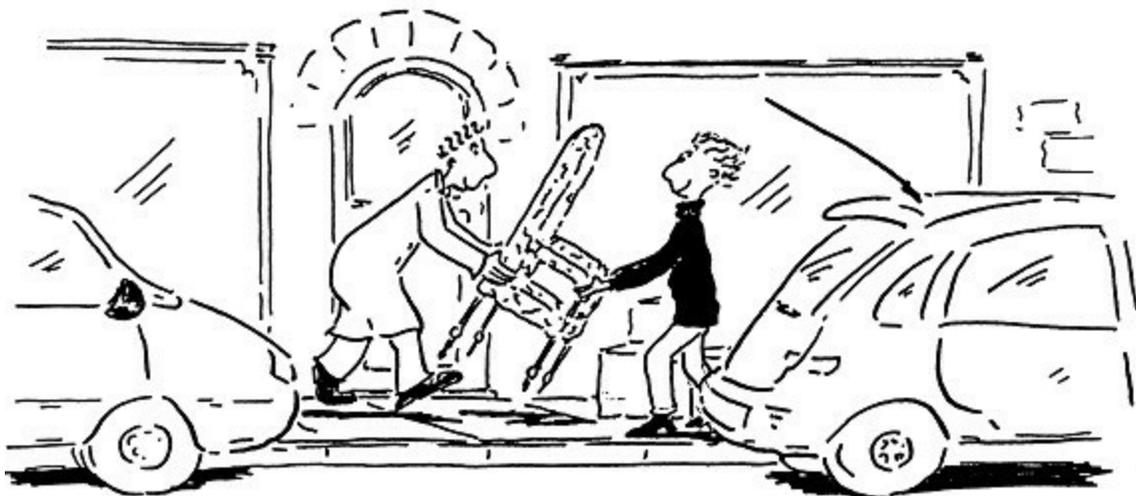
Preferí no contarle a papá que Roberto se había burlado de mí y me había nombrado «Rey de los gorros de dormir». Se habría alterado y habría vuelto a pensar que no era un buen padre por no haberme despertado a tiempo.

Esa tarde no sucedió nada de particular, salvo que un pequeño camión de mudanzas se detuvo frente a la farmacia, en la zona prohibida, y Verena Celeste se mudó a la buhardilla de nuestro edificio. En aquel entonces no sabía que se llamaba Verena Celeste.

Hasta hacía una semana, el señor Correntoso vivía en el piso que hay encima del nuestro. Después se mudó, porque se había casado y a su esposa le desagradaban las paredes oblicuas. Nuestro casero había vuelto, pues, a alquilar la vivienda.

Miré por la ventana y observé a una mujer joven intentado sacar, ella sola, un pesado sillón del coche. Probablemente papá también la viera desde abajo por el escaparate. Pues cerró con llave la farmacia, se acercó a ella y le preguntó si necesitaba ayuda. Ella respondió algo, asintió con la cabeza, y papá y ella se dieron la mano. Después levantaron juntos el sillón y lo llevaron al interior del edificio.

Estuve a punto de gritar:



—¡Cuidado, papá! Déjase lo a la señora Catacaldos.

Porque papá es un desastre con estas cosas. Pero, por un lado, la señora Catacaldos ya no regresaría, se había jubilado. Y, además, no quería dejar en ridículo a mi padre delante de una señora desconocida. Así que no dije nada.

¡Tendría que haberle gritado! Pues, poco después, escuché un estruendo que provenía de lo alto de la escalera. Salí disparado hacia arriba y papá me salió al encuentro. Cojeaba.

—¿Se ha caído el sillón? —pregunté.

—No, únicamente yo —respondió palpándose la rodilla—. No ha sido grave.

En ese momento llegó también la señora:

—¿Le duele mucho? —preguntó.

—No, sólo un poco —afirmó papá torciendo el gesto, como hace siempre que siente dolor—. ¿Me permite que le presente a mi hijo Max?

—Hola, Max —dijo estrechándome la mano—. Soy la señora Celeste.

—Buenas tardes, señora Celeste —respondí.

Después ayudé a papá y a la señora Celeste a subir el resto de los muebles a su nueva vivienda.

Mientras lo hacíamos, charlamos y enseguida me cayó bien. Me contó que le habría gustado tener un perro, pero que su último casero le había prohibido tener animales. Le conté que nuestro casero nos permitía tener un perro, pero que hasta el momento no habíamos encontrado ninguno que me gustara. Ella respondió que era inteligente por mi parte no haber escogido el primero que había visto y le dijo a papá que con los perros ocurría lo mismo que con las personas: que debía surgir el amor a primera vista. Y que valía la pena esperar.

## 5

# EL ABONO MILAGROSO

Mientras Max estaba en el colegio, Teobromino pasó la mañana del martes abajo en la farmacia.

Atendió a los clientes, entremedias ordenó las recetas, limpió el polvo de los tubos de dentífrico que estaban en la estantería y dispuso las infusiones por colores.

Como era habitual, cerró la farmacia al mediodía y, aunque tenía intención de subir al piso para sacar de la nevera el almuerzo del día anterior y calentarlo en el microondas, antes decidió echar un vistazo al laboratorio. Y, en la misma puerta, se quedó petrificado. La habitación estaba a oscuras. La culpa la tenía un árbol que estaba delante de la ventana. Su follaje era tan denso que apenas dejaba pasar la luz a través de los cristales.

Teobromino encendió la luz y observó el árbol. Curiosamente, el tronco salía de la misma maceta de arcilla donde antes había estado el diminuto limonero. Teobromino conocía perfectamente aquella maceta. Nada más comprarla, la había pintado de color verde oscuro con ayuda de una plantilla de espirales.



Las hojas del árbol, lanceoladas y con una textura semejante al cuero, resplandecían en aquel verde oscuro. Pequeños frutos de color amarillo pendían entre ellas. Se trataba de mandarinas, como Teobromino pudo comprobar.

Teobromino creía estar soñando. ¿Cómo había llegado allí aquel árbol? ¿Quién se había llevado el limonero y había plantado en su lugar aquel gigantesco árbol?

El laboratorio no tenía una segunda puerta. Sólo se podía acceder a él a través de la farmacia. Que, además, había estado cerrada con llave durante toda la noche, pues aquella mañana había girado dos veces la llave para abrirla, lo recordaba perfectamente.

Cerró la puerta del laboratorio completamente aturdido, subió a la vivienda y esperó a Max.

Cuando Max regresó del colegio, su padre le atosigó a preguntas:

—¿Sabes de dónde ha salido ese árbol tan grande que hay abajo? ¿Has abierto a

escondidas la puerta de la farmacia? ¿Se trata de una sorpresa o qué? Don Millardo está metido en esto, ¿verdad?

Pero Max sacudió sorprendido la cabeza y preguntó:

–¿De qué árbol me hablas?

Su padre le acompañó abajo y, al ver el árbol, Max se quedó tan perplejo como antes lo estuviera Teobromino.

–¿Me puedes decir cómo ha entrado esto aquí? ¿Has visto algo raro? –preguntó Teobromino–. ¿Ha entrado alguien aquí?

–Sólo yo –dijo Max.

–¿Tú? ¿Y qué hacías aquí? –preguntó Teobromino.

–Ayer a mediodía estuve experimentando un poco, cuando te fuiste –confesó Max.

–¿Experimentando? ¿Qué quieres decir? –preguntó su padre.

–Bueno, quería estudiar el líquido azul –dijo Max vacilante–. Quería ver qué pasaba si lo mezclaba con otra sustancia.

–¡Te he dicho más de cien veces que no debes jugar aquí abajo cuando estoy fuera! –dijo Teobromino.

Pero seguidamente, picado por la curiosidad, preguntó:

–¿Y qué pasó? ¿Lo mezclaste con algo?

–Sí –confesó Max–. Lo extraño es que el color no se alteró al añadirle otro. El líquido seguía siempre azul.

–¿Siempre azul? Eso es imposible –dijo Teobromino–. Muéstrame el resultado. ¿Dónde has dejado la mezcla?

–Oí que abrías la puerta de la farmacia –dijo Max–. Así que la tiré. Ahí, en la maceta.

Cuando pronunció la palabra «maceta», ambos se quedaron perplejos, se miraron y Teobromino repitió:

–¿En la maceta?

–¿Crees que ha sido el líquido azul? –preguntó Max alterado–. ¿Crees que ésa es la razón de que haya crecido tanto el árbol?

–En tal caso, se trataría del fertilizante más efectivo del mundo –dijo Teobromino–. Pero no, no puede ser, porque la planta no sólo ha crecido de forma gigantesca, sino que también se ha transformado. Antes se trataba claramente de un limonero. Sin embargo, ahora tiene mandarinas.

–Podríamos hacer un experimento –sugirió Max–. Lo que hice fue agregar un poco de colorante amarillo, un poco de color rojo y después algo de esa sal calcárea.

–Sal potásica –le corrigió Teobromino–. ¿Y cómo piensas llevarlo a cabo?

–Vertemos simplemente la mezcla en otra maceta y vemos lo que sucede –dijo Max.

–Sigo pensando que alguien nos está tomando el pelo con el árbol –dijo Teobromino–. Pero no perdemos nada por intentar preparar una nueva mezcla. ¡Hagamos la prueba!

Esta vez no vertieron el líquido azul en un cuenco, tal como Max había hecho el día

anterior. Teobromino le explicó que era más profesional realizar el experimento en un matraz.

En primer lugar, vertió aproximadamente un octavo de litro del líquido azul en el matraz con ayuda de un embudo. A continuación, añadió una cuchara de colorante natural amarillo, agitó el recipiente y lo alzó hacia la claraboya para observarlo a contraluz.

–Es realmente desconcertante –le dijo a Max–. El color original no ha cambiado nada. El líquido sigue conservando el mismo color azul brillante de antes.

Siguiendo las instrucciones de Max, añadió algo de líquido rojo y un pellizco de sal de potasio. Agitó nuevamente el recipiente y observó cómo la sal se disolvía.

–Sigue conservando el color –afirmó–. ¿Y qué hacemos ahora?

–Pues no sé –dijo Max–. Arriba, en la ventana de la cocina, hay una maceta pequeña con cebolletas. ¿Lo probamos en ella?

Subieron juntos las escaleras. Con precaución, Teobromino vertió el contenido del matraz entre los tallos de las cebolletas. Era mucho líquido para una maceta tan pequeña. La tierra no fue capaz de absorberlo todo y el resto del líquido azul comenzó a asomar por debajo del plato, en el que reposaba la maceta, y subió hasta el borde.

Max y Teobromino clavaron, expectantes, la mirada en las cebolletas.

En un principio no sucedió nada. Teobromino colocó dos sillas delante del alféizar de la ventana. Se sentaron y esperaron.

–Tenemos que observar exactamente, que... –comenzó diciendo Teobromino.

Pero no pudo proseguir. Los tallos de las cebolletas se dispararon, de pronto, hacia lo alto. Crecían cada vez más, al tiempo que el tronco aumentaba de grosor. Casi rozaban el techo de la habitación. La pequeña maceta perdió el equilibrio, cayó al suelo de la cocina y se hizo añicos.

Teobromino no se pudo contener ante tanta excitación. Abrazó a su hijo y gritó:

–Max, has dado con el invento del siglo, ¿lo sabes? ¡Un abono milagroso! ¡Sensacional!

–Yo no lo he inventado –dijo Max–. Ha sido el líquido azul.

–Puede que tengas razón. Es posible que haya sido el líquido azul. Fue tu bisabuelo quien lo inventó –dijo Teobromino–. Quizá no habría sido necesario añadir los otros tintes ni la sal de potasio. Quizá el líquido azul funcione por sí mismo. Acompáñame, ¡tenemos que hacer una prueba!

Entretanto, ya eran las dos de la tarde. Teobromino escribió en un cartel: «¡Cerrado por la tarde. En caso de urgencia, por favor, acudan a la farmacia Pócimas & Mejunjes en la calle Larga!», lo colgó de la puerta y cerró con llave.

Los dos entraron en el laboratorio y llenaron un frasco de líquido azul.

–¿Y qué hacemos ahora? –preguntó Max–. En casa no hay más plantas.

–Fuera hay un montón –respondió Teobromino–. ¡Vamos al parque!

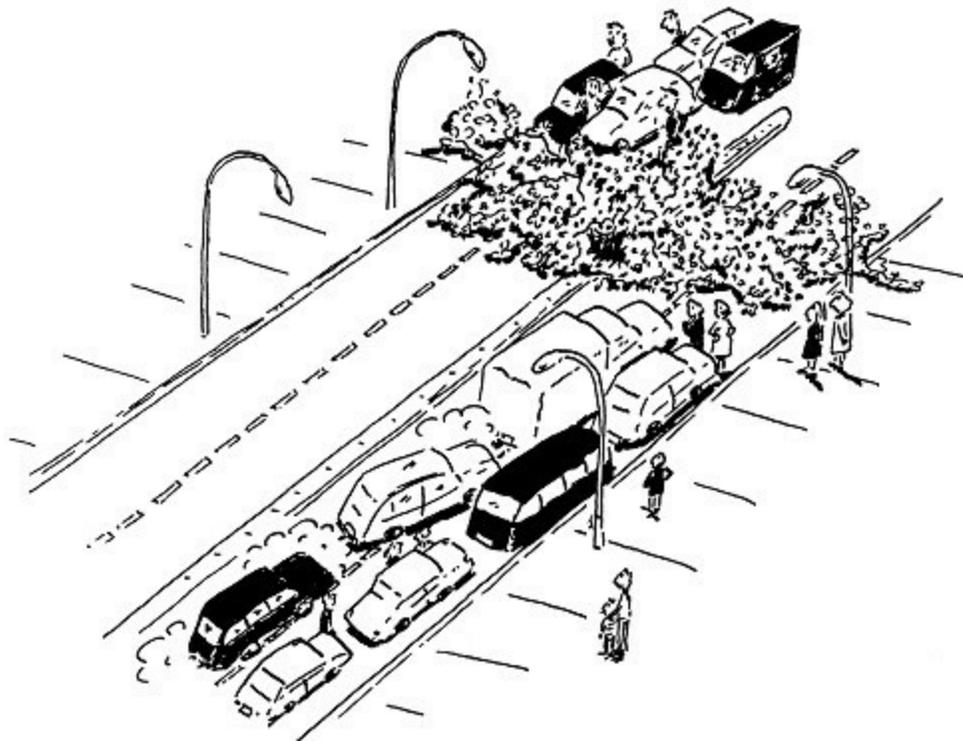
Salieron de la casa por la puerta de atrás, pero no se dirigieron al parque. Teobromino

tuvo una idea mejor. Sobre una isla, en medio de la carretera, había un gran parterre con un arbusto mustio.

Teobromino miró alrededor. No había un alma. Nadie acechaba. Vertió rápidamente el contenido del frasco en el parterre, agarró a Max de la mano y lo arrastró hacia la otra acera.

Desde una cierta distancia observaron lo que a continuación iba a ocurrir. En un principio no sucedió nada. Pensaban que el líquido azul no produciría efecto sin los ingredientes habituales y estaban a punto de regresar a casa, cuando, de golpe, las ramillas del arbusto se dispararon hacia lo alto y ancho, del verde brotaron flores amarillas y las ramillas se transformaron en ramas robustas que cubrieron rápidamente ambos carriles por entero. Un conductor frenó bruscamente haciendo rechinar las ruedas, descendió del vehículo y, refunfuñando, observó el obstáculo vegetal. Pronto se formó una caravana en ambos carriles. Los conductores descendían de sus vehículos estupefactos y refunfuñando, observaban la barrera, hablaban exaltados por sus teléfonos móviles y, finalmente, intentaban dar media vuelta para tomar otro camino.

–Rápido –le dijo Teobromino a Max–, larguémonos de aquí sin que nos vean. Vayamos a casa. Mañana por la mañana tendré que volver a cerrar la farmacia. Meteremos la botella en la furgoneta, iremos a ver a don Millardo y le presentaremos el nuevo abono. ¡Se quedará boquiabierto!





## 6

# MAX NOS SIGUE CONTANDO



Cuando nuestro coche pasó junto a don Millardo, éste vino corriendo hacia nosotros y le hizo señas a papá para que bajara la ventanilla.

Papá abrió la puerta del vehículo y preguntó:

–¿Qué pasa?

–Hola, Teobromino. ¡Vaya, Max también ha venido! Muchas gracias por la visita. Pero ¿podrías retroceder un metro y mover el coche un poco hacia la derecha? –dijo don Millardo.

Nuestra furgoneta se salía de uno de los rectángulos de las plazas de aparcamiento que don Millardo había trazado delante de la casa.

–Querido don Millardo, no seas hoy tan quisquilloso. Las otras plazas están vacías. Además, te traemos un poderoso fertilizante que nada tiene que ver con los que se han inventado hasta ahora –le dijo papá.

Don Millardo adoptó un gesto de asombro. No contaba con que papá hubiera preparado tan rápido el fertilizante. Tampoco podía sospechar cómo lo habíamos conseguido. Sin embargo, cuando le enseñamos la botella, se mostró un tanto decepcionado.

–¿Una sola botella? –preguntó–. No bastará siquiera para el pequeño prado.

–Ya lo creo –dijo papá entre risas–. Es necesario diluir el líquido. Si rociáramos el prado con el líquido sin diluir, tendrías que usar un machete para abrirte paso a través de la hierba. Tendría la altura de un hombre.

–Mira que eres exagerado –respondió don Millardo–. ¡La altura de un hombre! Eso sería un metro setenta y cuatro de alto. Teniendo en cuenta la estatura media de los centroeuropeos.

–No exageramos lo más mínimo –dije yo–. Te lo demostraremos enseguida –me sentí también aludido. Al fin y al cabo, era yo quien había descubierto el fertilizante. Al menos, había sido el primero en utilizarlo–. ¿Puedo? –pregunté a papá, que comprendió lo que me proponía.

–Una sola gota –dijo.

Sacó la botella del coche, tiró del corcho y miró alrededor.

–¿Podrías prestarnos una de tus once cucharas de té? –preguntó a don Millardo.

Supe que papá estaba vacilando a don Millardo mencionándole el número exacto de cucharas de té. Sin embargo, don Millardo no se percató. Aquello le resultó de lo más normal. Entró en la casa y nos trajo una cucharilla.

Papá vertió una sola gota del líquido azul celeste en la cuchara de té y me la dio.

–¡Ten mucho cuidado! –añadió.

Después le preguntó a don Millardo:

–¿Dónde podría probar Max el fertilizante? ¿Qué plantas son las que hay en ese parterre, por ejemplo?

–Un momento. Enseguida te lo digo –respondió don Millardo.

Entró precipitadamente en la casa y regresó con un enorme plano doblado.

–Son rabanillos –respondió tras desdoblar el plano y haber estudiado el esquema–. Sin lugar a dudas, se trata de rabanillos. No hay nada mejor que llevar una escrupulosa contabilidad.

Cogí la cucharilla con el líquido y dejé caer la gota sobre una de las pequeñas plantas, justo entre las hojillas, redondas y de un color verde suave.

–Veamos –dijo don Millardo–. Hemos abonado el tercer rabanillo de la derecha. Vamos a ver si en los próximos días crece más que los otros. ¿Entramos en casa? Os invito a una taza de poleo.

–¡Espera! –gritó papá, pues don Millardo ya se dirigía hacia la casa–. ¿No quieres ver el resultado?

–¿Resul...? –preguntó don Millardo.

No pudo proseguir. Se quedó boquiabierto al observar cómo las hojas del rabanillo se disparaban hacia lo alto al tiempo que adoptaban el tamaño de la tapa de un caldero. Debajo, donde comenzaban los pecíolos, asomaba ahora, de la tierra, la mitad de una bola blanca y redonda tan grande como una calabaza.

Don Millardo agarró los pecíolos con ambas manos y arrancó la gruesa raíz de la tierra.



–¡Esto... esto no puede ser! –gritó–. De veras, esto es increíble. Sin lugar a dudas, se trata de un rábano blanco. Y, según mi plano, aquí deberían crecer rabanillos rojos.

–¿Eso es todo? –preguntó papá un tanto ofendido.

–No, por supuesto que no. Es fantástico. Enhorabuena. Te has superado a ti mismo. Nunca antes había oído hablar de un fertilizante tan rápido y efectivo –dijo don Millardo–. ¡Es un abono milagroso!

–Estoy de acuerdo contigo –respondió papá con orgullo–. Es un abono milagroso.

–Papá, ¿por qué las plantas no se limitan a crecer sino que también se transforman? –pregunté–. Los limones se convirtieron en mandarinas y los rabanillos en rábanos.

–Hum. No lo sé –admitió papá–. La única persona que podría darnos una explicación es mi abuelo. Pero ya no vive.

–¿Tu abuelo? –preguntó don Millardo, que también había escuchado–. ¿Qué nos iba a

explicar?

–Nada importante –respondió papá con rapidez–. Pongámonos manos a la obra. Tenemos que diluir mi fertilizante.

Casi me entra la risa cuando papá dijo «mi» fertilizante. Quería que don Millardo creyera que él había inventado el abono.

Don Millardo se dirigió al cobertizo, donde estaba su tractor, y enganchó detrás un aparato. Una especie de tina de hojalata colocada sobre dos ruedas. La había visto alguna vez mientras regaba el campo.

Don Millardo vertió veinte cubos exactos de agua en el depósito de la tina. Cuando papá hizo ademán de añadir sin más un chorrito de su abono milagroso, a don Millardo casi le da un ataque y no se calmó hasta que papá estuvo de acuerdo en medir con exactitud la cuantía del líquido azul mediante un vaso graduado que había en la cocina de don Millardo.

–Debemos conocer la proporción exacta de la mezcla para abonos futuros –dijo don Millardo.

Mientras observaba cómo los dos mezclaban el agua y el líquido azul al tiempo que don Millardo tomaba notas de forma minuciosa, del gallinero llegó de pronto un cacareo exaltado y un grito estridente.

–¡Otra vez ese chucho! Max, corre al gallinero y comprueba que la puerta esté cerrada! –gritó don Millardo.

–¿Qué chucho? –pregunté.

–¡Bah! Un perro vagabundo. Lleva dos días merodeando la granja y persigue a las gallinas y al gato. No sé de dónde habrá salido.

–¿Prefieres que vaya yo? –preguntó papá–. ¡Quizá muerda!

–No, no. Es muy amistoso. De hecho, le dejé dormir anoche en casa –dijo don Millardo–. Pero el maldito chucho no puede dejar tranquilas a las gallinas. Max, mira a ver qué pasa. Yo no puedo ir, ya lo ves.

Señaló el vaso graduado.

Salí del cobertizo.

Al final de la granja, cercado por una valla, estaba el gallinero. Un perro grande, de pelo largo, desgredado y de color marrón grisáceo, iba y venía corriendo a lo largo de la verja, mientras las gallinas aleteaban histéricas al otro extremo de ella.

–¡Oye, quieto! –grité.

El perro dejó automáticamente de perseguir a las gallinas y se acercó a mí meneando el rabo. Su cara reflejaba una sonrisa irónica, si eso puede afirmarse de un perro. Parecía decir: «Únicamente me divertía, chaval. ¡No les he hecho daño a las gallinas!».

Le acaricié. Aquello pareció gustarle y mantuvo la cabeza bien baja.



Y, de repente, comprendí lo que papá quería decir con lo del amor a primera vista. Lo supe inmediatamente. ¡Quería aquel perro!

–¡Ven conmigo! ¡Ven! –le dije.

Lo entendió enseguida. Correteó delante de mí, luego regresó y volvió a alejarse. Quería que lo atrapara, que jugara con él. Cogí un palo del suelo y lo lancé muy alto. Corrió tras él, atrapó el palo, me lo trajo entre los dientes, lo dejó delante de mí y me miró en actitud expectante.

–Qué extraño. No ocurre nada –le dijo papá a don Millardo–. Quizá lo hayas diluido demasiado.

–¿Por qué me culpas a mí? –preguntó don Millardo–. La idea fue tuya.

Sin embargo, antes de que se enzarzaran en una verdadera discusión sobre quién de los dos era el responsable, un leve susurro llegó desde el prado. Parecía como si un vendaval meciera los tallos de la hierba. A continuación comenzaron a crecer. No alcanzaron la estatura de un hombre, pero casi llegaron a un metro de altura. Lo curioso es que, de pronto, de la hierba brotaron espigas con pequeños granos de un color rojo claro.

–¡Funciona! –gritó papá dándole una palmada en el hombro a don Millardo.

–Pero observa. ¿Qué ocurre? –preguntó don Millardo señalando hacia la hierba.

Los tallos de la hierba cambiaron de color. Se volvieron azules. Y eso no fue todo. Se fueron debilitando cada vez más y se arquearon hasta que los extremos tocaron el suelo.

–¡Vaya que sí! ¡Funciona! –gritó don Millardo–. Puedes llevarte a casa el resto de ese abono milagroso. ¿Has vuelto a añadir demasiado nandrolone? Primero me regalas una hierba que forma rizos y ahora una hierba de color azul.

–Yo... yo tampoco lo entiendo –dijo papá bajando el tono de voz–. Se debe sin duda a la dilución. El abono sólo se puede utilizar sin diluir. Lo siento mucho, don Millardo.

–Bueno, no pasa nada –le tranquilizó don Millardo–. Probablemente pueda utilizar la hierba azul como pasto. En cualquier caso, tengo cuatro veces más hierba que antes.

Juntos regresamos a la casa. Papá me miró entonces fijamente:

–Pero ¿qué te ha pasado? –preguntó–. ¿Te has caído en un charco?

–Ha sido el perro –respondí. Y aprovechando que hablábamos del tema, le dije–: Papá, me prometiste un perro para mi cumpleaños.

–Claro. Pero aún no has encontrado ninguno que te guste –respondió.

–Sí, lo he encontrado –afirmé–. Quiero el perro que hay en la granja, el perro vagabundo.

–Pero ese perro es de don Millardo –objetó papá.

–No, no. Es un perro extraviado –dijo don Millardo–. Os lo podéis llevar con sumo gusto. Mis gallinas te lo agradecerán.

–De acuerdo. Lo prometido es deuda –suspiró papá–. A partir de ahora ya tienes un perro.

## MAX NOS HABLA DEL PERRO BELLO



El perro no pareció tener inconveniente en venirse con nosotros. Nada más abrir la puerta de la furgoneta y gritarle «¡Ven!», se subió a ella de un salto.

En el viaje de regreso, sin embargo, se volvió a sacudir. Y fuertemente, de hecho.

–¡Vaya, qué limpio! –gritó papá.

Habría sido más exacto decir «¡Vaya, qué sucio!». Pues el interior del coche acabó casi tan negro como mi camiseta.

Cuando llegamos a casa, papá colocó la botella con el resto del líquido azul abajo, en el laboratorio. Me miró con ademán serio y dijo:

–¡Max, escúchame con atención! No vuelvas a acercarte a esta botella. Prométemelo. Vete a saber lo que podría ocurrir.

Asentí con la cabeza, pero no se dio por satisfecho y volvió a decir:

–¡Prométemelo!

–Lo prometo –le respondí.

–De acuerdo. Ahora podemos subir y meter a tu perro en la bañera –dijo papá.

Me sentí feliz. Le había llamado *mi* perro.

Llenamos la bañera de agua tibia y, a continuación, le ordenamos de buenas maneras al perro que saltara adentro. Pero no nos hizo ese favor. O bien no comprendió o bien no le apetecía. Así que lo agarramos entre los dos, lo metimos en el agua y lo enjabonamos bien. Al principio no quería y daba brincos intentando escaparse de la bañera, pero logramos impedirlo.



–Tu perro necesita un nombre –dijo papá–. ¿Cómo quieres llamarle?

Empapé la esponja de agua y la estrujé sobre el pelo mojado del perro al tiempo que decía:

–¡Con esta esponja, te bautizo con el nombre de Bello!

El nombre se me había ocurrido sobre la marcha.

Bello se sacudió con fuerza, salpicándonos, y papá y yo acabamos calados de los pies a la cabeza. Temí que fuera a echarle una bronca al perro, pero rompió a reír y dijo:

–¡Bello! ¡Es un nombre muy bonito!

Y me di cuenta de que también papá estaba encantado con el perro.

Después secamos a Bello y le dimos de comer el resto de los espaguetis y la salsa de carne del día anterior.

–Mañana compraremos comida para perros y una cesta –dijo papá–. Esta noche puede quedarse en tu habitación y dormir sobre la alfombra. Coloca encima una manta vieja para que no llene toda la alfombra de pelos.

–También tenemos que comprar un collar y una correa –dije.

Papá asintió:

–Y un libro sobre perros. No tenemos experiencia. Probablemente no haya sido adiestrado y tenga que aprender algunas órdenes.

–«Ven» lo entiende perfectamente –le dije.

–Eso no es mucho –opinó papá–. Voy a intentarlo –clavó una mirada estricta en Bello y gritó–: ¡Siéntate! –y Bello se sentó al instante. Papá y yo nos miramos atónitos–: No sé si don Millardo le habrá adiestrado –se preguntó papá.

Era mi turno de probar suerte y grité:

–¡Échate!

Bello vino corriendo hacia mí, posó las patas delanteras sobre mi pecho y me lamió la cara.

No pude evitar la risa y dije:

–¡Bello, eso no es «echarse»! Mira, tienes que hacer lo siguiente –volví a gritar «échate» y me tendí en el suelo. Bello me miró con gesto de sorpresa y se tumbó a mi lado–. Mira, papá, también le he enseñado a tumbarse –dije con orgullo.

–¡Un rábano! Lo ha hecho porque estás en el suelo. Levántate y verás que no ha entendido nada.

Me levanté. Bello también. Señalé con el dedo al suelo y volví a gritar:

–¡Échate!

Bello me lanzó una mirada interrogante. Volví a tenderme en el suelo y enseguida se tumbó.

–Bueno, lo ha entendido rápidamente –afirmó papá–. Parece un perro muy listo. De todos modos no estaría de más comprar un libro sobre perros. Tenemos que aprender cómo adiestrarle. No pienso tenderme en el suelo cada vez que quiera que se tumbe.

Bello permaneció conmigo toda la tarde en la habitación. Tenía deberes que hacer, aunque los liquidé con bastante rapidez y con no demasiado esmero.

Entretanto, Bello olfateó todo, intentó morder una pieza de Lego que había encontrado debajo de la estantería y, por supuesto, intentó saltar a mi cama. Pero no se lo permití. Le grité «¡Siéntate!» y, como un buen chico, se sentó en la alfombra que había junto a la cama.

Más tarde se colocó frente a la puerta de mi habitación, gimió y la arañó con la pata delantera. Estaba claro que quería salir. Abrí la puerta.

Pensé que se aburría en la habitación y que deseaba conocer el resto del piso o ver qué hacía papá. Pero corrió precipitadamente hacia la puerta de la entrada y también la arañó.

–Bello tiene que hacer sus necesidades –dijo papá–. Está claro que es un perro muy limpio. Eso está muy bien. Si tienes intención de salir con él, será mejor que lo ates. No vaya a ser que se te escape y desaparezca.

–No se me escapará –respondí–. Se quedará conmigo.

–No lo tengo muy claro. Aún tiene que acostumbrarse a nuestro piso y a nosotros. Toma, coge mi corbata y átasela al pescuezo. Así lo podrás sujetar.

Bello presentaba un aspecto muy distinguido cuando bajó las escaleras con la corbata

roja de papá alrededor del pescuezo.

Fuera caminó a mi lado tranquilamente. Alzó la pata trasera en la primera esquina y, a continuación, me arrastró hasta un trozo de tierra con césped. Allí se agachó, abriendo las patas traseras, y depositó una buena canina.

Después regresó a casa caminando a mi lado.

Un perro ladró de pronto a lo lejos. Bello levantó las orejas y le respondió con un ladrido. Era la primera vez que le oía ladrar. Su ladrido era grave y potente. El otro perro volvió a ladrar, esta vez con más fuerza. A continuación ladró un tercer perro. E incluso un cuarto. De pronto, Bello se soltó y corrió tan deprisa que no pude alcanzarle.

Grité y grité. Le busqué. Pero Bello había desaparecido.

Regresé a casa exaltado.

—¡Papá, Bello se ha escapado! Se soltó y salió disparado.

—Me lo temía —dijo papá—. Ven, vamos a buscarlo.

Salimos juntos y gritamos: «¡Bello!», «¡Bello, ven!». Pero Bello no regresó. Finalmente nos volvimos a casa tristes.

—Ya sabes lo que dijo don Millardo. Bello es un perro vagabundo. No soporta permanecer mucho tiempo en un sitio —dijo papá—. Lástima. Es una verdadera lástima. Me había empezado a acostumbrar a él.

Insistí en que dejáramos entreabiertas la puerta de la entrada del edificio y la del piso durante la noche, por si Bello regresaba.

Cuando finalmente, ya bien tarde, me dormí, Bello aún no había aparecido.

A la mañana siguiente me fui al colegio muy triste. Bello no había regresado.

Mi actitud en clase fue de absoluta indiferencia. No atendí y ni siquiera me percaté de que la señora Melopeya, la profesora de música, me había nombrado por segunda vez.

Sólo pensaba en Bello. Qué poco tiempo lo había tenido y con qué rapidez lo había perdido.

De regreso a casa, Roberto Gansobravo volvió con sus groserías, me pisó el zapato por detrás y, de un golpe, intentó arrancarme la mochila. Pero ese día sentía tanta rabia que no permití que me pegara, como solía hacer, sino que me dirigí a él furioso y le golpeé. En un primer momento me miró con enorme perplejidad. Aquella actitud, por supuesto, no era habitual en mí. Pero, acto seguido, recordó que era el más fuerte de la clase. Me agarró del cuello de la camisa y me zarandó.

El resto de los compañeros llegó corriendo.

—¡Jo, mirad! Max y Roberto se están peleando —gritó uno.

De pronto, apareció un perro grande, de pelo largo desgreñado y de color marrón grisáceo, con una corbata roja atada al pescuezo. Ladró enérgicamente y se abalanzó con tanta fuerza sobre Roberto Gansobravo, que éste no tuvo más remedio que soltarme, dio un tropezón hacia atrás y casi se cae al suelo. Después dio media vuelta y salió corriendo

tan rápido como sus pies se lo permitieron. El resto de la clase retrocedió un paso con mucho respeto. De hecho, por si las moscas, Moritz Levantampollas se subió a un muro.



–¡Hola, Bello! ¡Bello, has regresado! –grité al tiempo que lo abrazaba.

–¿Bello es tu perro? –preguntó Moritz Levantampollas desde lo alto del muro.

–Sí, es mi perro –respondí–. Es peligroso. Cuida de mí.

–Eso está bien –dijo Moritz–. Lo mejor sería que lo trajeras contigo todos los días al colegio. Así, si Roberto vuelve a portarse de forma grosera con alguno de nosotros, tu perro podría morderle fuertemente.

El resto de los compañeros asintió al tiempo que retrocedían lenta y cautelosamente. Moritz saltó del muro y se unió a ellos.

Yo seguía acariciando a Bello cuando, detrás de mí, alguien preguntó:

–¿Es tu perro?

No hacía ni un minuto que había respondido a aquella pregunta. Me giré. Detrás de mí estaba la señora Celeste, la vecina del piso de arriba.

–Se llama Bello –respondí orgulloso.

–Qué perro tan bonito –dijo. Se agachó a mi lado y rascó suavemente el pescuezo de Bello–. Me encantaría tener uno igual.



A Bello le gustaron sus caricias y apoyó la cabeza sobre su regazo.

–Y es tan manso... –dijo–. ¿Vamos juntos a casa?

Y, así, la señora Celeste, Bello y yo regresamos juntos a casa.

Al subir las escaleras, la señora Celeste dijo:

–Puedes venir a visitarme con tu perro cuando quieras. Ya sabes donde vivo.

–Usted también puede venir a visitarnos alguna vez –le respondí–. Bello se alegraría mucho, seguro. Y papá también.

Se detuvo delante de nuestra puerta y volvió a acariciar la cabeza de Bello.

–Y... ¿tu mamá? –preguntó.

–Mi madre vive en Tasmania, en Túnez o en algún sitio parecido. Papá está divorciado.

–Lo siento mucho –respondió. Su rostro, sin embargo, no pareció reflejar ninguna pena–. ¿Y tú? ¿También te alegrarías? –preguntó.

–¿Yo? Pues claro que sí –respondí.

–Adiós. Hasta pronto –se despidió.

Le dije «Hasta luego», entré en casa y ella subió las escaleras que conducían a su piso.

Papá estaba calentando el almuerzo en el microondas, cuando entré con Bello.

–¡Bello! ¡Has encontrado a Bello! –gritó enseguida viniendo a nuestro encuentro–.

¿Dónde lo has encontrado?

–Me ha encontrado él a mí –le contesté.

Y le conté todo a papá.



## 8

# MAX NOS HABLA DEL SEÑOR BELLO



Al día siguiente, papá y yo compramos un collar y una correa, ocho latas y dos paquetes de comida para perros, copos de avena gruesos, un cepillo, un comedero, un cuenco para el agua y un libro, *Cómo educar a mi perro*. Papá también quería comprar una cesta, pero incluso la más grande habría sido muy pequeña para Bello. Y, además, el dependiente nos dijo que un perro podía dormir perfectamente sobre una manta. Cargamos todo en el maletero y regresamos a casa, donde Bello nos aguardaba.

Bello no puso reparos al collar, pero necesitó un buen rato para acostumbrarse a la correa.

Para practicar fui con él a dar un paseo por la ciudad. Al principio Bello tiraba fuertemente de la correa, pero, pasado un rato, comprendió que tenía que ir a mi lado despacio si no quería que el collar le oprimiera la garganta.

Recorrí adrede la calle donde vivía Roberto Gansobravo y caminamos de un lado a otro frente a la puerta de su edificio. Un rato después, Roberto salió, tal y como había esperado. Llevaba consigo unos patines. Cerró la puerta, se sentó en un escalón, y estaba a punto de ponerse los patines cuando nos vio a Bello y a mí. Asustado, dio un brinco y agarró el picaporte de la puerta.

–Hola, Roberto –le dije.

Recogió los patines del suelo y los apretó con fuerza entre sus manos.

–No tienes por qué tener miedo. El perro no te hará nada, está amaestrado. Sólo ataca cuando se lo ordeno.

–Hola, Max –respondió Roberto–. Yo... yo pensaba subir a casa a buscar algo de beber.

«Ya, algo de beber», me dije.

Bello tiró violentamente de la correa y me separó de Roberto. Quería seguir paseando.

–Adiós –le dije–. ¡Hasta el lunes!

–Adiós, Max –gritó Roberto–. El perro ¿volverá a esperarte a la salida del colegio?

–Ya veré –le respondí.

Por supuesto, Bello no volvería a esperarme a la salida del colegio, pero Roberto no debía saberlo. Desde la noche en que Bello había desaparecido, había tomado la decisión de no volverle a dejar suelto nunca más. Quién sabe si regresaría cuando sus amigos, los otros perros, volvieran a ladrarle.

La noche anterior Bello se había exaltado mucho al oír a los otros perros ladrar en la calle. Arañó la puerta, apoyó las patas delanteras en el alféizar de la ventana, miró a través de ella, ladró, nos observó una y otra vez con mirada compasiva, y gimió lastimosamente.

–¿No deberíamos dejarle salir? –le había preguntado a papá–. Me da mucha pena.

–No, es mejor que no –había respondido papá–. Volvería a escabullírsete. Y quién sabe si regresaría por segunda vez. Mañana compraremos una correa. Así lo tendrás bien sujeto.

Ahora lo tenía bien sujeto con la correa y paseé toda la tarde con él por las calles de la ciudad. Bello olisqueó todas y cada una de las farolas y esquinas de los edificios, levantó la pata trasera en cada árbol, olfateó también detenidamente a una perra, a la que su dueña llevaba atada, y no mostró ni un atisbo de cansancio cuando, antes de anochecer, regresamos a casa.

Luego le puse de comer. Sus ojos grandes y de color marrón me observaron atentamente mientras vaciaba la lata de comida para perros con una cuchara. Aguardó con paciencia a que terminara y, sólo cuando asentí con la cabeza y le dije «¡A comer, Bello!», comenzó a comer.

Más tarde volví a sacarlo de paseo para que hiciera «sus asuntos», como decía papá.

Permaneció junto a mí en todo momento, como un buen chico, no tiró de la correa y parecía muy contento cuando regresamos a casa. Al quitarle la correa, corrió a tumbarse sobre la manta que había en mi habitación y se dio la vuelta, al menos tres veces.

–¿Por qué da tantas vueltas? –le pregunté a papá.

–Porque antaño los perros salvajes dormían sobre hierba frondosa y alta, y tenían que girarse para pisotearla. De esa manera conseguían un sitio bien mullido para dormir –me explicó papá.

–Pero Bello no necesita pisotear la alfombra –le dije.

–Ya, pero lo lleva dentro –respondió papá–. De otro tiempo, cuando los perros eran salvajes y vivían en manadas.

Cuando más tarde, después de cepillarme los dientes y ponerme el pijama, entré en la habitación, Bello seguía tumbado apaciblemente sobre la alfombra con las piernas estiradas de lado.

–Buenas noches, Bello. Que duermas bien –le dije, acariciándole el pelaje. Después

me acosté. Aún no había apagado la luz, cuando, de pronto, Bello pegó un brinco y se desveló por completo—. ¿Qué ocurre? —pregunté.

En ese preciso instante lo comprendí. De nuevo se oyeron ladridos de perros a lo lejos. Bello se exaltó como la noche anterior, salió disparado de mi habitación, gimió, aulló y ladró lastimosamente. Quería salir a toda costa.

Papá abrió la ventana del salón. Acto seguido, Bello subió las patas delanteras al alféizar de la ventana y ladró. Los perros le respondieron. Parecía una conversación en toda regla. Un perro ladraba, el otro le respondía, Bello se inmiscuía y ladraba, mientras el primero volvía a tener algo nuevo que decir.

Por si acaso, papá sujetó a Bello de la correa, mientras decía:

—No quisiera que acabara saltando por la ventana.



—¿Todos los perros son así? —le pregunté a papá—. ¿Todos quieren salir a la calle a toda costa?

—No. Por lo general, a los perros les gusta dormir en un piso —dijo papá—. Pero, en su caso, creo que tiene que ver con que es un perro sin dueño, un perro vagabundo. Es probable que los perros a los que responde también sean vagabundos. Quizá acostumbraban salir todos juntos a cazar de noche y ahora echan en falta a Bello.

Sólo cuando, después de un rato, los ladridos cesaron, Bello se tranquilizó y se dejó

seducir hasta mi habitación. Se tumbó sobre la manta, yo me metí en la cama, y probablemente nos dormimos al mismo tiempo.

Al día siguiente salí de nuevo a pasear con Bello, le di de comer y más tarde jugué al escondite con él en casa. El mecanismo era el siguiente. Le decía a Bello: «¡Siéntate!» y, como un buen chico, se quedaba sentado, mientras yo me escondía en alguna parte de la casa, debajo de la cama de papá o en la esquina que había detrás de la nevera. Después de esconderme, le gritaba: «¡Bello, búscame!»). Pero daba igual dónde me escondiera, porque Bello venía corriendo directo hacia mí una y otra vez, sin rodeos ni largas búsquedas, y se detenía delante meneando el rabo. Pasamos toda la tarde en casa jugando a lo mismo.

Pero llegó la noche que no olvidaré nunca, por mucho que cumpla cincuenta o cien años.

Papá se había ido esa noche a la coral. Los fines de semana acude siempre al ensayo del coro Franz Schubert. Canta en un coro mixto. Don Millardo también es miembro de la asociación. De hecho, es el director. Después del ensayo, papá y él suelen tomarse unas cervezas y por eso llega siempre muy tarde.

Estaba, pues, solo con Bello, cuando los perros, nuevamente, comenzaron a ladrar. Bello, cada vez más inquieto, aulló, gimió, me lanzó una mirada lastimera y dio muestras de querer salir a toda costa. No pude más y pensé: «Quizá pueda distraerle». ¿No me había dicho la señora Celeste que podía visitarla en cualquier momento con Bello? Enganché la correa al collar de Bello y subí las escaleras. Al principio se empeñó en bajar y tiró tan violentamente de la cuerda que apenas pude sujetarlo. Pero finalmente su curiosidad venció y comenzó a olisquear cada escalón hasta llegar al piso de la señora Celeste. Pulsé el timbre de la puerta. No se oyó nada. Pulsé de nuevo. Al parecer, no se encontraba en casa.

Bajé de nuevo las escaleras con Bello y entré a oscuras a la farmacia por la puerta de atrás.

El día anterior había cogido un cartucho de caramelos de glucosa y había lanzado uno a Bello. Lo había atrapado en el aire y le había gustado tanto que se había alzado sobre las patas traseras pidiendo más. Sin embargo, no le di otro, porque papá había leído en *Cómo educar a mi perro* que a los perros no se les debe dar dulces.

Pero un segundo caramelillo de glucosa no podía hacer mal a un perro, pensé. No, estaba convencido. Y si dejaba que Bello lamiera uno y luego lo lanzaba al aire para que lo atrapara, se concentraría en el juego y se olvidaría de los otros perros.

Recorrí a tientas la farmacia. No quería encender la luz, de lo contrario me habrían podido ver desde fuera, a través del escaparate. Solté la correa de Bello. Allí abajo no podía hacer nada malo.

Mientras andaba a oscuras, oí cómo Bello se dirigía a la puerta de la rebotica, entraba

en el laboratorio y olisqueaba aquí y allá. Eso no estaba bien. Había demasiadas sustancias químicas de papá que Bello no debía lamer. Encendí la luz.

En ese preciso momento Bello estaba alzando la pata trasera junto al mandarino.

–¡Eh, Bello, no puedes mear ahí! –grité, intentando tirar de él.

Y entonces sucedió. Con el codo golpeé la botella que contenía el elixir azul y ésta cayó al suelo, rompiéndose. El líquido se esparció por todo el suelo.

Bello comenzó a lamer rápidamente el líquido. Por su actitud, su sabor parecía agradarle. Probablemente pensaría que le habría dado algo delicioso que beber.

–¡No, Bello! ¡No! –grité–. ¡El abono puede ser venenoso!

Pero era demasiado tarde.

Al principio no ocurrió nada. Pero, acto seguido, Bello comenzó a emitir ruidos extraños. No procedían de su hocico sino más bien de todo el cuerpo. Como cuando crujen los huesos. Bello se ensanchó, se alzó sobre las patas traseras, creció y creció, su hocico se volvió más pequeño, como queriendo encajar en la cabeza, y sus largas orejas se volvieron redondas y carnosas. Finalmente su pelaje también desapareció... y frente a mí había un hombre muy velludo con un collar de perro alrededor del cuello, del que colgaba una correa.



El elixir había transformado a Bello en una persona.

Y aquel hombre me observaba al menos con la misma perplejidad que yo a él.

–Hummm... –murmuró.

Después dijo «¡Mmmax!» con una voz ronca y grave. Y volvió a repetir: «¡Max!».

–Bello... ¡eres... eres una persona! –balbucí tan pronto recuperé el habla.



–Eres una pursona –repitió, se miró de arriba abajo y asintió–. Sí, eres una pursona.

–¡No, *tú!* Tú eres una persona. Tienes que decir: ¡*Yo* soy una persona!

–¿Hum? –murmuró.

No parecía comprender la palabra «yo».

–Tú, Bello, eres una persona.

–Bello es una pursona –dijo.

Después repitió más rápido y cada vez más entusiasmado:

–¡Bello es una pursona, Bello es una pursona!

–¿Cómo es que sabes hablar? –pregunté.

Bello me miró sorprendido y respondió:

–Max también habla.

–Sí, pero tú eres un perro –dije.

–¡Bello es una *pursona!* –me corrigió.

–Quiero decir, que hasta hace un instante eras un perro –dije.

–Los perros también hablan –contestó–. Los perros hablan perrunamente, las pursonas hablan pursonamente. Bello es una pursona.

–Una persona –le corregí.

–Sí, una pursona –repitió–. ¿Y por qué Bello es una pursona?

–Ha sido el líquido que has bebido. No sólo transforma las plantas sino también los animales.

–Transforma males –repitió Bello asintiendo con la cabeza.

–¿Y qué hago ahora contigo? –pregunté.

–Bello tiene frío. Las personas no tienen pelo en el cuerpo, sólo en la cabeza. ¡Hace frío! –se quejó.

–Subiremos a casa. Te dejaré un pantalón y una chaqueta de papá –dije–. Pero primero déjame comprobar que no haya nadie en las escaleras. No quiero que la señora Celeste te vea así, desnudo.

–Sí, nudo –repitió Bello–. Estar nudo da frío.

Subimos la escalera sigilosamente hasta casa. Nada más entrar, Bello se dirigió a mi cuarto.

–Mi manta está ahí –dijo contento.

Dio varias vueltas, se tumbó y se enrolló en la manta.

–No, Bello. Debes ponerte ropa –dije–. Acompáñame a la habitación de papá.

Revolví el armario de papá e intenté enseñarle a Bello cómo ponerse un pantalón y una camisa. No fue fácil. De no haberle ayudado, probablemente habría introducido las piernas en la camisa y la cabeza en los pantalones.

Estaba tan ocupado con el vestuario de Bello que no oí a papá abrir la puerta. Pero Bello sí. Alzó la nariz, olisqueó y dijo:

–¡Papá viene!

Delante de la puerta de su dormitorio papá se quedó boquiabierto y, por un instante, mudo del susto. Después gritó exaltado:

–¿Qué hace usted en mi dormitorio? ¿Quién le ha dado permiso para entrar aquí? ¿Por qué lleva puesta mi ropa? ¡Max, ven aquí inmediatamente! Max, ¿quién es este señor?

–¿Este señor? –pregunté–. No te lo vas a creer, papá.

–¡Dímelo enseguida! –gritó papá.

Y le respondí:

–Este señor es el señor Bello.

## 9

# DOS SORPRESAS PARA TEOBROMINO

Como era habitual, Teobromino había acudido la noche del sábado al auditorio municipal, donde se reunía la coral Franz Schubert para ensayar. Sin duda, de haber sospechado lo que estaba sucediendo en la rebotica mientras él estaba fuera, se habría quedado en casa.

Pero se habría perdido, entonces, la primera sorpresa de aquella noche, que, al contrario que la segunda, que experimentaría más tarde, resultó muy grata. Don Millardo, el director del coro y jefe de la asociación, presentó a un nuevo miembro. Se trataba de la nueva vecina del segundo piso.

Don Millardo golpeó la batuta en un vaso de agua para atraer la atención y gritó:

—¿Pueden brindarme dos minutos de atención, por favor? Les presento a Verena Celeste. Ha llegado hace poco a la ciudad y es una nueva miembro del coro. Ya ha firmado el formulario de inscripción por duplicado. Su número de socia es el 39-guión-Mu. «Mu» de mujer. Es de Múnich, ha cantado allí en el coro de cantatas como mezzosoprano y tiene muchas ganas de unirse a nosotros. Nuestra más cordial bienvenida.

Todos aplaudieron. La señora Celeste sonrió a Teobromino y se colocó rápidamente en el grupo de las sopranos. El coro comenzó a cantar *La Cantata del Café* de Johann Sebastian Bach. «Nacido en 1685 y fallecido en 1750, es decir a la edad de 65 años», según había dicho don Millardo anteriormente. Ni siquiera en el coro era capaz de ocultar su pasión por los números.

Tras el ensayo, Teobromino y la señora Celeste regresaron juntos a casa. Don Millardo le había preguntado a Teobromino si tomaban juntos, como era habitual, una cerveza. Pero Teobromino le había respondido:

—Hoy no, don Millardo. Quiero acompañar a la socia 39-guión-Mu a casa.

Don Millardo respondió ofendido «Entonces hoy no habrá cerveza», se subió al tractor y se marchó.

Si Teobromino y la señora Celeste hubieran tomado el camino más corto, Teobromino se habría encontrado a Max y a Bello en la farmacia a oscuras. Probablemente Teobromino habría encendido la luz, le habría preguntado a Max «¿Qué haces aquí

abajo?» y habría ordenado a Max y al perro subir. De este modo, Bello no se habría transformado nunca en el señor Bello.

Pero la noche estaba tibia, y Teobromino y la señora Celeste tenían ganas de dar un paseo y charlar un rato. Cuando ambos llegaron a la farmacia eran las once.

La ventana del primer piso estaba iluminada.

–Santo cielo, las luces están aún encendidas –dijo Teobromino–. Max debería estar en la cama desde hace tiempo.

–Probablemente haya olvidado apagar la lámpara de su habitación –le tranquilizó la señora Celeste.

–Pero en mi dormitorio también hay luz –dijo Teobromino–. Tengo que subir inmediatamente y comprobar qué ocurre.

Subieron juntos las escaleras hasta el primer piso.

–Buenas noches, señor Teobromino –dijo la señora Celeste.

–Llámeme Teobromino a secas, es suficiente –dijo–. Quisiera hacerle una pregunta. ¿Le apetecería cenar con Max y conmigo la próxima semana? Cocinaré algo bien rico.

–Encantada. ¿Qué tal pasado mañana? –preguntó ella–. El lunes salgo a las cinco de la tarde.

–El lunes es perfecto –dijo Teobromino–. ¿Me permite preguntarle algo más? ¿Quién le da permiso para salir a las cinco de la tarde? En otras palabras, ¿a qué se dedica usted y dónde trabaja?

–Soy oculista. Trabajo en la óptica Cuatro & Ojos –respondió.

Mientras seguía subiendo las escaleras en dirección a su piso, le gritó:

–Salude a Max de mi parte. Y a Bello, su encantador perro. Y no sea muy severo con su hijo. Mañana es domingo y no tiene que madrugar.

Teobromino cerró la puerta. En primer lugar echó un vistazo al cuarto de Max. Estaba vacío y la cama estaba intacta. Mientras reflexionaba dónde podía estar escondido Max, oyó una voz grave de hombre que decía:

–¡Papá viene!

La voz provenía del dormitorio de Teobromino. Cuando Teobromino entró, se quedó mudo y petrificado del susto junto a la puerta. Un desconocido de lo más velludo estaba saqueando en ese momento el armario de Teobromino e intentaba, torpemente, ponerse su camisa favorita de color azul cobalto. ¡Y Max estaba a su lado y no hacía nada por evitarlo!

¿Y si Max había caído en las garras de un ladrón? El intruso no parecía estar armado. Finalmente Teobromino recuperó el habla y gritó:

–¿Qué hace usted en mi dormitorio? ¿Quién le ha dado permiso para entrar aquí? ¿Por qué lleva puesta mi ropa? ¡Max, ven aquí inmediatamente! Max, ¿quién es este señor?

Max miró con inseguridad a su padre.

–¿Este señor? –preguntó–. No te lo vas a creer, papá.

–¡Dímelo enseguida! –gritó Teobromino.

–Este señor es el señor Bello –respondió Max.

–¿Bello? ¿Quién es el señor Bello? –preguntó Teobromino.

–Bueno, nuestro antiguo perro –dijo Max.

El desconocido se inmiscuyó entonces en la conversación:

–Bello es una pursona –dijo con orgullo.

Se acercó a Teobromino, apoyó las manos sobre su pecho y repitió:

–Bello es una pursona, papá –dijo, e intentó lamer el rostro de Teobromino.

–¡Puag! –gritó Teobromino–. ¡Basta! Pero ¿qué hace?

Max gritó:

–¡Siéntate! ¡Bello, siéntate!

E inmediatamente el desconocido se sentó en el suelo.

Teobromino observó entonces que el hombre llevaba el collar de Bello alrededor del cuello.

–Max, por favor, explícame todo esto antes de que pierda los estribos –dijo Teobromino, esforzándose por hablar con serenidad, aunque con gusto hubiera gritado.



–Bajé con Bello al laboratorio –comenzó cautelosamente Max.

–¡Sí! ¿Y? –preguntó Teobromino.

–Y entonces la botella con el líquido azul se cayó al suelo, Bello se lo bebió todo y se transformó –dijo Max señalando al desconocido, que seguía sentado en el suelo, como un buen chico.

–Se transformó –confirmó este último–. Bello es una pursona.

Teobromino sintió también la necesidad de sentarse. Pero en la cama, no en el suelo.

–¿Cómo puede ser? –se preguntó–. Está claro que el líquido no sólo hace crecer las plantas sino también las transforma. Un pequeño rabanillo se convirtió en un rábano. Y Bello...

–...en una persona –añadió Max.

–¡Válgame Dios! ¿Y ahora qué hacemos con él? –preguntó Teobromino.

–¿Por qué? Se quedará con nosotros, por supuesto. Al fin y al cabo, era mi perro –dijo Max.

Teobromino sacudió enérgicamente la cabeza.

–No es tan sencillo, no podemos alojar aquí sin más a un hombre, a una «pursona», que antes era un perro. Eso raya en lo ilegal, un experimento ilegal con animales –dijo–. Si alguien se entera de esto, me puedo ir despidiendo de la farmacia.

–¿Vamos a dejar tirado a Bello, quiero decir, al señor Bello? –preguntó Max–. Se quedará con nosotros. Le quiero mucho, aunque ya no sea un perro.

–Bello también quiere a Max –dijo el señor Bello.

Se levantó e intentó lamer el rostro de Max. Max se apartó riendo.

–¡No, Bello, no! –gritó–. Las personas no se lamen aunque se quieran.

–¿No se lamen? –preguntó el señor Bello.

En el centro de la habitación, alzando la nariz, Bello aguzó el sentido del olfato. Después se acercó a Teobromino y, sin ceremonias, comenzó a olisquear su chaqueta:

–Papá ha estado con don Millardo –afirmó–. Y con la señora del piso de arriba, la que acarició a Bello.

–No me llames papá –dijo Teobromino enojado–. No soy tu papá, soy el papá de Max. Llámame Teobromino.

–Sí. Bello sólo dirá papá Teobromino –respondió obediente el señor Bello.

–¡Papá Teobromino, no! ¡Sólo Teobromino! –gritó Teobromino alzando mucho la voz, más de lo que en realidad habría deseado.

Pero la situación le sobrepasaba.

–¿Entiendes, Bello? Te-o-bro-mi-no.

El señor Bello pareció ofendido.

–Bien, Bello sólo dice Teobromino –repitió–. Y Teobromino no dice Bello.

–¿No dice Bello? ¿Entonces qué tengo que decir? –preguntó Teobromino.

–Teobromino dice *señor* Bello –dijo el señor Bello con orgullo–. El señor Bello es una pursona.

–De acuerdo, *señor* Bello –dijo Teobromino–. ¿Y ahora qué hacemos? Será mejor que nos vayamos a dormir. Mañana ya pensaremos en algo.

Los tres salieron del dormitorio. Cuando el señor Bello pasó junto a la puerta de la cocina y vio el fregadero lleno de agua, gritó «¡Beber, beber!» y corrió hacia él.

En realidad, Max tenía que haber fregado la vajilla, pero, por supuesto, no había tenido tiempo. Del fregadero sobresalían un plato y algunas tazas. El señor Bello apartó la vajilla, agachó la cabeza y comenzó a beber el agua.

–El señor Bello tiene mucha sed –explicó después a Teobromino, que le había observado meneando la cabeza.

A Max le resultó divertido y rompió a reír.



–¿Qué, qué tal sabe el agua jabonosa? –preguntó.

–El agua de las pursonas no es buena, tiene muchas bolas –respondió el señor Bello.

–¿Qué bolas? –preguntó Max.

–Éstas –contestó el señor Bello señalando el agua.

Max no pudo evitar volver a reírse.

–¡Espuma! –dijo–. Te refieres a la espuma.

–Sí, espuma –repitió el señor Bello refunfuñando.

–¿Dónde alojamos al señor Bello? No hay cama para él –dijo Teobromino.

–El señor Bello se tundará sobre la manta, como siempre –dijo el señor Bello entrando en la habitación de Max.

Pero entonces recordó algo:

–¡Primero liquidar los *asuntos*! El señor Bello tiene que muar –dijo.

–Si quieres ser una persona, tendrás que ir al aseo como una persona –dijo Teobromino–. ¡No pretenderás subir una pierna junto a la farola más cercana!

–¿Useo?

–Sí, ahí dentro –le dijo Max señalando el aseo.

–¿Aquí dentro? –preguntó el señor Bello–. ¿Las pursonas lo hacen en una soperá?

–No es una soperá, es un váter –dijo Max cerrando la puerta–. Y no olvides tirar cuando hayas terminado.

–Sí, tirar. Al señor Bello le gusta que Max le tire cosas e ir a buscarlas –dijo el señor

Bello desde el interior.

–¡No tirar cosas! ¡Tirar de la cadena! –gritó Teobromino.

Max entró en su habitación, se puso el pijama y se tendió en la cama. Desde el aseo oyó al señor Bello cantando:

–El señor Bello es una pursona, el señor Bello es una pursona, una pur-so-na.

Finalmente llegó el señor Bello. Se miró de arriba abajo y le dijo a Max:

–No quiero dormir con ropa de Teobromino. Me aprieta.

Max gritó:

–Papá, ¿tienes un pijama para el señor Bello? Tu camisa le está ajustada.

Teobromino entró en la habitación. En la mano llevaba una bata blanca y larga que solía llevar cuando estaba en la farmacia.

–Toma –le dijo al señor Bello–. No creo que te quede estrecha. Puedes ponértela.

Y mirando a Max, añadió:

–Pero no pienso prestarle mi pluma estilográfica, ni mi cepillo de dientes ni tampoco mi pijama.

–¿Qué es pluma estilográfica? –preguntó el señor Bello mientras intentaba quitarse torpemente la ropa de Teobromino y se enfundaba la bata.

–Sirve para escribir –le explicó Max.

–El señor Bello no quiere ninguna pluma estilográfica –dijo el señor Bello sacudiendo la cabeza–. No sabe leer ni escribir.

–¿Cómo sabes lo que es leer y escribir si eres un perro? –preguntó Teobromino.

–El señor Bello no es un perro. ¡El señor Bello es una pursona! –protestó el señor Bello.

–Quiero decir, si antes eras un perro –corrigió Teobromino.

–El señor Bello se ha fijado en Max –dijo el señor Bello con orgullo.

Dio tres o cuatro vueltas, se tumbó, se enrolló en la manta e inmediatamente comenzó a roncar.

–Buenas noches, Max. Que descanses –dijo Teobromino mientras salía de la habitación sacudiendo la cabeza.

## 10

# MAX NOS VUELVE A CONTAR



A pesar de que la noche anterior me había ido a la cama muy tarde, me desperté bien temprano.

–¿Qué tal, señor Bello, estás despierto? –pregunté en voz baja.

No quería despertarle, quizá seguía durmiendo.

–¿O debo llamarle de usted?

No hubo respuesta. Me incliné a un lado de la cama: la manta estaba vacía.

–¿Señor Bello? –grité.

Salté de la cama y fui al salón.

–¿Señor Bello? –volví a gritar.

Papá salió del dormitorio en pijama y bostezó.

–¿Ya te has levantado? ¿Qué ocurre? –preguntó.

–El señor Bello no está –le dije.

–Quizá esté en el «useo» «muando» –dijo papá.

Pero el aseo estaba vacío. Entonces observé que la puerta de la entrada estaba abierta.

–¡Papá, la puerta está abierta! El señor Bello se ha marchado. ¡Papá, el señor Bello se ha ido! –grité.

–Bueno, se ha convertido en persona y ha hecho lo que deseaba hacer todas las noches. Se ha escapado. Ahora puede abrir la puerta –dijo papá–. Me pregunto cómo reaccionarán los otros perros cuando le vean convertido en persona.

–¿Escapado? ¿Crees que se ha ido para siempre? –pregunté. Como se puede suponer, estaba realmente inquieto–: ¿Y lo dices tan tranquilo? ¿No te parece mal?

Papá se sentó en el sofá del salón y me invitó a sentarme junto a él:

–Max, entiendo que te sientas triste porque el señor Bello se haya ido –dijo apoyando un brazo sobre mis hombros–. Pero sinceramente. Es un alivio que haya sucedido así. ¿Cómo le habríamos explicado a la gente quién es y de dónde viene? Aun cuando hubiera contado la verdad, nadie me habría creído. ¡Un perro que de pronto se convierte en persona! Pensarían que el farmacéutico Teobromino se había vuelto loco de remate.

Y tampoco podemos demostrarlo porque no queda una gota del elixir azul. El señor Bello se la bebió. Mejor dicho, el perro Bello. Porque hasta ese momento era un perro.

–¿Quieres decir que no regresará nunca? –pregunté con gesto triste–. El señor Bello era muy divertido. Con ese lenguaje tan cómico. Y era tan cariñoso conmigo como cuando era perro. Más aún, incluso.

–Sin embargo, es muy distinto que quien te lame la cara sea un perro o una persona –dijo papá–. Para mí es algo realmente asqueroso.

–Pues para mí no –respondí.

Me levanté, entré en mi habitación, me tiré sobre la cama y volví la cara hacia la pared para demostrarle a papá lo rabioso que estaba.

No tenía la menor intención de ir a la cocina y desayunar con él.

Llevaba un buen rato tumbado, cuando, en el pasillo, sonó el teléfono. Papá lo cogió. Le escuché hablar alterado, aunque no entendí lo que decía.

Nada más colgar, gritó:



–¡Max! –no respondí. Quería que supiera que aún seguía ofendido. Entró seguidamente en mi habitación y gritó–: ¡Max, lo han encontrado!

–¿A quién han encontrado? –pregunté.

–¡Al señor Bello! –gritó–. ¡Rápido, vístete!

En mi vida me había vestido con tanta prisa.

–¿Quién lo ha encontrado? ¿Dónde está? ¿Quién ha llamado? –le grité.

Pues papá había entrado en su dormitorio a vestirse.

–La policía –respondió–. El señor Bello está en la comisaría. Tengo que ir a declarar.

Lo han tomado por ladrón. Creen que entró a robar en casa, porque lleva puesta una bata con el logotipo de la Farmacia Teobromino. ¿Qué vamos a decir? ¿Qué hacemos?

–¡Cómo que qué hacemos! Está claro –grité–. Recogemos al señor Bello y después desayunamos todos juntos, los tres. Mola.

Papá entró en mi habitación, ya vestido:

–¡Que te crees tú eso! Aún no te has percatado de la seriedad de la situación.

## 11

### EN LA COMISARÍA

Cuando Teobromino y Max llegaron a la comisaría, fueron recibidos por dos policías bastante gordos, uno joven y otro más viejo.

–Está sentado allí –dijo el policía joven en voz baja–. Venga por aquí, podrá verle a través de esa ventanilla.

Teobromino y Max miraron a través de la ventana que había en la habitación contigua. El señor Bello estaba sentado en una silla con los pies desnudos y sucios apoyados en la mesa de despacho. En ese momento se rascó la cabeza, agarró una pluma de gallina que había en su pelo, la observó, la puso sobre la palma de la mano y sopló. La pluma salió volando sobre la mesa de despacho y planeó suavemente hasta el suelo. El señor Bello la miró con gesto sonriente.

–Lo cierto es que parece inofensivo –dijo el policía joven.

–¡Que te crees tú eso! –respondió el viejo–. Voy a leer el informe: «El sospechoso afirma que su apellido es Bello y su nombre de pila, Señor».



–«Bello» también significa «guapo» en italiano. Quizá sea italiano. Habla de una forma penosa –se inmiscuyó el policía joven.

–No me interrumpa –dijo enfadado el policía mayor–. Ya sé que habla usted italiano – y se volvió de nuevo hacia Teobromino–. Afirma, además, tener siete años, desconocer quién es su padre y haber nacido en un vertedero. No sabemos si es demasiado astuto o está loco de remate. Todo apunta a que le falta un tornillo –el policía se golpeó la sien con el dedo índice–. Nos fijamos en él anoche. Le vimos mientras patrullábamos.

–Sí, así es –dijo el policía joven–. Imagínese, estaba ladrando a los perros. A voz en grito. Si uno cerraba los ojos parecía un perro auténtico.

–¿Y qué le respondieron los perros? –preguntó Max.

–¿Qué quieres decir? –preguntó el policía viejo, observando a Max como si éste acabara de llegar de la luna–. ¿Cómo que responder? Los perros ladraron.

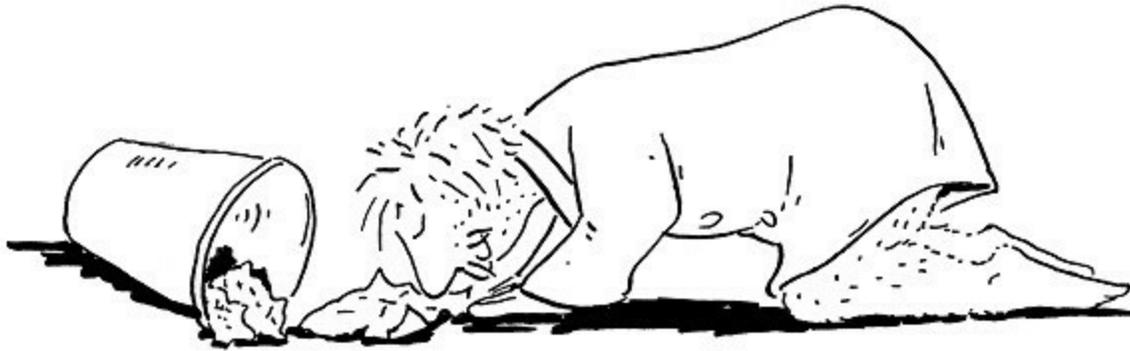
–Quiero decir, si el señor Bello le ha contado lo que los perros... –respondió Max.

Pero su padre le interrumpió con un fuerte «¡Shhh!» y un codazo para que se callara.

–En cualquier caso, los perros salieron corriendo cuando se les acercó –explicó el policía joven–. Y aquello pareció sacarle de quicio. Se quedó completamente abatido.

–No teníamos aún ningún motivo para detenerle –dijo el otro policía–. No podemos

detener a nadie por ladrar. Así que le dejamos ir. Pero esta mañana le pillamos.



–¿Le pillaron? ¿Por qué motivo? –preguntó Teobromino.

–Recibimos una llamada telefónica de un agricultor que posee una granja de gallinas a las afueras de la ciudad. Escuchó un intenso cacareo en el gallinero y, cuando fue a ver qué sucedía, encontró a este señor Bello intentado llevarse una gallina debajo del brazo. El agricultor logró retenerlo con el rastrillo y nos avisó. Llegamos enseguida y atrapamos al ladrón. Entonces fue cuando nos dimos cuenta de que llevaba una bata de farmacia. Todo apunta a que también ha robado allí. ¿Ha echado algo en falta en la farmacia? ¿Ha encontrado señales de robo?

Max soltó una enorme carcajada:

–¡Pero qué dice! El señor Bello no ha entrado a robar. Es nuestro –dije.

Esta vez no sirvió de nada que Teobromino dijera rápidamente «¡Shhh!»». El policía preguntó enseguida:

–¿Qué significa «es nuestro»?

–Max quiere decir... –Teobromino comenzó a tartamudear–. Que es uno de los nuestros. El señor Bello es, cómo decirlo, un... un pariente. Un pariente muy lejano. Procede de Italia, del sur del Tirol.

El policía lanzó a Teobromino la misma mirada que antes lanzara a su hijo. Pero también Max observó con ademán de sorpresa a su padre. No tenía la menor idea de que supiera mentir con tanta facilidad.

–¿Y lo dice ahora? –gritó el policía–. ¿Qué relación tiene usted con el ladrón de gallinas?

–Como acabo de decirle, es un pariente lejano. El pobre sufre una pequeña crisis nerviosa, comprende. A veces se muestra confuso: cree que es un perro y hace cosas que normalmente no haría nunca. Me lo han enviado para que se recupere.

–Eso es terrible –dijo el policía joven con ademán compasivo–. ¡Cree que es un perro!

–Sí, terrible –afirmó Teobromino–. Como usted sabe, soy farmacéutico y sus familiares han volcado todas sus esperanzas en mí. En que yo lo cure, ya sabe.

–Ya, comprendo –dijo el policía viejo–. Pero ¿y qué hacemos con él? En cualquier caso su pariente ha hurtado una gallina.

–Pero la ha devuelto, ¿no es así? –preguntó Teobromino.

–¡Su deber era devolverla! –puntualizó el policía–. Su deber era devolverla.

–Estoy dispuesto a pagar los daños y a comprarle una nueva gallina al agricultor. Digamos que en compensación por el susto que se ha llevado.

–Eso suena mucho mejor –dijo el policía–. Entonces haremos la vista gorda. Puede llevarse a su pariente. ¡Pero cuide mejor de él en el futuro!

Los policías, Teobromino y Max entraron en la habitación contigua, donde estaba sentado el señor Bello. En el intervalo había volcado el contenido de una papelería en el suelo, y olisqueaba un papel de bocadillo, que probablemente había envuelto el desayuno de uno de los policías. Cuando reconoció a Teobromino y a Max, dio un salto.

–¡Max! –gritó–. ¡Papá Teobromino!

Bailoteó contento alrededor de los dos, después apoyó las dos manos sobre los hombros de Max y le lamió la cara.

Max se rió y gritó:

–¡Basta, señor Bello!

Los dos policías observaron la escena sacudiendo la cabeza.

–¡Puag, qué asco! –dijo el joven.

–Eso mismo opino yo –afirmó Teobromino.

–¿Y aun así se lo permite? –preguntó el policía viejo–. Como farmacéutico, debe usted saber que eso es absolutamente antihigiénico.

–¿Y vive entonces con usted? –preguntó el joven.

El señor Bello intervino:

–Sí, vive con ellos –dijo con orgullo–. Vive en la habitación de Max. El señor Bello duerme con Max.

–Pero no en tu cama, ¿verdad? –preguntó el policía viejo.

–No, claro que no –respondió Max–. El señor Bello duerme sobre su manta. En el suelo.

–¿En el suelo? ¿No tiene cama? –preguntó el policía joven.

–Al señor Bello no se le permite la cama –dijo el señor Bello.

–Ajá, no tiene cama. Apúntelo –le dijo el policía viejo al joven.

Éste se sentó a la mesa del despacho y tomó notas.

El señor Bello continuó contando con orgullo:

–El señor Bello puede hacer sus necesidades como una persona. El señor Bello puede mear en la sopera.

El policía joven apartó la vista de su bloc de notas y alzó la mirada.

–¿Mear en una sopera? –preguntó–. ¿Qué es mear?

Antes de que Teobromino pudiera impedirlo, Max ya había contestado:

–Quiere decir orinar, hacer pis.

–¿Hacer pis? –preguntó el policía horrorizado–. ¿Y tu mamá qué opina de todo esto?

–Mi mamá no opina. Debe de estar en Tasmania o en Túnez –respondió Max–. Se ha

ido a cazar tigres o leones.

–¡Anote eso también! El hijo desconoce dónde está su madre –ordenó el policía viejo al joven.

–Estoy divorciado –intervino Teobromino–. Hace años que tengo la custodia de mi hijo.

–Querido señor Teobromino... –dijo el policía viejo.

–Teobromino. Llámeme Teobromino a secas, es suficiente –dijo Teobromino.

El policía sacudió la cabeza con irritación y empezó de nuevo:

–Querido Teobromino, se lo diré con absoluta claridad. ¡Lo que he escuchado es inaudito! ¡Increíble! ¡Eso sí que son condiciones familiares insostenibles! ¡Un pariente evidentemente perturbado, absolutamente abandonado, semidesnudo, que duerme en la misma habitación que el chaval, sin cama, y que orina en una sopera! Tampoco existe una madre. ¡Eso es criminal! Mañana mismo informaré a la señora Parca, de la Institución del Menor. Debería ir a comprobar que todo esté bien.

–¿La Institución del Menor? ¿Qué significa eso? –preguntó Teobromino.

–¿Que qué significa? Si de la visita que realice se desprende que su casa es como me la imagino, le quitarán la custodia de su hijo. ¡El chico tendrá que ir a un hogar infantil!

–¡Yo no quiero ir a ningún hogar infantil! –gritó Max–. Estoy bien en casa de papá. Es papá y mamá al mismo tiempo. ¡Ya lo ha dicho él!

–Eso, chico, lo tendrá que valorar la señora Parca –dijo el policía viejo.

El policía joven intentó consolarle y añadió:

–Los hogares infantiles no están tan mal como crees. Estarás con muchos otros chavales simpáticos. Ya verás cómo enseguida te sientes a gusto.

–No quiero sentirme a gusto –gritó Max–. Quiero quedarme con papá y el señor Bello.

–Ya has oído lo que ha dicho mi compañero. Sólo la señora Parca puede decidirlo –dijo el policía joven.

–Bueno, y ahora llévense al señor Bello y regresen a casa. Todo lo demás ya se verá. ¡Que pasen un feliz domingo! –añadió el viejo.

## 12

# MAX NOS HABLA SOBRE LA EDUCACIÓN DEL SEÑOR BELLO



En el camino de regreso a casa, papá y yo estábamos completamente abatidos. No así el señor Bello. Estaba de muy buen humor y feliz de encontrarse nuevamente con nosotros. Iba y venía andando descalzo, nos rodeaba y volvía a alejarse.

Papá no se inmutó. Estaba inmerso en sus sombríos pensamientos, lo mismo que yo.

–Papá, si me llevan al hogar infantil, me escaparé y volveré a casa –le dije.

–No irás a ningún hogar infantil, te lo prometo –dijo papá–. Pero tenemos que prepararnos para la visita de esa señora Perca o Parca.

–¿Cuándo vendrá? –pregunté.

–Ese tipo de visitas se hacen por sorpresa –respondió–. A partir de ahora deberás limpiar bien tu cuarto.

–Te lo prometo –dije.

–Debería hacer una limpieza profunda a la casa –reflexionó papá–. Desde que la señora Catacaldos no viene, está algo descuidada. La casa, quiero decir, no la señora Catacaldos. No tengo tiempo para ocuparme de la farmacia y de la casa.

–¿No podrías contratar a alguien que ayudara en la farmacia? Dispondrías de más tiempo para la casa y para mí –propuse–. Por qué no preguntas a la señora Celeste si le apetecería trabajar en la farmacia. Sólo tendría que bajar dos pisos hasta su nuevo puesto.

–En primer lugar, no puedo permitirme contratar a nadie. Desde que han abierto esas tres farmacias modernas, la nuestra se ha quedado pequeña y anticuada –dijo papá.

–¿Y en segundo lugar? –pregunté.

–En segundo lugar, la señora Celeste tiene un trabajo completamente diferente. Y en tercer lugar... –hizo una pausa y adoptó una mirada reflexiva–. Y en tercer lugar, no voy a pedirle a la encantadora señora Celeste que permanezca de pie detrás del mostrador

todo el día, vendiendo pastillas –supe que pensaba en mamá. Tampoco ella había querido pasar toda su vida vendiendo pastillas. Por eso nos dejó–. El problema no es que el piso esté más o menos sucio –dijo a continuación–. El problema es el señor Bello. Si continúa actuando de esa forma, acabaremos estando en «condiciones familiares insostenibles». ¡Mírale! –en ese preciso instante pasábamos junto a un parque infantil, en el que jugaban algunos niños. El señor Bello había salido disparado hacia ellos y, de un salto, se había plantado en el cajón de arena. Todos los niños le rodearon y se desternillaron de risa al ver a aquel adulto tan peculiar. Pues el señor Bello estaba agachado en medio del cajón, escarbando y lanzando arena con las dos manos a través de sus piernas. Exactamente igual que cuando, siendo perro, salíamos a pasear y descubría un agujero de un ratón en algún lugar del prado o encontraba el rastro de un hueso que otro perro había enterrado allí.



Aquello superó a papá.

–¡Ven aquí inmediatamente, señor Bello! –gritó. El señor Bello dejó de escarbar y vino hacia nosotros trotando–. Quédate aquí y no vuelvas a echarte a correr. Tu sitio está junto a nosotros, ¿comprendes? –le reprendió papá. El señor Bello se tumbó en la acera–. Pero ¿qué demontre está haciendo ahora? –preguntó papá alzando la vista al cielo con gesto desesperado.

–El señor Bello se ha «echado» –respondió el señor Bello con orgullo.

–¡Rápido, señor Bello, arriba! ¡Qué va a pensar la gente! –grité.

El señor Bello se levantó. Probablemente pensó que le hacía una pregunta y, rascándose la cabeza, respondió:

–El señor Bello no sabe lo que la gente debería pensar.

Papá seguía sin comprender por qué el señor Bello se había tumbado, así que le expliqué:

–Has dicho «echarse», «No vuelvas a echarte a correr» Y cuando se le dice «echarse»

cree que tiene que tumbarse. Eso es lo que le hemos enseñado.

Pero cometí el error de mencionar la palabra «echarse», tres veces de hecho. Y el señor Bello se había tumbado de nuevo en la acera.

–¡Levántate inmediatamente! –ordenó papá–. Señor Bello, si quieres quedarte con nosotros, tendrás que aprender a comportarte como una persona. A partir de ahora te vamos a educar. Haremos de ti una auténtica persona, ¿comprendes?

–El señor Bello *es* una pursona –protestó el señor Bello.

–¡Sí, pero qué persona! ¿Quieres que Max se quede con nosotros o te da igual que se lo lleven?

–Max no llevar. Max quedar –respondió el señor Bello, intentando nuevamente demostrarme su amor a lametazos.

Me aparté y le dije:

–¡Ya está bien, señor Bello! ¿Cuántas veces hay que decirte que a las personas no se les lame la cara?

–Lo esencial ahora es la educación del señor Bello –dijo papá–. Es nuestra única posibilidad de que esa señora Perca o Parca se lleve una buena impresión de nosotros. Este hombre tiene que aprender a comportarse y a no llamar la atención. Y nos pondremos con ello tan pronto lleguemos a casa.

Cuando llegamos al piso, arrastramos al señor Bello al cuarto de baño. Lo metimos en la bañera y le dijimos que se lavara los pies.

Después entramos en el dormitorio de papá y lo vestimos. Papá le dio «uno de sus mejores trajes», según dijo. Pero lo cierto es que lo había cogido del fondo del armario y, al menos, hacía tres años que no se lo ponía.

Con los pantalones de papá y la camisa a cuadros, el señor Bello parecía mucho más normal que con la bata de la farmacia. Sólo faltaban los zapatos.

Papá rebuscó en la zapatera y encontró un par de zapatos suaves y desgastados.

–Creo que te irán bien –dijo mirando los pies del señor Bello.

–¿Ir bien? –preguntó el señor Bello.

No parecía comprender para qué servían los zapatos.

Se los alcancé y le dije:

–Las personas llevan zapatos.

El rostro del señor Bello resplandeció.

–Llevar zapatos es fácil –dijo y se los llevó a la habitación contigua.

–¡Se llevan *en los pies!* –le corregí.

Aquello no entusiasmó tanto al señor Bello. Aulló y se quejó cuando, por fin, logramos ponerle los zapatos y atarle los cordones. Al principio creí que le estaban pequeños. Pero observé que el dedo gordo tenía aún mucho espacio. El señor Bello no estaba, simplemente, acostumbrado a llevar zapatos. Recorrió la habitación con un andar

cómico. Papá y yo no pudimos evitar la risa, porque a cada paso alzaba el pie como si estuviera cruzando un arroyo.

–Bueno, nuestro invitado tiene un aspecto normal ahora –dijo papá–. Y pronto se acostumbrará a los zapatos –echó un vistazo a su reloj de pulsera–. Ya es mediodía. No vale la pena desayunar. Prepararé algo y almorzaremos. Sopa de pollo con fideos. Max, puedes ir poniendo la mesa.

Mientras yo colocaba tres platos y tres cucharas sobre la mesa, papá puso agua a hervir, sacó una sopa de sobre de la despensa y la vertió en una sopera.

Antes de sentarnos a la mesa, dijo:

–Esta es la primera lección. ¡Hay que lavarse las manos! Una persona no se sienta a la mesa con unas manos tan sucias, señor Bello. ¡Al cuarto de baño! Max te enseñará cómo se enjabonan las manos.

Para que fuera más fácil, primero me enjaboné yo las manos. El señor Bello observó con gran interés, la cabeza pegada a mis manos enjabonadas, asintió y dijo:

–Espummma.

–Sí, exacto. ¡Ahora tú! –le dije, extendiéndole el jabón.

El señor Bello lo cogió, se lavó bien las manos y me sonrió con gesto irónico.

A punto estaba de decirle «Bien hecho», cuando el jabón se le escapó de la mano y salió disparado hacia el techo.

Con un movimiento rápido, el señor Bello lo atrapó con la boca. Lo mantuvo unos instantes entre los dientes y después lo escupió.

–¡Puag! –gritó–. Sabe a animal muerto.

Cuando, por fin, nos sentamos a la mesa, papá dijo:

–Ahora viene la siguiente lección. Tomar la sopa.

–Tomar la sopa –repitió el señor Bello expectante, observando con impaciencia cómo papá servía los tres platos.

–Empezamos –dijo papá.

–Empezamos –repitió el señor Bello. Inclino la cabeza sobre el plato y comenzó a lamer la sopa.

–¡Au! –gritó al tiempo que retrocedía–. ¡La comida de las personas está caliente!

Esperaba que papá se enfadara, pero, con actitud calmada, dijo:

–Sí, la comida de los perros está fría. La comida de las personas está caliente. Por eso la tomamos con cuchara.



Papá levantó su cuchara.

–¡Max te enseñará cómo se come con ella!

–Así, señor Bello –dije, llevándome la cuchara lentamente a la boca.

El señor Bello me observó con la cabeza gacha, a continuación agarró la cuchara e intentó imitarme. Pero sujetó la cuchara con toda la mano, como hacen los niños pequeños, la sumergió horizontalmente en la sopa y después se la llevó a la boca. Papá y yo le miramos expectantes. Y sucedió lo que tenía que suceder. La sopa que había en la cuchara no fue a parar a su boca sino a su vientre.

–¡Au! –gimió el señor Bello nuevamente, bajando la mirada–. La comida de las personas está caliente dentro del estómago y *encima* del estómago.

–Y, dado que ya has manchado tu nueva camisa, no hay problemas en seguir ensayando –dijo papá–. ¡Otra cucharada! ¡Perfecto! ¡Otra más! ¿Has visto? Así está mucho mejor. Has conseguido meterte algo de sopa en la boca.

Tras el almuerzo, el señor Bello se puso otra camisa que iba mucho mejor con su pantalón azul. Después siguió una nueva lección.

–Vamos a ensayar ahora algo muy importante –dijo papá–. Vamos a ensayar el saludo.

–Saludo –repitió el señor Bello aplicado.

Papá se dirigió a la puerta de la entrada y la abrió.

–Seré esa señora Perca o Parca, de la Institución del Menor –dijo.

El señor Bello me sonrió con gesto irónico, como queriendo decir: «¡Al señor Bello no se le engaña tan fácilmente!», sacudió la cabeza y gritó:

–¡No es vurdad! ¡Tú eres papá Teobromino!

–Sólo «Teobromino», no papá –rectificó enseguida el señor Bello.

–Señor Bello, papá sólo *jugará* a ser la señora del Instituto del Menor.

–Ah, vale. Teobromino jugará a ser la señora –dijo el señor Bello.

Papá se había calmado.

–Bueno, soy la señora del Instituto del Menor, que acaba de entrar en casa –explicó–. Y tú me saludarás y me dirás: «Buenas tardes, encantado». ¿Has entendido?

–He entendido –respondió el señor Bello–. Buenas tardes, encuntado.

–Intenta pronunciar mejor. Bue-nas tar-des, encantado.

–Bue-nas tar-des, encantado –repitió el señor Bello.

–¡De acuerdo! –dijo papá–. ¡Empecemos!

Salió de casa, cerró la puerta de la entrada y llamó al timbre.

Yo cogí el telefonillo y pregunté:

–Hola, ¿quién es? –quería hacerlo de una forma real. Así que actué como si hubiera oído el telefonillo y después dije–: ¡Ah, la señora Parca del Instituto del Menor! ¡Qué sorpresa! Nos alegramos de su visita. Un segundo, enseguida le abro.

El señor Bello se colocó expectante a mi lado y dio un paso tras otro, impaciente.

Abrí la puerta, papá entró, le extendió la mano al señor Bello y dijo:

–Buenas tardes, soy la señora Parca del Instituto del Menor.

–Bue-nas tar-des, encantado –dijo el señor Bello.

Acto seguido, apoyó las manos sobre los hombros de papá y le lamió la mejilla.



–¡No, la mano! –gritó papá. Estaba realmente enfadado. Le extendió la mano al señor Bello y le gritó de nuevo–: ¡¡¡La mano!!!

El señor Bello asintió para que supiera que lo había entendido.

–Bue-nas tar-des, encantado –dijo, y comenzó a lamer la mano de papá.

Papá retiró la mano y la escondió tras la espalda.

–¡Basta! Es suficiente por hoy –dijo–. Seguiremos ensayando mañana. En un día no se puede pretender convertir a un perro en un caballero.

Y se retiró al dormitorio.

El señor Bello adoptó un gesto de preocupación, cuando papá cerró la puerta.

–Teobromino está enfadado con el señor Bello –dijo, al tiempo que se volvía varias veces.

Después se tumbó en el suelo, junto al sofá.

–No te lo tomes a mal –le dije, sentándome a su lado sobre la alfombra–. Aprenderás. Ya pronuncias mucho mejor.

–Pero es difícil. Siempre tengo que aprender. Teobromino dice que no soy pursona – se quejó el señor Bello–. Ayur los perros me dijeron: «¡Largo, pursona! ¡Lárgate con tus dos patas!». ¿Qué es el señor Bello?

–¿Que qué eres? Eres mi mejor amigo –le dije acariciándole la cabeza–. Vamos, levántate y ven conmigo. Daremos un paseo.

–¿Puseo? –el señor Bello asintió, se levantó y miró a su alrededor–: ¿Dónde está la correa?

No pude evitar reírme.

–Las personas no necesitan correa.

–Puseo sin correa –repitió el señor Bello, satisfecho–. ¡Mola!

# 13

## PLANES GASTRONÓMICOS Y OTRAS CURIOSIDADES

El lunes por la mañana Max no tenía que ir al colegio hasta segunda hora. A primera hora no había clase porque el señor Occitano, su profesor de geografía, estaba hospitalizado con una rotura doble de pantorrilla. Cuando Max entró en la cocina, aún medio dormido, su padre ya estaba vestido y sentado a la mesa. Tenía un libro de cocina delante y estaba intentando separar dos páginas pegadas con ayuda de un cuchillo.

–Bacalao, salmón o rodaballo –murmuró al mismo tiempo–. El pescado es fácil de cocinar. Sobre todo el pescado. Eso está bien.

–¿Pescado? –preguntó Max–. ¿Cuándo y por qué quieres cocinar pescado? Nunca lo has hecho.

–He invitado a cenar a la señora Celeste esta noche –respondió Teobromino–. Estoy pensando qué preparar. Tiene que ser algo especial.

–El pescado no me entusiasma –respondió Max–. En todo caso las varitas de pescado.

–¿Varitas de pescado? Eso es demasiado corriente, muy poco original –dijo Teobromino–. Si no te apetece cenar con nosotros, puedo prepararte un bocadillo y llevártelo a la habitación.

–Bueno, si realmente deseas cenar a solas con la señora Celeste, por mí puedes cocinar pescado –le sugirió Max.

–¿Cocinar puscado? –preguntó el señor Bello, que en ese preciso instante apareció en a la puerta de la cocina–. El puscado está bien. Pero sólo la cabeza. En la parte baja tiene espinas.

–Gracias por tus buenos consejos –dijo Teobromino, y continuó leyendo el libro de cocina.

El señor Bello miró alrededor en busca de algo, encontró una lata de comida para perros abierta en la estantería, cogió una cuchara usada del fregadero y se puso manos a la obra.

–¡El señor Bello come como una pursona! –explicó mientras mascaba–. ¡Utiliza cuchara!

–Muy bien –le dijo Teobromino sin mirarle–. Quizá cocine algo distinto. ¡Las recetas de pescado parecen muy complicadas!

–Los huesos grandes están muy buenos –sugirió el señor Bello–. Pero tienen que

enterrarse tres días antes.

–La cena es esta noche, qué pena –respondió Teobromino–. Y ahora, por favor, ahórrate tus consejos.

–O carne en lata –dijo el señor Bello con orgullo, sin mostrar la menor preocupación por las instrucciones de Teobromino.

Sumergió la cuchara en la carne gelatinosa y se la puso a la altura de la nariz.

Teobromino perdió la paciencia.

–¡Cierra el pico de una vez! –bramó.

–Sólo pretende ayudar, papá –dijo Max, intentado calmar a su padre.

El señor Bello se mostró ofendido:

–Sí, el señor Bello sólo pretende ayudar. El señor Bello no dice nada más. El señor Bello se va a pusear. Sin correa –anunció. A continuación, salió de la cocina, pero entonces recordó un último buen consejo que no quería dejar de darle a Teobromino. Abrió la puerta y a través de la rendija dijo–: ¡Y de puste pastel para perros!

Al mediodía Teobromino salió a comprar. Aún seguía sin saber qué cena prepararle a la señora Celeste. Así que decidió echar un vistazo a la mercancía de las tiendas y decidir sobre la marcha.

Tras el puesto del verdulero, debajo de la sombrilla, había un nuevo vendedor. El señor Teobromino, al menos, no lo había visto antes. El hombre, de una palidez extrema, tenía la piel casi de color blanco, unos incisivos increíblemente grandes y las pupilas de color rojo, o eso le pareció a Teobromino.

–Quisiera algunas de estas zanahorias –dijo Teobromino señalando una caja.

El vendedor se inclinó sobre el puesto, miró alrededor y susurró a Teobromino:

–Yo que usted no me llevaría éstas. Son de Nordhang y el suelo allí no es bueno. No están suficientemente dulces. No saben bien. Éstas de aquí –susurró señalando otra caja de zanahorias– son del suroeste, mucho más dulces. Muy, muy ricas. ¡Hummm!



El hombre pareció no poder controlarse. Agarró una zanahoria por las hojas y comenzó a devorarla.

–De acuerdo, póngame un kilo de las dulces –dijo Teobromino–. Quisiera también dos cabezas de ajo.

–¿Ajo? ¡No! –gritó el vendedor pálido al tiempo que adoptaba un gesto de desagrado, como si estuviera a punto a vomitar–. El ajo no es dulce, apesta.

–¡Oiga! –gritó Teobromino–. Tengo derecho a comprar ajos aquí.

El dueño del puesto salió fuera:

–Hombre, señor Teobromino. Buenas tardes –saludó.

–Teobromino a secas, es suficiente –contestó Teobromino.

–Ya –dijo el dueño–. ¿Algún problema?

–Este señor no me quiere vender ajos –dijo Teobromino.

–Señor Canejo, por favor, entre y siga atendiendo –dijo el dueño al vendedor. A continuación se volvió hacia el señor Teobromino y le comentó a media voz–: Discúlpele, por favor. El señor Canejo es nuevo aquí. Algunas veces se comporta de una forma un tanto extraña, pero es un auténtico experto en tubérculos. Posee un gran conocimiento, ¿sabe?

–Lo que me importa es poder comprar los ajos de una vez –dijo Teobromino–. He de regresar cuanto antes al trabajo.

Pagó, pidió que le empaquetaran todo en una bolsa y se marchó. Al irse observó que el señor Canejo estaba en la trasera del local. Entretanto había terminado de roer la zanahoria y se disponía a comerse el tallo y las hojas.

En el supermercado Teobromino compró cuatro filetes de pescado y dos botellas de vino blanco. Mientras empujaba el carro de la compra hacia la caja, oyó de pronto una voz aguda y exaltada:

–¡Allí también hay mu-mu-mu-muchos más!

Delante de la estantería de los huevos, seis señoras abrían y vaciaban un cartón de huevos tras otro en el carro.

Teobromino se planteó si debía entrometerse y decirles a las señoras que era mejor comprar los huevos dentro del cartón. Pero desistió. Por un lado tenía prisa y, por otro, pensó, aquélla era más bien una tarea de la cajera.

Al llegar a la caja, sacó un billete y aguardó al cambio. De pronto, detrás de él, dos señoras pasaron empujando el carro con los huevos. Las otras cuatro las seguían.

La cajera dio un salto:

–¡Oigan, deténganse! ¿Pero qué hacen? –gritó–. ¿De dónde han sacado todos esos huevos? ¿Se han vuelto locas? ¿No piensan pagarlos?

–¿Pagar? No sabíamos que tu-tu-tuviéramos que pagarlos –respondió una de las señoras.

–Voy a llamar al encargado –dijo la cajera–. Esto es inaudito.

–Pero antes deme mi cambio –dijo Teobromino–. Tengo prisa. He de volver al trabajo.

La cajera contó las monedas y se las entregó. Mientras tanto las señoras se dirigieron a toda prisa a la puerta de salida con el carro de la compra. Cuando la cajera volvió la vista, ya habían salido y corrían disparadas con las faldas ondeando.



–¡Deténganse! –gritó la cajera dando saltos–. ¡Deténganse! –pero no sirvió de nada. Así que se volvió a sentar y le dijo a Teobromino–: No puedo correr tras ellas. No debo abandonar la caja. Es el encargado quien debería llamar a la policía.

De regreso a casa, Teobromino corrió casi tanto como hicieran antes las ladronas de huevos. Eran ya las tres menos cuarto. La farmacia tenía que haber abierto hacía rato.

Sólo se detuvo un instante para leer un cartel. Anunciaba el concierto de una joven violinista.

Sobre el cartel había una tira de papel amarillo colocada en oblicuo. «¡¡¡Esta noche!!!», decía.

–¡Tres exclamaciones! Podría haberlo escrito yo –se dijo Teobromino mientras seguía su camino.



## MAX NOS HABLA BREVEMENTE DE UN CONCIERTO BREVE



La tarde del lunes papá cerró la farmacia algo antes y, acto seguido, se puso a cocinar. Cuando el señor Bello y yo entramos en la cocina, ya tenía el delantal a cuadros puesto, una cuchara en una mano y un colador grande en la otra.

–¿Qué hay para cenar? –pregunté.

–Pescado... –respondió papá.

–No me entusiasma –dije.

–...y verdura –añadió.

–No me entusiasma –dijo el señor Bello.

–No es necesario que critiquéis mi cena –respondió papá–. No vais a cenar con nosotros. Esta noche iréis a escuchar música clásica. Os he reservado dos entradas para un concierto.

–¿Música? –preguntó el señor Bello–. Al señor Bello le gusta la música.

–¿Cómo sabes lo que es música? –le pregunté.

–Don Millardo tocaba el violín por las noches –explicó el señor Bello–. Era muy bonito. El señor Bello le acompañaba y cantaba.

–¿Cantabas? Pero si entonces no eras más que un perro –dijo papá.

–Los perros podemos cantar –comentó el señor Bello–. Podemos cantar muy bien. Al señor Bello le gusta la música.

–Pues ve a mi habitación y elige un traje –dijo papá–. Max te ayudará. No puedes ir al concierto con esos pantalones remendados.

Antes de seguir al señor Bello a la habitación, le dije a papá:

–Me mandas al concierto porque no quieres que cene con vosotros, ¿verdad?

Papá se sintió algo turbado:

–Claro que quiero –respondió–. Pero, sinceramente, no me gustaría que el señor Bello estuviera aquí cuando llegue la señora Celeste. Y si cenas con nosotros, el señor Bello también querrá hacerlo. El concierto será estupendo, ya verás.

En el trayecto, puse al señor Bello al corriente de todo lo que *no* se debe hacer en una sala de conciertos.

–Antes del concierto no se debe olisquear al resto de los asistentes –le expliqué.

–¿Y después del concierto? –preguntó el señor Bello.

–Tampoco –respondí–. Los asistentes al concierto tampoco se tumban en el suelo ni corren.

–No corren –repitió el señor Bello asintiendo.

–Y durante el concierto no se habla –añadí.

–¡El señor Bello no habla durante un concierto! –dijo–. Al señor Bello le gusta la música.

–Muy bien –respondí.

Al comienzo del concierto todo fue de maravilla, a excepción de las vueltas que el señor Bello dio sobre sí mismo antes de sentarse en el asiento tapizado. Estábamos en la fila nueve. Papá nos había conseguido unas entradas estupendas.

Y, entonces, sucedió. Cuando la joven violinista comenzó a interpretar su solo, el señor Bello se entusiasmó tanto que comenzó a gruñir con bastante intensidad. De nada sirvió que le diera un codazo. Al contrario, empezó a cantar en alta voz. Bueno, cantar no es la palabra exacta, se trataba más bien de un aullido y de un ladrido lastimoso que devino finalmente en un largo gemido. Parecía que una manada de lobos aullara a la luna.

Los oyentes más cercanos sisearon «¡Shhh!» y desde atrás, a media voz, gritaron: «¡Silencio los de delante!».

El señor Bello, sin embargo, ni se inmutó. Estaba tan extasiado con la música que incluso subió el tono.

–¡Rápido, señor Bello, salgamos! –le dije–. ¡Vamos!

Mientras nos abríamos paso entre la fila, un ujier se acercó rápidamente y susurró:

–¡Esto es inaudito! ¡Abandonen inmediatamente el auditorio sin hacer el menor ruido!

–Sí, sí, ya nos vamos –le respondí en baja voz.

Agarré al señor Bello del brazo y salimos.

–¡Una música muy bonita! –dijo entusiasmado el señor Bello en el camino de regreso a casa–. Muy, muy, muy bonita.

No parecía mostrar la menor preocupación porque nos hubieran echado del auditorio y caminaba a mi lado cantando en alta voz.

Por supuesto, cuando llegamos a casa, no eran aún las diez o las diez y media de la noche, como papá había calculado. El reloj de la iglesia dio las nueve cuando llamamos a la puerta. Tenía la llave de casa, pero quería avisar a papá de que habíamos llegado pronto.

Papá abrió la puerta y preguntó:

–¿Ya ha acabado el concierto?

–Para nosotros sí –le respondí, dirigiéndome a mi habitación con el señor Bello.

Pero cuando el señor Bello echó un vistazo a través de la puerta del salón, se quedó petrificado, y dijo:

–¡Ohhh!

La mesa estaba perfectamente puesta. Papá, incluso, había colocado florecillas entre los platos y había encendido velas.

El señor Bello me miró y gritó:

–¡El señor Bello conoce a esa mujer! –y, acto seguido, entró en el salón.

La señora Celeste, ataviada con un bonito vestido de flores, estaba sentada a la mesa y miró sorprendida al señor Bello.

El señor Bello caminó directo hacia ella, le extendió la mano, tal como había aprendido, y dijo:

–Bue-nas tar-des, encantado.

Mientras la señora Celeste le extendía atónita la mano, el señor Bello dijo:

–¡Me gustus! ¡Una vez acariciaste al señor Bello!

# 15

## LA MENTIRA DE TEOBROMINO

Teobromino se había alegrado mucho cuando, alrededor de las ocho, la señora Celeste había llamado a la puerta con una pequeña maceta de regalo.

A continuación, Teobromino y la señora Celeste se sentaron a la mesa, puesta para la ocasión. Los entrantes estaban servidos en los pequeños platos.

–Realmente se ha tomado usted muchas molestias. No es común encontrar a hombres que sepan cocinar tan bien –dijo la señora Celeste.

–Lo único que he hecho es encontrar la página correcta en el libro de cocina –respondió Teobromino.

La señora Celeste alzó la copa y dijo:

–Brindemos entonces por su libro.

Teobromino alzó también la copa y brindaron. Mientras la señora Celeste dejaba la copa sobre la mesa, preguntó:

–¿Y dónde está su hijo?

–¿Max? –dijo Teobromino–. Se moría por ir a un concierto.

–Qué bonito. Sin duda, ha heredado de usted el amor por la música y el canto. ¿Y dónde está su perro, el simpático Bello?

–También está en el concierto –respondió Teobromino.

Pero rápidamente rectificó y dijo:

–Quiero decir que estará dando una vuelta alrededor del auditorio hasta que acabe.

En ese preciso instante llamaron a la puerta.

–¿Quién puede ser a estas horas? –se preguntó Teobromino–. ¡No creo que sea la señora Parca!

Se levantó y abrió la puerta. Eran Max y el señor Bello.

Teobromino se quedó perplejo y a la vez confundido.

–¿Ya ha acabado el concierto? –preguntó.

–Para nosotros sí –respondió Max.

A continuación, agarró del brazo al señor Bello y se dirigió a su habitación. Pero cuando el señor Bello echó un vistazo a través de la puerta del salón y vio a la señora Celeste, dijo:

–¡Ohhh! –y se detuvo.

Después gritó:

–¡El señor Bello conoce a esa mujer! –y, acto seguido, entró en el salón.

La señora Celeste miró sorprendida al señor Bello. No podía saber quién era aquel extraño que había entrado, como Pedro por su casa, en el salón y que aseguraba conocerla. No lo había visto nunca antes, de eso estaba convencida.

El señor Bello caminó directo a ella, le extendió la mano y dijo:

–Bue-nas tardes, encantado.

–Buenas noches –le respondió la señora Celeste estrechándole la mano.

–¡Me gustus! ¡Una vez acariciaste al señor Bello! –dijo el extraño.

Teobromino entró rápidamente, se colocó entre el señor Bello y la señora Celeste, y dijo:

–¿Me permiten presentarles? Éste es... es, como él mismo ha dicho, el señor Bello. Un pariente... un lejano... un primo tercero por parte de mi abuelo. Procede del sur del Tirol. Ha venido a pasar unos días con nosotros.

–Ya –dijo la señora Celeste.

Teobromino se volvió hacia el señor Bello y preguntó:

–Estás cansado y quieres acostarte, ¿verdad?

–Nu, nu, el señor Bello nu está cansado –afirmó el señor Bello.

Y, puesto que el señor Bello continuaba de pie junto a la mesa y a la señora Celeste aquello no le parecía muy cortés, le preguntó:

–¿No quiere sentarse con nosotros?

Teobromino sacudió fuertemente la cabeza, pero el señor Bello se sentó inmediatamente junto a la señora Celeste y gritó:

–Max, ¿vienes a sentarte también junto a papá Teobromino?

Max entró en el salón y se sentó a la mesa frente al señor Bello.

–¿Papá Teobromino? –repitió divertida la señora Celeste.

–Bueno, eso lo dice, porque... porque Max también lo suele decir. Lo encuentra divertido.

–Ya –respondió ella vacilante. Se volvió hacia el señor Bello y le dijo–: No recuerdo haberle acariciado nunca. ¿Cuándo se supone que lo hice?

–Después del colegio. Yo estaba con Max –dijo el señor Bello–. Acariciaste la cabeza del señor Bello.

–Creo que me confunde usted con otra persona –respondió la señora Celeste, visiblemente irritada.

Rápidamente Teobromino se inmiscuyó:

–Disculpe que no la trate de usted. Ya le he dicho que procede del Sur del Tirol. Allí todos se tutean. Arriba están las altas montañas, abajo los valles profundos y estrechos. Se intima mucho allí.

–Ya –repitió la señora Celeste por tercera vez–. Comprendo.

El señor Bello, que no había dejado de mirar embelesado a la señora Celeste, gritó:

–¡El señor Bello tiene algo para tú! El señor Bello tiene algo bueno para tú. ¡El señor Bello trae algo sólo para tú!

Y seguidamente salió apresurado del salón. Teobromino se inclinó hacia la señora Celeste, se volvió para comprobar que el señor Bello había salido del salón, y dijo a media voz:

–¿Lo encuentra usted un tanto extraño, no es cierto?

–Pues sí –susurró ella.

–Discúlpele –dijo Teobromino–. Ha tenido un pasado horrible. Imagínese. Sus padres le pegaban. Creció entre perros en el interior de una cueva. La primera vez que vio a una persona tenía veinte años. Le llaman «el Kaspar Hauser del sur del Tirob». ¿No es terrible?

Max escuchaba fascinado a su padre.

De niño, Teobromino le había asegurado que cada vez que alguien mentía, un ángel lloraba en el cielo. ¡Y en aquel momento allá arriba debía haber un llanto ensordecedor!

–¿Qué es un Kaspar Hauser? –preguntó Max.

–Un niño que encerraron en una celda subterránea hace doscientos años y que apareció de pronto en la ciudad mucho tiempo después –le explicó la señora Celeste.

»Algo terrible –dijo a Teobromino–. ¡Pobre hombre! Ahora comprendo todo. Sinceramente, creía que estaba algo... ¿cómo decirlo?

–No, no, el señor Bello es completamente normal –aseguró Max.

–Sí, sí, completamente –afirmó Teobromino–. A excepción de sus costumbres perrunas, es completamente normal. Pero es comprensible. ¡Imagínese que hubiera crecido usted entre perros!

–Es terrible. Quizá ladraría en lugar de hablar –dijo la señora Celeste–. Es muy bondadoso por su parte que se preocupe de él de esa forma.

–A los familiares no se les puede dejar tirados –respondió con modestia Teobromino.

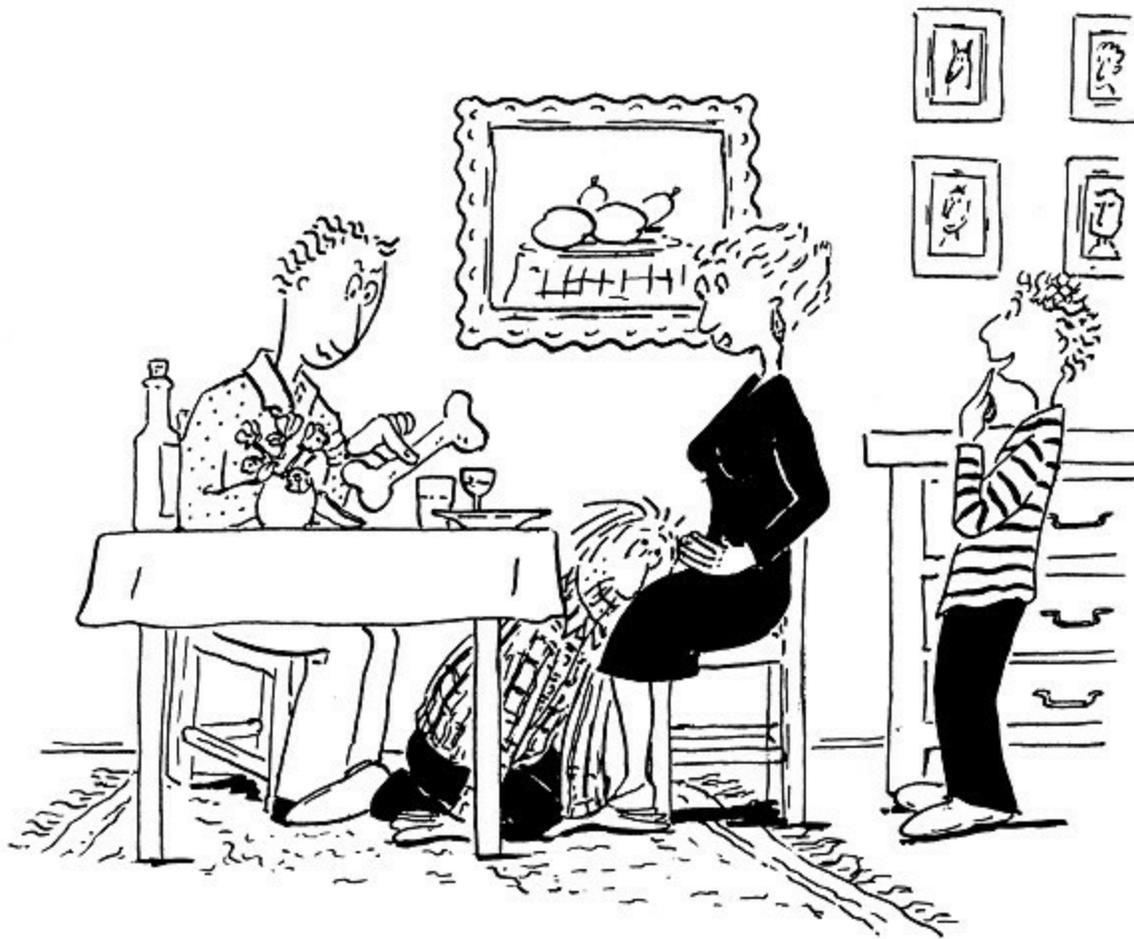
–Tiene usted un gran corazón –dijo la señora Celeste–. Un gran corazón, de verdad.

El señor Bello regresó al salón. Llevaba algo escondido en la espalda y se acercó radiante de felicidad a la señora Celeste.

–Es para tú –dijo. Se arrodilló y depositó un enorme hueso de vaca en su regazo–: ¡Es un regalo del señor Bello!

–Qué amable. ¡Gracias! –contestó ella mirando con repugnancia el hueso. Por el olor que despedía, debía llevar enterrado al menos tres días–. Es lo más bonito que me han regalado nunca. Aprecio mucho su gesto.

Teobromino se inclinó sobre la mesa y agarró el hueso.



–¡Será mejor dejarlo para otro momento, señor Bello! –dijo–. Creo que la señora Celeste ya ha comido demasiado, ¿no es así?

–Sí, estoy llena. Completamente llena –aseguró la señora Celeste–. Pero es realmente conmovedor –dijo acariciando la cabeza del señor Bello.

Aquello provocó que el señor Bello apoyara la cabeza sobre su regazo, como ya hiciera una vez, cuando aún era perro.

–¡Por favor, señor Bello, no la molestes, échate a un lado! –dijo el señor Teobromino.

Y al nombrar la palabra mágica «échate», el señor Bello se tumbó en el suelo junto a la señora Celeste.

–¡Por favor, siéntate en tu... tu silla! –ordenó Teobromino, visiblemente exaltado.

–Al señor Bello le gustó tumbarse junto a una mujer –respondió el señor Bello sin inmutarse.

Para más inri, en aquel instante sonó el teléfono. Teobromino contestó tan pronto logró encontrar el teléfono inalámbrico, que estaba en la cocina junto al fregadero. Oía fuertemente a pescado.

–Diga. Soy Teobromino.

Oyó entonces la voz exaltada de don Millardo:

–Hola, Teobromino. Soy yo, don Millardo. No puedes imaginarte lo que ha ocurrido. Los animales se han ido. Los gallineros están vacíos, los dos.

–¿Qué animales?

–El conejo y las gallinas. Se han ido. Quizá los hayan robado.

–Eso es terrible –dijo Teobromino–. Pero yo no puedo hacer nada al respecto. ¿No pretenderás que te ayude a buscarlos a estas horas de la noche? –mientras hablaba por teléfono, echó un vistazo al salón. En ese momento el señor Bello les mostraba a Max y a la señora Celeste lo rápido que atrapaba con la boca los pedazos de pan que ellos le lanzaban. Teobromino sacudió enfadado la cabeza–. Don Millardo, disculpa, pero tengo invitados en casa –dijo a continuación–. Don Millardo, ¿estás ahí? ¡Don Millardo! – Teobromino se percató de que, por equivocación, tenía la otra mano junto al oído. La que sujetaba el hueso. ¿Cómo iba a oírle don Millardo?–. Don Millardo, ¿estás ahí? – volvió a preguntar, esta vez por teléfono.

–Esos malditos ladrones han sacado incluso los vestidos de mi difunta madre del armario y se los han llevado –contó don Millardo–. Me debí de quedar completamente dormido, porque no oí nada.



–Ya, no oíste nada –repitió Teobromino. Le habría gustado poner fin a la conversación, pero don Millardo seguía hablando y hablando, muy exaltado y a voz en grito, de sus animales robados. Teobromino apartó el auricular y miró enfurecido por la ventana de la cocina. Abajo, en la calle, observó a un grupo de personas pasar de largo. El señor Canejo, el vendedor pálido del puesto de verduras, iba en cabeza. Detrás le

seguían las seis mujeres que habían llamado la atención de Teobromino en el supermercado. Empujaban un carro de la compra lleno de huevos hasta los topes. A Teobromino le invadió un mal presagio—. Dime una cosa, don Millardo. ¿No se te habrá ocurrido alimentar a los animales con la hierba azul y los cereales rojos? —preguntó.

—¡Así que no puedo explicármelo...! —gritaba en ese momento don Millardo.

Teobromino fue contundente:

—¡Don Millardo! ¡Préstame atención! ¿Los has alimentado con la hierba de nuestro experimento?

—¿Qué tiene que ver la hierba? —preguntó don Millardo.

—¿Lo has hecho o no? —gritó Teobromino.

—Pues claro que sí. Se la he dado al conejo y a las gallinas. No pensabas que iba a desperdiciar toda esa partida. Eran, al menos, dos metros cúbicos y medio de hierba y setecientos gramos de cereales —dijo don Millardo—. De hecho, me ha sobrado un montón. Mañana a las siete y cuarto de la mañana se lo daré todo a la vaca, puesto que el conejo y las gallinas han sido robados.

—Don Millardo, no se te ocurra darle esa partida a la vaca, ¿me escuchas? —gritó Teobromino—. Salgo enseguida para allá. Es muy importante. No, tengo que hablar contigo sobre algo. No puedo decírtelo por teléfono. ¡He dicho que sí! Salgo enseguida. ¡Ya mismo!

Teobromino soltó el teléfono y regresó al salón. El señor Bello hacía gala en ese momento de su habilidad para balancear un panecillo sobre su nariz.

—Señora Celeste, le ruego me disculpe. Debo irme. Se trata, por así decirlo, de una emergencia. Me han llamado por teléfono y debo salir inmediatamente.

—¡Ahora no, papá! —protestó Max—. Nos estamos divirtiendo mucho.

—Lo que tengo que solucionar no es precisamente divertido —dijo Teobromino—. Tengo que irme. Señora Celeste, podemos posponer la cena para otro momento. Quizá para mañana. O la semana próxima. Nosotros... yo... la guardaré en la nevera y mañana la calentaremos.

—Sí, me voy entonces —dijo la señora Celeste levantándose.

Su rostro reflejaba decepción.

—¿Y yo? —preguntó Max.

—Vete inmediatamente a la cama —ordenó Teobromino—. Y el señor Bello también. Bueno, a su manta —añadió.

Cuando Teobromino estaba ya casi en la puerta, se volvió y le dijo a la señora Celeste:

—Lo siento mucho. Ha sido una noche muy bonita. Muy bonita. Es una pena que acabe de este modo.

Media hora después, Teobromino estaba en la cocina de don Millardo.

Don Millardo estaba en pijama sentado en el banco y sacudía sin cesar la cabeza cuando Teobromino acabó de contarle su presagio.

–¿Cómo? ¿Que el conejo y las gallinas se han convertido en personas? –preguntó incrédulo don Millardo–. Teobromino, como matemático que soy, sólo se me ocurren tres cosas. En primer lugar, que estás bebido. En segundo lugar, que tienes un sentido del humor muy peculiar. Y, en tercer lugar, que deberías comprobar tu estado psicológico. La tercera posibilidad es la más probable. ¿Te has enamorado de esa mujer y por eso estás un tanto confuso? Hasta yo me he percatado de las miradas que le lanzabas a la 39-guión-Mu.

–Don Millardo, aunque suene increíble, tienes que creerme –protestó Teobromino–. Los animales se han convertido en personas. ¡Tienes que hacer algo!

–No quiero oír hablar más del tema –dijo don Millardo con voz bronca–. Vete a casa, acuéstate y duerme toda la noche. Mañana será otro día.

–Por favor, prométeme al menos que no alimentarás a la vaca con la hierba –le rogó Teobromino.

–De acuerdo –dijo don Millardo–. Aunque es un gran desperdicio. ¡Pero si eso te tranquiliza!

–Sigues sin creerme –dijo Teobromino–. Te demostraré que tengo razón.

–¿Y cómo piensas hacerlo?

–Te traeré de vuelta a tus animales –dijo Teobromino.

–¿A mis animales? –preguntó burlescamente don Millardo–. Me acabas de decir que son personas como tú y como yo.

–Quiero decir a tus antiguos animales. Mañana dejarás de reírte de mí. ¡Ya verás! –gritó Teobromino, dando un portazo a la puerta de la cocina.

Entró en la furgoneta y regresó a casa.

## 16

# BUSCADOS Y ENCONTRADOS

El martes por la mañana, tan pronto Max se hubo marchado al colegio, Teobromino colgó un cartel de «Cerrado temporalmente» en la puerta acristalada de la farmacia.

Cuando estaba a punto de cerrarla, se oyó una voz que decía:

–¡Típico de Teobromino! Cierra el local cuando le parece, y luego se queja de que la farmacia funcione mal.

Teobromino se volvió y encontró a la señora Catacaldos.

–Buenos días, señora Catacaldos –dijo Teobromino–. Tiene usted razón. Pero tengo que atender un asunto importante.

–¿Un asunto importante? –preguntó la señora Catacaldos, con el mismo entrometimiento de siempre–. ¡Dígame! ¿Se trata de Max?

–No, más bien de don Millardo –respondió vacilante Teobromino.

–¡Otra vez problemas con fertilizantes! –dijo la señora Catacaldos.

–Sí, podríamos denominarlo así –dijo Teobromino–. ¿Y qué le trae tan temprano por aquí?

–El aburrimiento –respondió–. Por no andarme con rodeos, quería preguntarle si podría venir de nuevo a limpiar su piso. Me paso el día en casa y la televisión está cada vez peor.

–¿Limpiar? Encantado –dijo Teobromino–. Si lo desea, puede empezar ya mismo.

–No, mejor el jueves, como siempre –dijo la señora Catacaldos–. Y también quería preguntarle si Max, por fin, tiene perro.

–Sí, Max tiene perro –dijo Teobromino entre suspiros–. Ha crecido mucho.

–¿Max? –preguntó la señora Catacaldos.

–No, el perro –respondió Teobromino.

Cuando, por fin, la señora Catacaldos se hubo marchado, Teobromino subió corriendo las escaleras y buscó al señor Bello. Pero no estaba ni en la cocina ni el dormitorio.

–¿Señor Bello? –gritó Teobromino. Al no recibir respuesta, volvió a gritar–: Señor Bello, ¿dónde estás?

–¡El señor Bello está aquí!

La voz provenía de lo alto de las escaleras del edificio.

Teobromino encontró al señor Bello en la segunda planta, delante de la puerta de la señora Celeste. Estaba tumbado sobre el felpudo.

–¿Qué haces aquí? –preguntó Teobromino.

–Al señor Bello le gustó el olor de la señora que acarició al señor Bello –respondió.

–Sí, el perfume de la señora Celeste es muy agradable –afirmó Teobromino–. Ayer me di cuenta. Pero ¿qué digo? ¡Nos vamos!

–¿Vamos a pusear? –preguntó el señor Bello levantándose.

–Primero iremos a visitar a un colega tuyo. Quizá pueda ayudarme y decirme dónde están las otras.

–¿Un colega? –preguntó el señor Bello–. ¿Quién es mi colega?

–Digamos que un conejo –dijo Teobromino–. Le conoces de hace tiempo.

El señor Bello observó estupefacto a Teobromino:

–¿Un conejo puede decir dónde están las otras?

–Quiero decir «el señor Conejo» –rectificó Teobromino–. Es vendedor en el puesto de verduras.

Pero, cuando llegaron al puesto de verduras, no había rastro del vendedor pálido.

–¿El señor Conejo? –dijo el dueño del puesto cuando Teobromino le preguntó por el vendedor–. Le despedí en el acto. Imagínese, se acabó todas las zanahorias.

–¿Y dónde está ahora? –preguntó Teobromino.

–No tengo la menor idea –respondió el dueño del puesto–. ¿Por qué lo busca?

–Digamos que quería llevarle de regreso a su casa –respondió Teobromino–. Gracias por la información. ¿Qué hacemos ahora? ¿Dónde le buscamos a él y a las señoras? –dijo Teobromino nada más salir del local. Y entonces se le ocurrió una idea–. Señor Bello, sigues teniendo una buena nariz, ¿verdad?

–¿Nariz? –preguntó sorprendido el señor Bello mirándose la nariz.

–Quiero decir, un buen sentido del olfato. Como un perro –dijo Teobromino–. ¿Puedes seguir el rastro de alguien si hueles sus huellas?

–El señor Bello puede rustrear muy bien –afirmó.

Teobromino le condujo al lugar por donde habían pasado el señor Conejo y las señoras con los huevos la noche anterior.

–¿Hueles algo? –preguntó.

El señor Bello se colocó a cuatro patas y olisqueó con la nariz pegada al suelo.

Un transeúnte se detuvo al ver al señor Bello y preguntó preocupado:

–¿Hay un escape de gas? ¿Está estropeada la cañería de gas? ¿Huele usted algo? Un escape de gas es muy peligroso. Habría que informar de inmediato a la compañía del gas.

–No, no, no hay peligro –dijo rápidamente Teobromino–. El señor está verificando el estado del pavimento.

–Ah, el pavimento. Comprendo –dijo el transeúnte, y siguió su camino.

–¿Hueles algo? –repitió Teobromino cuando el hombre se hubo alejado.

–El señor Bello huele muchas cosas –dijo–. Por aquí ha pasado mucha gente. ¡Y un perro! –olisqueó con mayor intensidad y rectificó–: ¡Una perra!

–Eso no es lo importante ahora –dijo Teobromino–. ¿A qué personas hueles?

–Muchus, muchus –respondió el señor Bello.

–Muchas, muchas, entiendo –dijo decepcionado Teobromino–. No hay ningún olor especial.

–¿Uspecial? –preguntó el señor Bello.

Parecía no comprender el significado de aquella palabra.

–Quiero decir, algún olor particular que se diferencie de los demás –le explicó Teobromino.

El señor Bello restregó aún más la nariz contra el pavimento de la acera, olisqueó y, a continuación, dijo:

–¡Un olor extraño! Una pursona que lleva una gallina –volvió a olisquear–: O un conejo. O una gallina y un conejo.

–¿Una gallina y un conejo? –gritó Teobromino–. ¡Ése es! ¡Ése es exactamente el olor que buscamos!

–¿Buscamos? –preguntó el señor Bello.

–Que busco –rectificó Teobromino–. ¿Puedes oler hacia dónde han ido?

–¿Han ido? –preguntó el señor Bello–. El señor Bello sólo hule una pursona que lleva una gallina.

–Es el momento de explicártelo –dijo Teobromino–. No estás oliendo a una persona que lleva un conejo, sino a un conejo-persona o a una persona-conejo. Y a mujeres-gallinas o a gallinas-mujeres, o comoquiera que se denominen.

–¿Cómo? –preguntó el señor Bello incorporándose–. ¿Conejo-pursona?

–Sí, conejo-persona –respondió Teobromino–. El conejo y las gallinas de don Millardo se han transformado también en personas. Comieron algo que había regado con el brebaje del que tú bebiste.

–¡También pursonas! –exclamó el señor Bello.

–Sí. Y quiero llevarles de vuelta al lugar que les corresponde. A la finca de don Millardo. Tienes que ayudarme, por favor.

–Ayudar, sí –dijo el señor Bello asintiendo. Volvió a colocarse a cuatro patas y olisqueó–. Han ido hacia allí –dijo a continuación, señalando la dirección desde la que Teobromino los había visto venir.

–No. Llegaron desde allí –dijo Teobromino.

–Y entonces se fueron por allá –dijo el señor Bello señalando la dirección contraria.

Juntos recorrieron la calle. En cada cruce, el señor Bello se agachaba, olisqueaba el suelo y ordenaba a continuación «¡Recto!», «¡A la izquierda!» o «¡A la derecha!», dependiendo de por dónde habían pasado los animales-personas de don Millardo.

Finalmente, Teobromino y el señor Bello llegaron al bosque.

Allí, el señor Bello estuvo a punto de perder el rastro de los fugitivos. Había demasiadas huellas de perros que olisquear y que le distraían.

Pero, finalmente, encontraron al pequeño grupo junto a la orilla de un riachuelo que

serpenteaba en el bosque.

En ese preciso instante, las seis señoras estaban recogiendo hierba y ramitas para formar un gigantesco nido, en cuyo centro estaban amontonados los huevos robados. El señor Canejo estaba sentado junto a ellas, royendo aburrido una zanahoria.

Las señoras comenzaron a chillarse unas a otras. Al parecer, estaban decidiendo quién debía sentarse sobre los huevos para incubarlos.

–No, no, Taponeta, tú eres demasiado gorda. ¡Im-imposible! –dijo una.

–¡Tú eres aún más gorda! –gritó la aludida–. A-aplastarías los hue-hue-huevos.

–¡Hola! –exclamó Teobromino, intentando atraer la atención–. ¡Hola! Soy Teobromino, un amigo de don Millardo. Y éste es el señor Bello. Tengo que hablar con vosotros.

–Yo te conozco. Ayer compraste zanahorias en mi puesto –dijo el señor Canejo susurrando–. ¿Has traído algunas?

–No, no he venido a traer zanahorias. Quiero llevaros de vuelta. De regreso con don Millardo –dijo Teobromino.

–No va-va-vamos a volver –dijo una de las señorasgallina cacareando.

–No, no volveremos –asintieron las demás–. ¡Por supuesto que-que-que no!

–¿Sabéis qué ocurrirá si os descubren aquí? –preguntó Teobromino.

–No, no lo sabemos –respondieron las señoras-gallina, que continuaban atareadas con el nido–. Nos importa un pi-pi-pito.

–Habéis robado huevos. Os encarcelarán –dijo Teobromino.

–¿Y? –dijo el señor Canejo–. He vivido siempre en una cárcel. En la jaula de los conejos.



–Yo también. En el gallinero. Mu-mu-mucho tiempo –dijo una de las señoras-gallina.

–¡Yo también, yo también...! –gritaron las otras.

La más joven de las mujeres-gallina, una señora menuda y grácil a la que el vestido de la madre de don Millardo le bailaba, dijo llorando:

–A mí-mí-mí me encarcelaron nada más sa-sa-salir del huevo.

El señor Bello había permanecido callado y perplejo a su lado todo el rato. Al ver que los intentos de Teobromino habían fracasado, le echó un cabo.

–¿Y no os importa que don Millardo llora amargamente por vosotros? –preguntó el señor Bello.

–¿Llora? –preguntó una de las mujeres-gallina.

–¿Don Millardo llora por no-no-nosotros? –preguntó otra-. ¿Con lágrimas de verdad?

–Pobre Mi-lla-llar-do –gritó compasiva la señora menuda y grácil.

–¿Llora mucho? –preguntó consternado el señor Canejo, al tiempo que dejaba de roer la zanahoria.

Teobromino se percató inmediatamente de que el señor Bello había dado en el clavo y continuó:

–Tendríais que haberle visto recorrer el gallinero con las lágrimas en los ojos, llamándoos a cada uno de vosotros...

–¿A mí también? –preguntó una señora pequeña.

–Sí, a ti también –confirmó Teobromino.

–¡Oh, Mi-lla-llar-do! –chilló.

Teobromino observó que, de la emoción, las lágrimas estaban a punto de saltársele a la señora. Así que, sin perder tiempo, continuó:

–No se ha olvidado de ninguno de vosotros –aseguró–. Y está tan preocupado que no ha podido pegar ojo ni probar bocado.

–¡Ni probar bocado! –repitió una de las señoras con voz afligida–. Y a nosotros nos da-da-daba de comer dos ve-ve-veces al día. Pobre Mi-lla-llar-do.

–¡Cómo puede ser! ¡Nuestro Millardo! –dijo el señor Canejo visiblemente afectado.

Teobromino asintió.

–¡Sí, vuestro don Millardo! Allí está sentado a solas en la cocina junto al saco de comida de las gallinas. La comida que ya no necesitará. La comida que ya no podrá dar a sus queridas gallinas.

–Me mar-mar-marcho a casa –dijo una de las señoras.

–¡Yo también, yo también! –gritaron las demás formando un gran alboroto–. ¡A casa! ¡A casa con Mi-llallar-do! –se abrazaron sollozando, se acercaron a Teobromino, le rodearon a él y al señor Bello, y le rogaron–: ¡Por favor, llévanos a casa! ¡Por favor! ¡Llévanos a casa!

El señor Canejo se sumó también a ellas.

–Yo también me vuelvo con Millardo –dijo–. ¡Llévanos a casa!

## DOS SE QUEDAN PATIDIFUSOS

Aquel día, a la señora Celeste y a don Millardo les aguardaba una buena sorpresa.

Aunque no era su costumbre, la señora Celeste se había marchado a casa al mediodía. Tenía intención de comprar alguna cosa en la farmacia de Teobromino: vitaminas, una crema para el rostro o un paquete de «Gominolas Teobromino Original, sin colorantes ni conservantes». En cualquier caso, la compra no era más que una excusa. Quería darle a Teobromino la oportunidad de disculparse por haberse marchado tan precipitadamente el día anterior y de explicarle la causa de su repentina desaparición. Pero el cartel que colgaba de la puerta acristalada de la farmacia decía: «Cerrado temporalmente».

La señora Celeste regresó a casa decepcionada.

Un rato después, oyó fuertes voces de mujer abajo. Picada por la curiosidad, miró por la ventana.

En medio de seis señoras exaltadas, que hablaban sin orden ni concierto, estaba Teobromino. Una señora joven, enfundada en un vestido demasiado grande y ancho, le abrazaba llorando en ese preciso instante. Él le acarició el cabello, consolándola, y la arrastró hasta la furgoneta, a la que un hombre, de una extraordinaria palidez, ya se había subido, y que observaba ahora con curiosidad a través de la ventanilla. Las otras señoras también subieron y Teobromino se sentó al volante.

La señora Celeste sacudió extrañada la cabeza. «¡Hay que ver!», dijo. «¡Nunca lo hubiera dicho de Teobromino!»

El coche arrancó y Teobromino saludó a alguien con la mano. A continuación el vehículo dobló la siguiente esquina y desapareció.

La señora Celeste se inclinó sobre la ventana y miró a quién había saludado. El extraño pariente italiano de Teobromino estaba arrimado contra la pared y agitaba la mano en dirección al vehículo.

—Ése era el motivo de que Teobromino tuviera que marcharse tan precipitadamente ayer —se dijo decepcionada cerrando la ventana—. ¡Seis mujeres!

Media hora más tarde la furgoneta entró en la granja de don Millardo y esta vez se detuvo correctamente en uno de los rectángulos que don Millardo había trazado en el suelo.

Teobromino bajó del coche y abrió la puerta lateral.

En el momento en que don Millardo salía de la casa, seis señoras y un hombre, de una extraordinaria palidez, descendían del vehículo. Las señoras salieron disparadas hacia don Millardo y le abrazaron:

–¡Mi-lla-llar-do! ¡Pobre Mi-lla-llar-do! Has tenido que llo-llo-llorar mucho –gritaron–. ¡Pero ya estamos aquí otra vez!

–¿Qué te parece? –dijo Teobromino orgulloso–. Los he traído a todos de vuelta. Tal y como te prometí.

Don Millardo apartó a un lado a las dos señoras y preguntó:

–¿A quién has traído?

–Pues ¿a quién va a ser? A tus animales –dijo Teobromino.

–Sí, sí, tus animales –gritaron las señoras con gran júbilo–. ¡Hemos ve-ve-venido rápidamente ju-ju-junto a nuestro Mi-lla-llar-do!

Don Millardo subió enérgicamente el tono de voz.

–¿Te has vuelto loco? –gritó a Teobromino–. Tus estúpidas bromas no me hacen ninguna gracia.

–Pero, don Millardo, ¡míralos bien! Son realmente tus animales, los de antes –dijo Teobromino.

–He sufrido una desgracia y, para colmo, tú te mofas de ella –dijo don Millardo furioso.

Teobromino se dio la vuelta y regresó al coche.

–Me he esforzado muchísimo, he buscado a tus animales, los he encontrado y te los he traído de vuelta. ¿Y qué recibo a cambio? ¡Gritos! –dijo Teobromino malhumorado–. ¡Deberías mostrarte más agradecido!

–¡Agradecido! –se burló don Millardo–. ¿Tendría que estarte agradecido por haberme traído a un rebaño de mujeres escandalosas a mi granja?

–Eres un desagradecido. Perfecto –dijo Teobromino–. Y ahora he de regresar inmediatamente a la farmacia. Max me espera.



Subió en el vehículo y cerró la puerta.

–¡Teobromino! –gritó don Millardo, intentando colocarse delante del automóvil para impedir que Teobromino pudiera irse.

Pero el señor Canejo le cortó el paso. Con el dedo índice le golpeteó en el pecho y le susurró:

–Me quedaré únicamente si no me sacrificas.

–¿Sacrificarle? –preguntó boquiabierto don Millardo mientras observaba a aquel hombre tan pálido—. ¿Qué le hace pensar que quiero sacrificarle?

Y Teobromino se marchó. Don Millardo salió corriendo detrás del coche gritando:

–¡Teobromino! ¡No puedes dejarme aquí con estos tipejos! ¡Llévatelos inmediatamente! ¡¡¡Teobrominooooo!!!

Pero la furgoneta ya había doblado la esquina y desapareció. La única señal que quedó atrás fue una polvareda en el camino por donde se había marchado la furgoneta a toda velocidad.

# 18

## MAX DA CONSEJOS PROFESIONALES



Cuando regresé del colegio, papá no estaba en casa.

El señor Bello abrió la puerta y me dijo:

–El señor Bello tiene que decirle a Max, que Teobromino ha ido a visitar a don Millardo. Max tiene que hacerse él mismo la comida. Teobromino no ha tenido tiempo.

–En fin, pues vamos a preparar un buen almuerzo –dije.

Tenía ya algo de práctica en prepararme yo mismo la comida, no era la primera vez. En el fondo, prefería decidir yo mismo qué comer. Papá se encarga de que el congelador esté siempre repleto y yo no tengo más que elegir.

Saqué una pizza del congelador, la cubrí con seis salchichas vienasas, cuatro rodajas de jamón, un montoncito de queso rallado y metí la pizza en el microondas.

Cuando estuvo lista, vertí la mitad de una botella de ketchup sobre la pizza, para mejorar el sabor, y después la partí. Coloqué la mitad en el plato del señor Bello y la otra mitad en el mío. Corté la porción del señor Bello en pequeños trozos y después comenzamos a comer. Entretanto, el señor Bello se manejaba bastante bien con el tenedor, pero aún tenía serias dificultades con el cuchillo.



–Tu técnica con el tenedor ha mejorado –le elogió.

–Gracias –respondió el señor Bello. Y se alegró tanto que se balanceó en la silla. Lo que provocó que se le cayera un trozo de salchicha del tenedor y fuera a parar debajo de la mesa–. ¡Porras! –dijo el señor Bello.

Recogió la salchicha con la mano, la introdujo en la boca y se limpió los dedos en la camisa. Teniendo en cuenta que la salchicha estaba bañada en ketchup, la camisa del señor Bello devino una curiosa estampa.

–Tu pronunciación también ha mejorado mucho –le dije–. Anteayer habrías dicho «Purras».

–Max es un encanto. Max es mi amigo –dijo el señor Bello.

Le alegraba recibir elogios de vez en cuando. En mi opinión, papá era demasiado severo con él.

Cuando más tarde nos sentamos en mi cama, el señor Bello se inclinó varias veces hacia los lados y, finalmente, dijo:

–El señor Bello quiere preguntarle algo a Max.

–Dime.

–¿Cómo se dice cuando a una persona le agrada mucho una mujer? –preguntó.

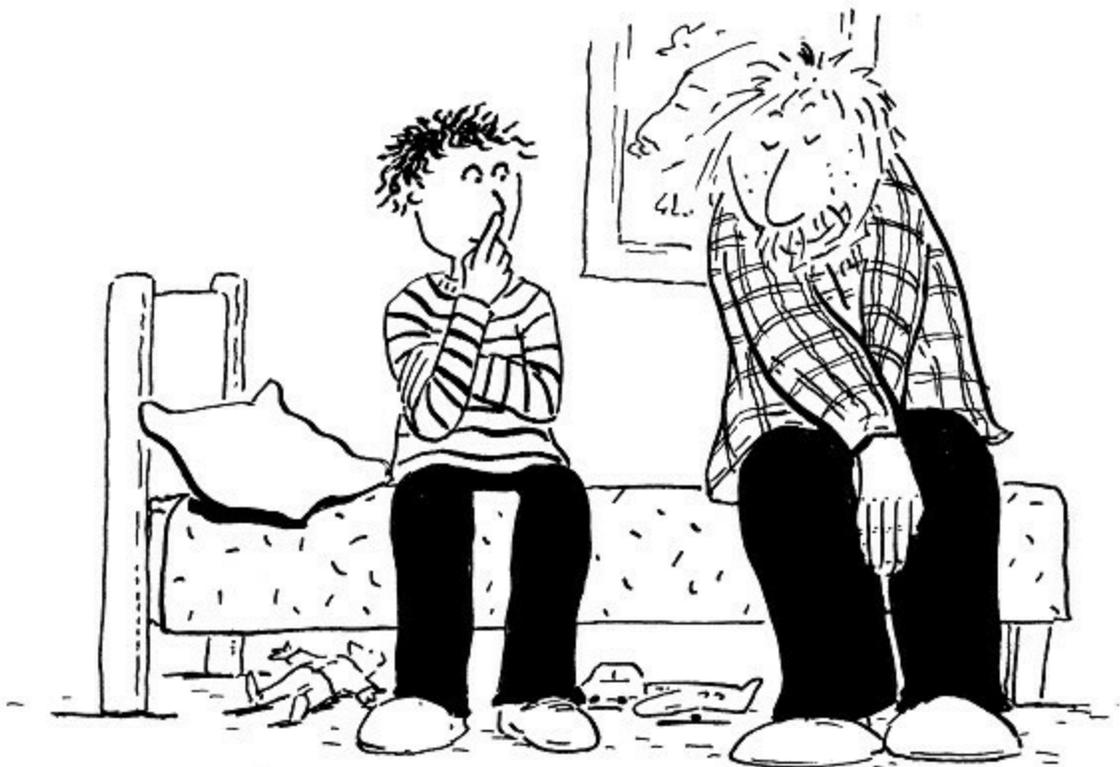
–Se dice que está enamorado –respondí.

–El señor Bello está ennumerado –confesó.

–¡De la señora Celeste! ¿A que sí?

–Sí, de la señora Celeste del piso de arriba.

–Eso podría ser un problema –dije–. Creo que papá también está enamorado de ella.



–¿Teobromino está ennumerado? –preguntó el señor Bello–. ¿Por qué?

–¿Por qué estás tú enamorado? –le pregunté.

–Porque me acarició –dijo–. A papá no le acarició.

–En cualquier caso –le dije–, la señora Celeste me gusta mucho. Es realmente encantadora. Imaginemos que se enamora de ti. ¿Crees que se vendría a vivir contigo a nuestro piso?

–Sí, a vivir a nuestro piso –confirmó el señor Bello.

–Si se enamora de papá, también vendría a vivir aquí. Así que no importa a quien escoja. Lo principal es que se mude con nosotros –reflexioné–. Sinceramente, preferiría que escogiera a papá. Pero no está claro que se enamore de uno de los dos.

El señor Bello reflexionó en silencio un rato. Después preguntó:

–¿Qué puede hacer el señor Bello para que la señora Celeste se enumere del señor Bello?

–Por lo que sé, a las mujeres se les suele hacer regalos –dije.

–¿Regalos? –repitió el señor Bello asintiendo–. ¿Otro hueso?

–Huesos no. A las mujeres no les gustan los huesos especialmente –respondí.

–Ayer se puso contenta con el hueso –dijo el señor Bello–. Dijo: «Aprecio mucho su gesto».

–En cualquier caso, yo no volvería a regalarle un hueso. Ya tiene uno –dije.

–¿Le has rugalado algo a una mujer?

–A una mujer no, pero sí a una niña de mi clase. Isabel. Es un encanto. Le regalé un

tebeo y se puso muy contenta. Pero creo que a las mujeres no les gustan los tebeos. Sería mejor que le regalaras una tableta de chocolate. O bombones.

–Hum –murmuró el señor Bello. Mis consejos le habían convencido–. A lo mejor el señor Bello le regala una gallina.

–¡Mejor flores! –dije–. A las mujeres les encantan las flores.

–Flores –repitió el señor Bello asintiendo.

–Pero has olvidado lo más importante –dije–. Debe saber que estás enamorado de ella. Tienes que decírselo.

El señor Bello se rascó a conciencia detrás de la oreja.

–El señor Bello prefiere no decirlo, sino escribirlo –dijo a continuación–. Max escribirá para el señor Bello, ¿sí?

–¿Quieres que le escriba una carta? No estoy seguro de querer hacerlo –dije.

–Por favor, Max, por favor –rogó el señor Bello–. El señor Bello no sabe escribir ni leer.

–¿Y qué dirá papá? –pregunté–. No creo que le siente bien que escriba cartas de amor a la señora Celeste.

–¡Por favor, Max, por favor! –volvió a rogar el señor Bello–. ¡Max es mi amigo!

Antes de que pudiera contestar, llamaron a la puerta.

–¡Santo Dios! ¡Es la señora Parca! –grité–. Y la casa está hecha un asco. El fregadero está hasta arriba. ¡Y hay ketchup por todas partes! Rápido, ponte al menos una camisa nueva. La que llevas está manchada. ¡Rápido, date prisa!

Pero podríamos habernos evitado todo aquel jaleo. Era papá, que regresaba de la granja de don Millardo.

–Eres tú, papá –dije aliviado–. Creí que era la señora Parca.

–Me alegro de que la menciones. Con el trajín de don Millardo casi había olvidado que tenemos pendiente la inspección del piso. Y, en cualquier caso, no debería tener el aspecto que tiene ahora –dijo papá echando un vistazo a nuestros platos sucios, que seguían sobre la mesa–. De lo contrario no podremos impedir que vayas al hogar infantil. ¡Éstas sí que son «condiciones familiares insostenibles»!

–Tendría que haber fregado la vajilla –me disculpé–. He estado charlando con el señor Bello.

–Y en lo que respecta al señor Bello, por fin tendrá una cama en condiciones –dijo papá–. ¿Qué dirá el informe de la señora Parca si ve que nuestro familiar italiano duerme en el suelo?

–Al señor Bello le gusta dormir en el suelo –dijo el señor Bello.

–Me da igual que te guste o no. A partir de ahora dormirás en un colchón como una persona.

Papá entró en su dormitorio, sacó uno de los dos colchones de la cama de matrimonio y lo llevó a mi habitación.

–Ya está –dijo satisfecho cuando lo hubo colocado junto a la pared y lo cubrió con una manta–. Esto es otra cosa. La señora Parca puede venir cuando quiera.

## 19

# UNA PEQUEÑA CARTA CON ENORMES CONSECUENCIAS

El lunes, después del colegio, Roberto Gansobravo buscó con cautela el perro de Max.

–¿Dónde está tu perro? –le preguntó–. ¿No viene a buscarte hoy?

–No –respondí–. Me espera en casa.

No podía decir que se había convertido en persona.

El martes, cuando Max regresaba a casa con Moritz Levantampollas –tampoco ese día había aparecido el perro–, Roberto se sintió tan confiado que corrió hacia él y le arrancó la mochila de la mano. Estaba claro que seguía enfadado con Max por haber sido testigo, el viernes anterior, del miedo que el perro le había producido a Roberto. Tal miedo, que se había refugiado rápidamente en su casa.

De nada sirvió que Max gritara:

–¡Devuélveme inmediatamente la mochila!

Roberto soltó una carcajada y gritó:

–¡Ven a buscarla, ven a buscarla!

Y, acto seguido, la lanzó sobre la verja de un jardín.

–¡Mañana se lo diré a la señora Severina! –le gritó Moritz Levantampollas a Roberto.

–¡Si os chiváis, me las pagaréis! –le respondió Roberto.

Y a Max no le quedó más remedio que trepar la verja y entrar en un jardín desconocido para recuperar la mochila.

Moritz y él fueron juntos hasta la farmacia de Teobromino. Allí se separaron.

–Será mejor que no te chives a la Severina. ¿De qué nos servirá que le castiguen? Luego será aún peor –le dijo Max.

Moritz era el más débil de la clase, pero no el más asustadizo. El mismo miércoles le contó a la señora Severina que Roberto le había quitado la mochila a Max y la había lanzado sobre una verja. Roberto recibió una anotación en el libro de clase.

Después del colegio, Roberto les estaba esperando, se lanzó sobre Moritz y le torció el brazo.

–¡Ponte de rodillas! –le ordenó.

–¡Au! –gritó Moritz–. ¡Eso duele!

–¡Así es! –dijo Roberto.

–¡Suelta inmediatamente a Moritz! –gritó Max.

–Se lo advertí –dijo Roberto–. Ahora va a tener que arrodillarse y decir: «Roberto, nunca más te delataré».

Max se dirigió a Roberto e intentó tirar de él para separarle de Moritz.

El resultado fue que Roberto soltó el brazo de Moritz. Pero agarró a Max, le empujó al suelo y a punto estaba de sentarse a horcajadas sobre él cuando, de pronto, unas manos le atraparon, le agarraron del cuello y lo alzaron a medio metro del suelo.

Allí estaba, asustado, frente a frente con un desconocido.

–¡Si vuelves a hacerle algo a Max, vas a tener que vértelas conmigo! –dijo el hombre en tono amenazante–. ¡El señor Bello te dará tal murdisco en el culo que no podrás sentarte en trus días!

No era otro que el señor Bello, que había decidido ir a recoger a Max al colegio.

–¿Me has entendido? –preguntó el hombre.

Roberto asintió con la cabeza. Se había quedado mudo del susto.

–¿Has entendido al señor Bello? –repitió el hombre.

–Sí –gimió Roberto–. No lo volveré a hacer. ¡Lo prometo!

–¡Y ahora desupurece! ¡Rápido! ¡De inmediato! –dijo el señor Bello dejando a Roberto en el suelo.

Roberto no esperó a que se lo dijera dos veces. Salió disparado y recorrió los primeros cien metros a tal velocidad que el señor Potrón, el profesor de gimnasia, le habría concedido, sin duda, la insignia de oro.

–Gracias, señor Bello –dijo Max.

Moritz estaba boquiabierto a su lado.

–¿Quién es ese hombre? –le preguntó a Max en voz baja.

–Vive con nosotros –respondió Max–. ¡Y es mi amigo!

Al llegar a casa, Max le dijo al señor Bello:

–En realidad, no quería escribirte la carta por papá. Pero me has ayudado y yo también voy a hacerlo. Escribiré la carta.

Así que, después de comer, Max y el señor Bello se sentaron a la mesa de la cocina a escribir la carta para la señora Celeste, mientras el señor Teobromino estaba en la farmacia.

El bloc de Max contenía ya, al menos, cuatro borradores.

–No es tan fácil –dijo Max mordisqueando el bolígrafo, que presentaba ya señales visibles de los dientes de Max–. Tiene que convencer a la señora Celeste.

–Convencer, sí –asintió el señor Bello con ahínco–. Escribe esto. Querida señora Celeste: Nunca he estado tan ennumerado de alguien como de tú.

–¿Ya has estado enamorado? –preguntó Max.

–Sí, de una collie. Una chica muy maja –dijo entusiasmado el señor Bello–. Tenía el pelo largo muy bonito ¡y un rabo taaan lindo!

–¡Ah! Cuando eras perro –dijo Max–. ¿Y qué pasó?

–Nudu –respondió con tristeza el señor Bello–. Su estúpido dueño siempre me echaba. ¡Me tiraba piedras!

–Entiendo –dijo Max–. Sin embargo, creo que a las mujeres no les gusta que les digas que ya has estado enamorado anteriormente.

–No les gustó a las mujeres –dijo el señor Bello reflexionando de nuevo–. Entonces escrúbe esto. Señora Celeste: Tu señor Bello te ama.

–No sé, no sé –respondió Max sacudiendo la cabeza–. Eso es demasiado directo. No se imagina ni por asomo que tiene un pretendiente desconocido aquí abajo. Y decirle directamente: «Tu señor Bello te ama»... No, mejor no.

–¡Un admirador secreto! –dijo el señor Bello–. Escribe esto: Te amo. Tu admirador secreto.

–Sigue siendo demasiado directo –dijo Max–. Lo mejor es que le pidas una cita y entonces te declares.

–¿Una cita? –preguntó el señor Bello.

–Que le pidas salir contigo. Escucha, qué tal esto. Querida señora Celeste: Lamento que nuestra conversación... –Max se detuvo, reflexionó y mordisqueó el bolígrafo–. ¿Conversación se escribe con uve o con be? –se preguntó.

–¿Cómo? ¿Qué? –preguntó el señor Bello.

–Quiero decir si se escribe «combersación» o «conversación».

–Se dice cunfersación.

–Gracias por el magnífico consejo –dijo Max–. Escribiré la carta en el ordenador de papá. Subraya en rojo los errores de ortografía. Y así tampoco reconocerá mi letra.

Y de este modo, la señora Celeste recibió la siguiente carta:

Querida señora Celeste:

Lamento que nuestra conversación fuera tan breve. Me gustaría volver a verla.

Su admirador del primer piso.

El admirador del primer piso había introducido la carta por la rendija de la puerta.

Después de haberla leído, la señora Celeste agarró papel y bolígrafo, se sentó a la mesa y escribió su respuesta.

«Querido señor Teobromino...» Sacudió la cabeza y tachó el saludo. «Querido Teobromino...»

–No, tampoco suena bien. Escribiré simplemente «Querido admirador del primer piso».

No había pasado una hora, cuando Max encontró la carta en el buzón, la subió al piso, se sentó con el señor Bello en la cama y le leyó la respuesta:

Querido admirador del primer piso:

A mí también me gustaría continuar la conversación, a poder ser en algún sitio tranquilo. ¿Nos vemos hoy en el restaurante Venecia a las siete de la tarde?

Suya,

Verena Celeste

–¡Quiere encontrarse conmigo, quiere encontrarse con el señor Bello! –gritó el señor Bello fuera de sí–. ¿Vamos al Venecia?

–En primer lugar no *vamos*. Por supuesto, irás tú solo. Además, no os encontraréis hasta las siete. Todavía falta una hora.

–Unu hora. Ir sulo –repitió el señor Bello asintiendo con la cabeza. Se levantó de la cama y dijo–: El señor Bello va al useo. El señor Bello se pone guapo.

–¡No es mala idea! ¿Qué vas a hacer para ponerte guapo? –preguntó Max.

–Bueno, me lavaré las manos –respondió el señor Bello–. Con jabón y espummma.

–Eso no es suficiente. Iré contigo. Vamos a dejarte tan guapo que todas las mujeres se volverán a mirarte.

–¿Vulverán? –preguntó el señor Bello.

–Sí, se dice así. ¡Vamos al cuarto de baño!

Un cuarto de hora más tarde, el señor Bello salió del baño cantando en alta voz. Max le había alisado la rebelde cabellera con ayuda de mucha gomina. Y, como podía percibirse a bastante distancia, el señor Bello no había escatimado la loción para después del afeitado de Teobromino.

En ese momento estaba frente al espejo del pasillo, mirándose satisfecho y cantando alegremente:

–¡Su ad-mumumu-ra-dora del segundo pis-piso, del segundo pis-piso!

Max rebuscó en la nevera y apareció con una caja de bombones.

–¡Toma! Son bombones –dijo extendiéndole los bombones al señor Bello–. A las mujeres les encantan los bombones. La caja se la regalaron a papá por su cumpleaños y desde entonces está en la nevera. Faltan algunos, porque me los he comido. Pero sólo tres o cuatro. La caja está prácticamente llena.

El señor Bello abrió la caja.

–La cuja está prácticamente lluna –aseguró.

A continuación volvió a mirarse al espejo y continuó cantando.



–Para ya de cantar y escúchame. Cuando se va a un restaurante, luego hay que pagar. Necesitas dinero –le dijo Max.

–Dinero –dijo el señor Bello–. ¿Y dónde huy dinero?

–Aquí –dijo Max introduciendo un billete de veinte euros en el bolsillo de la chaqueta del señor Bello–. Es del dinero para la casa. Papá no debe saberlo.

–Del diiii-neee-ro para la caaa-sa –comenzó a cantar el señor Bello.

–¡Deja ya de cantar y márchate! ¡Mucha suerte!

El señor Bello logró recorrer aproximadamente trescientos metros sin cantar. Pero luego no se pudo contener más y comenzó a cantar alegremente:

–Del diiii-neee-ro para la caaa-sa.



## 20

# MALAS NOTICIAS

Mientras el señor Bello cantaba alegremente de camino al restaurante Venecia, Teobromino había cerrado la farmacia y estaba a punto de irse a casa, cuando sonó el teléfono. Era don Millardo.

–Bien, ahora puedo demostrarte científicamente que estás loco de remate –dijo en cuanto Teobromino descolgó el teléfono.

–¿Qué quieres decir? –preguntó Teobromino.

–Llevo media hora paseando para escapar de esos chalados y su continuo «Mi-lla-llar-do». Cuando regresé, por suerte, habían desaparecido.

–¿Han desaparecido? ¿Adónde han ido? –preguntó Teobromino.

–No tengo la menor idea. Y tampoco me interesa saberlo. Lo importante es que han desaparecido –dijo don Millardo–. Pero no te llamo por eso. Imagínate, cuando regresé todos los animales habían vuelto. El conejo y las gallinas. ¡Eso demuestra que estás chiflado! ¡Tú y tu extraña teoría!

–¿Han vuelto todos? –preguntó Teobromino–. Eso significa que, pasado un tiempo, el efecto del elixir desaparece. ¿Y todos tienen forma animal?

–Pues claro que mis animales tienen forma animal, gracioso –fanfarroneó don Millardo en alta voz–. Sólo tienen un comportamiento un tanto extraño.

–¿Extraño? ¿Qué quieres decir? –preguntó Teobromino.

–Bueno, no quieren salir de la cocina y me siguen a cada paso. Ahora mismo están todos sentados aquí en el banco, balanceándose cogidos del brazo.



–¿Balanceándose cogidos del brazo? –preguntó Teobromino.

–Sí, así es. Al ritmo de la *Marcha turca* de Mozart, por si lo quieres saber. Estamos escuchando la emisora de música clásica en la radio.

–Claro que se comportan de manera extraña –dijo Teobromino–. Han sido personas durante un tiempo y eso les habrá influido. Supongo que les habrá marcado. ¿Sabes qué creo?

–Que estás loco de remate –dijo don Millardo.

–No, ¡que el señor Bello volverá a convertirse en perro! –gritó Teobromino–. Tengo que dejarte. ¡He de subir a casa!

–¿Perro? ¡De perro nada, lo que estás es como una cabra! Deja que una persona que piensa de una manera razonable y lógica te diga algo. ¡Los animales no se pueden convertir en personas y las personas tampoco en animales! ¡Nunca! ¡Acéptalo de una vez!

Pero Teobromino no pudo oírlo porque ya había colgado el teléfono.

–¡Señor Bello! –gritó Teobromino cuando llegó precipitado a casa.

A continuación volvió a gritar aún más alto: «¡Señor Bello!». Y, finalmente, invadido

por un mal presentimiento, sólo dijo: «¿Bello?».

Max salió de su habitación:

–¿Qué sucede? –preguntó.

–Max, ¿dónde está el señor Bello? ¿No está en casa? –preguntó exaltado Teobromino.

–El señor Bello no está aquí –respondió Max cohibido.

–¿Adónde ha ido? –gritó Teobromino.

–Él... bueno, ha ido a un restaurante...

Teobromino gritó entonces a voz en cuello:

–¿A cuál? ¡¡¡Max!!! ¿A qué restaurante?

–Al Venecia –dijo Max.

–Al Venecia –repitió Teobromino sin ni siquiera preguntar qué se le había perdido allí al señor Bello. Dio media vuelta y, bajando rápidamente las escaleras, salió a toda prisa del edificio.

## 21

### LA METAMORFOSIS

El señor Bello recorrió la calle cantando.

Algunos transeúntes curiosos se volvieron hacia aquel hombre feliz que balanceaba una caja de bombones sobre la cabeza al tiempo que cantaba:

–¡Bom-booo-nes, a las mu-jeee-res guaaa-pas les encuuun-tan los bom-booo-nes!

De pronto, la voz del señor Bello sufrió una transformación. Se volvió mucho más ronca. Aún así, intentó seguir cantando, pero sólo fue capaz de emitir un «guaaguaa-guaa-guaa», que finalmente devino en un «guau, guau, guau». El sonido era como el de un ladrido.

La chaqueta comenzó a molestarle. Se sacudió, se la quitó y la tiró hacia atrás sobre la acera. La camisa fue también a parar poco después al mismo sitio.

Los brazos del señor Bello, las manos e incluso el rostro, se empezaron a cubrir de pelos largos y oscuros. Su boca se deslizó hacia delante transformándose en hocico. Mientras seguía andando, se fue inclinando cada vez más hasta que, finalmente, caminó a cuatro patas. Los pantalones le molestaban. Pataleó hasta deshacerse de ellos y, acto seguido, siguió su camino, trotando, rumbo al restaurante Venecia.

La señora Celeste había llegado con antelación al restaurante. Cuando volvió a mirar por enésima vez el reloj de la barra, aún no habían dado las siete. En el preciso instante en que iba a pedir una segunda copa de cava, la puerta del restaurante se abrió. Un perro grande y desgrefinado entró con una caja de bombones en el hocico. Fue directo hacia su mesa, colocó la caja de bombones delante de ella y la miró expectante. En ese momento reconoció al perro.

–Eres Bello, el perro de Teobromino –dijo acariciándolo. El perro apoyó la cabeza en su regazo–. ¿Dónde has estado todo este tiempo? Anteayer no estabas en casa –acarició la cabeza del perro y éste emitió sonidos de satisfacción–. Me has traído bombones de parte de tu dueño. Qué idea más original. ¡Enviar primero al perro con bombones! ¡Qué dueño más encantador tienes!

El perro sacudió enérgicamente la cabeza. La señora Celeste, sin embargo, no se percató y continuó fantaseando:

–Tu dueño es el hombre más encantador que he conocido en mucho tiempo. Y,

además, melómano. A ti puedo confesártelo, pero no se lo digas a nadie, por favor –dijo en voz baja–. Estoy muy enamorada de tu dueño.

Bello levantó la cabeza de su regazo y comenzó a aullar y a gemir lastimosamente. Los clientes miraron con gesto de desaprobación hacia la mesa de la señora Celeste.

–Pero ¿qué te sucede, Bello? –preguntó la señora Celeste–. ¡Silencio! ¡Perro malo! ¡Cállate! Échate, ¿me has oído? Echate.

El perro se tumbó en el suelo, pero no se calló. Al contrario, aulló aún con más fuerza.

El dueño del local, que estaba detrás de la barra, dijo algo a uno de los camareros señalando la mesa de la señora Celeste.

Este último se acercó y le dijo:

–Disculpe, pero su perro está molestando a los demás clientes. Si no deja de aullar, tendré que pedirle que saque a su perro y lo ate fuera, delante del edificio.

–Lo siento mucho –dijo ella–. No sé lo que le ha pasado de repente. Supongo que echa de menos a su dueño. Pero llegará enseguida... ¡Ah, ya está aquí! –Teobromino entraba en ese momento en el local mirando hacia todos lados–. ¡Estoy aquí! –gritó la señora Celeste saludándole con la mano.

–¡Ah, el farmacéutico! Buenas noches –dijo el camarero–. Su perro estaba llorando. Al parecer le echaba de menos. Tome asiento, le están esperando.

–¿Qué hace *usted* aquí? –preguntó Teobromino perplejo al ver a la señora Celeste.

Tomó asiento vacilante y Bello gruñó con rabia.

–¿A qué viene esa pregunta? –preguntó la señora Celeste con gesto de confusión–. ¡Teníamos una cita!

–¿Quién? –preguntó Teobromino.

–¿Se trata de una broma? Habíamos quedado por escrito a las siete de la tarde en el restaurante Venecia. ¿Por qué si no está usted aquí?

–Empiezo a comprender –dijo Teobromino mirando al señor Bello. El perro volvió a gruñir con rabia–. Se había citado con usted.

Bello gruñó aún con más fuerza.

–¿Quién? –preguntó la señora Celeste.

–¡Él! –intentó explicarle Teobromino señalando al perro.

–Teobromino, no suelo citarme con perros. Y, de hacerlo, tenga por seguro que no lo haría por escrito –dijo la señora Celeste–. Y le ruego que acabe ya con esta broma pesada.

–Entiendo que resulte difícil de creer. La metamorfosis le habrá parecido, sin duda, muy extraña –afirmó Teobromino–. ¿Tenía ya forma de perro cuando entró en el restaurante? ¿O está mi traje por aquí?

La señora Celeste miró en silencio a Teobromino.

–Bello, ¿podrías parar ese estúpido gruñido? –dijo Teobromino–. ¿Qué puedo hacer si estás enamorado?

–Teobromino, o me explica inmediatamente a qué está jugando –dijo la señora

Celeste— o me voy ahora mismo de este restaurante.

—Señora Celeste, esta vez le diré la verdad —aseguró Teobromino.

—¿Esta vez? —preguntó—. ¿Cuándo me ha mentido?

—El señor Bello no procede del Sur del Tirol —comenzó Teobromino.

—¿Ah, no? ¿De dónde entonces? —preguntó ella.

—Voy a contarle todo, porque es usted muy importante para mí —dijo Teobromino.

Aquella confesión pareció apaciguar a la señora Celeste.

—Estoy impaciente —dijo.

—Pero le ruego encarecidamente que no se lo cuente a nadie. De lo contrario, me quitarán la licencia de farmacéutico —Teobromino echó una mirada alrededor del local, por si alguien pudiera escuchar, le hizo señas a la señora Celeste para que se acercara, se inclinó hacia ella señalando al perro y le susurró en la oreja—: ¡Es el señor Bello!



La señora Celeste retrocedió y le miró enfurecida.

Teobromino percibió que no creía ni una sola palabra de lo que le estaba contando, así que rápidamente añadió:

—Tiene que creerme. ¡Hace una hora este perro era una persona! Se bebió un brebaje azul y se transformó.

—¿Pretende hacerme creer que el brebaje azul le ha convertido en un perro? —preguntó lanzando una mirada de desconfianza a Teobromino.

—¡No, en una persona, en una persona!

Teobromino había elevado la voz sobremanera. Se volvió, asustado, pero nadie, salvo la señora Celeste, le estaba escuchando.

A continuación prosiguió en voz baja:

—Una anciana desconocida me trajo el brebaje. Perteneecía a mi abuelo. Él lo inventó.

¡Y, sinceramente, he llegado a pensar que, en otra época, esa señora también fue un perro!

–¡¿Un perro?! –gritó la señora Celeste.

–¡Shhh! –siseó Teobromino inclinándose más hacia ella–. Bueno, una perra –rectificó. Aquello superó a la señora Celeste.

–Teobromino, hay dos posibilidades. Y las dos son igual de terribles –dijo–. O está usted loco de remate o me está tomando el pelo de una forma descarada. ¡Me largo! ¡Y no quiero volverle a ver nunca más! –con lágrimas en los ojos, empujó violentamente la silla hacia atrás, se levantó y se encaminó a la salida–. Siempre tengo mala suerte con los hombres –dijo al irse–. ¡Me enamoro siempre de los que no debo!

–¡Señora Celeste! –gritó Teobromino.

Pero ya había salido del local dando un portazo.

–¡Y tú, deja ya de gruñir! –gritó Teobromino al perro.

El dueño del restaurante, que había contemplado la escena desde detrás de la barra, se acercó con una botella en la mano y le dijo:

–Señor farmacéutico, no se lo tome a mal. ¡Estas peleas se olvidan enseguida!

–Ésta no. Ha dicho que no quiere volverme a ver nunca más –respondió Teobromino.

–Tome, beba un poco –dijo el dueño sirviendo un vaso a Teobromino.

–En realidad no bebo alcohol –dijo Teobromino.

–No se preocupe –dijo el dueño–. Esto es Avena, un licor de hierbas. Y, ya se sabe, el licor alegra el ojo, limpia el diente y sana el vientre.

–Bueno, pues ¡salud! –respondió Teobromino.

Alzó el vaso y se bebió el licor de un trago.

## UNA CONVERSACIÓN UNILATERAL ENTRE HOMBRES

Cuando Teobromino salió del restaurante, ya había oscurecido.

Sus piernas se tambaleaban un poco. El primer vaso no era el único que había tomado. Sin embargo, el licor no había borrado sus penas, únicamente le había embriagado.

Teobromino recorrió la calle empuñando la botella medio vacía. De vez en cuando tomaba un trago y profería insultos a la acera de enfrente. Allí precisamente estaba el perro.

–¡Que me hayas gruñido, te lo perdono! –gritó Teobromino–. ¡Pero que, al salir, intentaras morderme la pierna y me rompieras los pantalones, eso sí que no! ¡Eso ya es demasiado! ¿Acaso tengo yo la culpa de que ella no te ame?

Bello gruñó desde la otra acera. Teobromino tropezó con algo blando. Reconoció sus pantalones, los que Bello había llevado puestos durante la metamorfosis, y los recogió. A pocos metros encontró también la chaqueta y la camisa.

–¡Y has dejado mi ropa tirada en la calle! ¿Crees que eso está bien? –gritó a Bello. Un perro comenzó a ladrar a lo lejos y otro le respondió–. Ajá, y ahora vendrá el viejo numerito de Bello –dijo Teobromino–. Los perros ladrarán, Bello no se podrá aguantar, se escapará y regresará a la mañana siguiente, arrepentido.

Pero Bello continuó recorriendo la acera de enfrente cabizbajo. Estaba tan desolado que hizo caso omiso de las llamadas de sus amigos. Ni siquiera les respondió.

El perro y Teobromino llegaron juntos a la farmacia.

La intención de Teobromino era abrir la puerta y subir a casa, pero Bello se detuvo frente al edificio y lanzó una mirada de añoranza hacia lo alto. En una ventana del segundo piso había luz. El dormitorio de la señora Celeste estaba encendido.

Bello apoyó la cabeza en el codo y gimió.

Teobromino se acercó a Bello, miró también hacia lo alto y gritó, en voz baja al principio pero después cada vez más fuerte:

–¡Señora Celeste! ¡Señora Celeste!

En respuesta, la luz se apagó. Todo el edificio estaba ahora a oscuras.

Cuando Teobromino llegó al piso con Bello, tiró la ropa que había recogido en la calle

descuidadamente en el pasillo. Después fue al cuarto de Max. Estaba tendido en la cama vestido y dormía con un libro abierto a su lado.

Probablemente había pasado toda la noche esperando a su padre y al señor Bello. Se había tumbado en la cama, había leído y, finalmente, se había quedado dormido.

Teobromino dejó la botella en el suelo y arrojó a Max con cuidado de no despertarle.

–Mañana te vas a llevar una buena sorpresa cuando veas que el señor Bello vuelve a ser tu perro –le susurró.

Después, recogió la botella, apagó la luz del cuarto y buscó a Bello.

Encontró al perro en su dormitorio. Bello se había lanzado con rabia sobre la ropa de Teobromino. Había hecho trizas una camisa y en ese momento estaba emperrado con los mejores pantalones de Teobromino.

–¡Te has vuelto loco! –gritó Teobromino tirando de ellos.

Bello, sin embargo, no quiso soltarlos y se rasgaron.

Aquello enfureció tanto a Teobromino que agarró a Bello, lo empujó contra el suelo y le sujetó por el lomo con ambas manos.

Jadeando por el esfuerzo, dijo:

–¡Deja de dirigir tu rabia hacia mí! ¿Acaso tengo yo la culpa de que no te ame? En cualquier caso, todo ha acabado. Ya lo has oído. ¡No quiere volver a verme nunca más! Ninguno de los dos tenemos la menor posibilidad. ¿Lo entiendes?

Bello gruñó afirmativamente.

Fue entonces cuando Teobromino comprendió que estaba hablando con el perro como si tuviera al señor Bello frente a frente. O más bien, debajo. Pues seguía sujetándolo.

–¿Entiendes lo que te digo? –preguntó.

El perro asintió con la cabeza.

–Ajá, entonces te pasa lo mismo que a los animales de don Millardo. Haber sido persona ha dejado huella en ti –dijo Teobromino–. ¿Podemos mantener una conversación de hombre a hombre? –preguntó.

Bello aulló afirmativamente.

–Perfecto –dijo Teobromino soltando al perro–. ¡Vayamos al salón!

Max se despertó bien entrada la noche, con los gritos de su padre en el salón, y aguzó el oído.

Le pareció extraño que su padre hablara sin cesar sin que nadie le respondiera. Y, además, farfullaba. ¿Acaso estaba bebido? ¡No era posible! Max no había visto jamás a su padre bebido. Pero cuando los actores interpretaban el papel de borracho en la televisión, farfullaban del mismo modo.

Max se levantó, salió al pasillo y aguzó el oído tras la puerta.

–¿Tú entiendes a las mujeres, Bello? ¡Yo no! Quería saber la verdad, así que se la conté y ahora me toma por mentiroso. ¿Habría sido preferible mentir? –farfulló

Teobromino—. Tienes suerte de volver a ser perro. Sí, sí, Bello. ¡No me lleves la contraria! ¡Seguro que las perras no son tan complicadas!

—¿Volver a ser perro? ¿Cómo? —dijo Max.

Entró en el salón y se quedó mudo y atónito.

Su padre y Bello se habían acomodado y repantigado en el sofá. Sobre la mesa de centro había una botella de licor, un bote de pepinillos medio vacío, un envase de pastel de perro y dos latas de carne abiertas.



—¿Otro trago? —preguntó Teobromino.

Se inclinó hacia el perro y dejó que bebiera de la botella.

A continuación Teobromino miró pensativo el cuello de la botella, reflexionó un instante y tomó también un trago de ella.

—¡Papá! —gritó Max—. ¿Qué haces? Y... y Bello... ¿por qué?... ¿qué ha sucedido? ¡¿Por qué el señor Bello se ha convertido otra vez en perro?! —Bello saltó del sofá, caminó

tambaleándose hacia Max, se puso de pie, apoyó las patas delanteras sobre sus hombros e intentó lamerle la cara—. ¡Quieto, señor Bello! Quiero decir, ¡Bello! –gritó Max—. ¿Cómo es que vuelves a ser un perro?

–Max, siéntate junto a mí. No estés triste. Simplemente ha ocurrido –dijo su padre—. El efecto del brebaje pasa después de un tiempo.

–Pobre Bello –dijo Max acariciando al perro. Éste apoyó la cabeza sobre las rodillas de Max y le miró con gesto triste—. ¿No podemos convertirle de nuevo en persona? –preguntó Max.

Teobromino encogió los hombros.

–¿Cómo? El brebaje azul se ha acabado. No queda una sola gota. Tiraste todo el contenido al suelo y Bello se lo bebió. No queda nada.

Al decir «bebió» se acordó de la botella. Tomó de nuevo un buen trago y, después, intentó inútilmente colocar la botella en posición vertical sobre la mesa.

–¡Papá, basta ya! Estás completamente bebido –gritó Max arrancándole la botella de la mano.

–Sí, bebido. Por primera vez en mi vida. Pero tengo motivos para estarlo –dijo Teobromino.

Se tumbó hacia un lado y se durmió al instante.

El perro regresó de un salto al sofá, dio un par de vueltas sobre sí mismo y se acomodó junto a Teobromino. Por el fuerte ronquido que se oyó poco después, estaba claro que también él se había quedado dormido.

Max cogió una manta del dormitorio de Teobromino, la extendió sobre amo y perro, regresó a su habitación y se tumbó de nuevo en la cama.

A lo lejos oyó las campanadas del reloj de la torre. Primero cuatro agudas y luego cuatro graves.

–Son las cuatro de la madrugada –murmuró.

Poco después, también él se durmió.

## 23

### UNA VISITA INESPERADA

Aún medio dormido, Teobromino oyó un timbre. Intentó darse la vuelta para seguir durmiendo y buscó la almohada. Encontró algo a lo que agarrarse, pero aquello no parecía su almohada. Era bastante peludo. Teobromino levantó ligeramente la cabeza y miró a su alrededor confundido. No estaba en su cama, como había creído, sino en el sofá. Y lo que había tomado por almohada, no era sino Bello.

En ese momento volvió sonar el timbre de la puerta con más fuerza aún.

Teobromino se levantó entre gemidos, apartó la manta y se agarró la cabeza, que parecía a punto de estallarle. Se dirigió a la puerta y apartó de una patada la ropa sucia que había tirado al suelo la noche anterior. Levantó después el telefonillo y preguntó malhumorado:

–¿Sí?

–¿El señor Teobromino? –preguntó una voz de mujer.

–Sí, quién si no –respondió Teobromino.

–¡Por fin! Soy la señora Parca de la Institución del Menor –dijo la voz–. ¿Cuántas veces hay que tocar su timbre para que le abran a una?

Teobromino despertó de golpe.

–¡Señora Parca! –dijo–. Viene usted en mal momento. ¿Podríamos postergar la cita quizá para...?

Pero ella le interrumpió.

–La Institución del Menor llega siempre en mal momento –dijo–. ¡Y ahora ábrame la puerta, por favor!

Teobromino pulsó el botón que abría la puerta del edificio, se giró y regresó disparado al salón. Todo estaba hecho un asco: la camisa desgarrada de Teobromino yacía tirada frente a su dormitorio, la botella que había sobre la mesa de centro había volcado, el resto del licor se había derramado sobre la alfombra y en el suelo había pantalones, camisas y chaquetas. Por razones inexplicables, una lata de comida para perros medio llena había ido a parar al interior de una pantufla y, dentro del zapato de al lado, había un pepinillo y una cuchara sucia. Además de restos de pastel de perro esparcidos por todas partes.

Sin duda, de haberse tratado del decorado de la obra de teatro *Condiciones familiares insostenibles*, un escenógrafo no lo habría hecho mejor.

–¡Levántate, Max! ¡La Institución del Menor! ¡Rápido, vístete! –gritó Teobromino.

Echó un vistazo a su reloj de pulsera y vio que eran las ocho y media. Max tendría que haber estado en el colegio hacía rato.

También Bello se había despertado de un salto nada más oír decir a Teobromino «señora Parca», y había salido disparado hacia la puerta de la entrada. Aquella era la palabra clave. De haber sido aún el señor Bello, le habría estrechado la mano con un «Buenas tardes, encantado». Pero ahora estaba desorientado junto a la puerta.

–Bello, ¿puedo confiar en ti? –gritó Teobromino mientras recogía a toda prisa la ropa del pasillo.

El perro asintió con la cabeza.

–¡Pues ve a su encuentro y entreténla! –ordenó Teobromino mientras abría la puerta–. ¡Por favor, entreténla! ¡Piensa en Max y en el hogar infantil!

Cuando la señora Parca subía las escaleras, se encontró con un perro grande y peludo delante de la puerta de Teobromino.

Se detuvo y preguntó:

–¿De quién eres? ¿Muerdes o eres un perro cariñoso?

El perro bajó la cabeza y miró con un gesto tan candoroso, que dijo:

–¡Eres, sin duda, un perro muy cariñoso! ¿Qué sabes hacer? ¿Sabes «echarte»?

Bello se echó obediente y la miró atentamente.

–¡Un perro muy bien educado! –dijo mientras seguía subiendo las escaleras. La señora Parca llevaba puesto un vestido de color gris y portaba en la mano un maletín de aspecto oficial–. ¿Sabes también subir las patas? –preguntó.

Dejó el maletín en el suelo y levantó las manos para enseñarle a Bello lo que esperaba de él.

Y, en efecto, Bello se alzó sobre las patas traseras y levantó las delanteras.

–¡Muy bien! ¡Un perro muy listo! –aplaudió.

A continuación, hizo ademán de agarrar el maletín, pero Bello fue más rápido. Introdujo el hocico en el asa y descendió las escaleras hasta el descansillo. Después dejó el maletín en el suelo y, moviendo el rabo, miró a la señora Parca.

–¡Eres un perro pero que muy juguetón! –dijo la señora Parca–. ¡Ven, devuélvele el maletín a la señora Parca! ¡Rápido! –le ordenó.

Pero el perro no le hizo caso y a la señora Parca no le quedó otra que bajar las escaleras.

Entretanto, Teobromino y Max, presas del pánico, intentaban recoger el piso. Max se había vestido y había optado por no ducharse ni lavarse los dientes. En aquel momento no era trascendental y, sin duda, la Institución del Menor no se fijaría en ello.

Max recogió la ropa que había esparcida en el suelo, abrió el aseo y lo lanzó todo dentro. Su padre buscó un cubo en la cocina, metió las botellas, las latas de comida para

perro, los zapatos y los calcetines en su interior, incluso la vajilla sucia del fregadero, y llevó arrastrando todo hasta el aseo.

Pero aún quedaba la alfombra bañada en alcohol.

–¡Trae el bolsito! ¡Vamos, trae el bolsito! –le ordenó la señora Parca al perro.

Poco antes de que la señora Parca llegara al descansillo, justo cuando intentaba extender la mano para agarrar el maletín, Bello mordió el asa, llevó el maletín hasta la entrada, lo dejó en el suelo y volvió a mirar expectante a la señora Parca.

–¡No, no te lo lleves! ¡Lo que tienes que hacer es *traerme* el maletín! –gritó descendiendo las escaleras.

Teobromino y Max enrollaron la alfombra manchada en forma de gruesa salchicha, y la escondieron bajo el sofá del salón. A continuación, Teobromino fue por una fregona a la cocina y limpió el suelo.

–¡El cubo de basura estaba ayer hasta los topes! –gritó a Max al mismo tiempo–. ¿Lo has sacado?

–Lo olvidé –dijo Max.

–Pues llévalo al aseo. No creo que mire allí.

–¡Al sótano no! ¡Por favor, al sótano no! –gritó la señora Parca mientras Bello descendía hacia el sótano con el maletín en el hocico.

Pero no sirvió de nada. Si quería recuperar el maletín, no le quedaba otra que seguir a Bello hasta el sótano.

–Bueno, la señora Parca ya puede venir –dijo Teobromino aliviado, después de limpiar un poco el polvo con un calcetín. Acto seguido, se lo metió en el bolsillo del pantalón, abrió la puerta y gritó–: ¿Señora Parca? ¡Hola! ¡Vivimos aquí arriba!

La señora Parca subía las escaleras maletín en mano. Bello iba junto a ella, luego la adelantó de un salto y se deslizó hacia el interior del piso.

–¿Es suyo el perro, señor Teobromino? –preguntó sin aliento–. Es muy juguetón. Demasiado juguetón, diría yo.

–Sí, lo es –afirmó Teobromino–. Buenos días, señora Parca.

Teobromino había tenido tiempo incluso de peinarse, mientras ella subía el último tramo de las escaleras.

Max se asomó a la puerta junto a su padre.

–Buenos días, señora Parca. Encantado –dijo amablemente.

Le extendió la mano y se inclinó ligeramente.

La señora Parca abrió el maletín, sacó una carpeta delgada y leyó por encima la primera página.

–Te llamas Max y tienes doce años –dijo a continuación–. ¿No deberías estar a estas

horas en el colegio, Max?

–Nuestro profesor de geografía, el señor Occitano, está ingresado en el hospital –respondió Max.

No había mentido. El señor Occitano estaba realmente ingresado en el hospital. Pero en las dos primeras horas tenía clase de inglés con la señora Antrobús.

–Sí, lo sé. Una rotura doble de pantorrilla –dijo la señora Parca. Estaba muy bien informada–. Ahora desearía ver el piso.

–Por favor, señora Parca –dijo Teobromino pasando delante de ella.

La señora Parca fue directa a la cocina, inspeccionó el fregadero y pasó el dedo sobre la nevera.

–Grado de limpieza, cuatro –dijo tomando nota. A continuación abrió la nevera y miró en el congelador–. ¡Oh, oh, oh! –exclamó después de darle la vuelta a un paquete de pimientos para observar la fecha de caducidad–. ¡Esto lo tiraremos directamente a la basura! Caducó hace un año.

–Sí, sí, lo sé –dijo Teobromino–. Lo trajimos de Hungría. No teníamos intención de comérselo. Lo guardábamos tan sólo como recuerdo de nuestras vacaciones en el lago Balatón.

–Es usted un hombre muy sentimental, señor Teobromino. Demasiado sentimental, diría yo. Está bien, no quiero arrebatarle sus bonitos recuerdos –dijo la señora Parca dejando el paquete donde estaba–. ¡Veamos ahora el cuarto de Max!

»Sí, la imagen habitual –dijo tras echar un vistazo a la habitación–. Hoy en día los niños no son tan ordenados como en nuestra época. Grado de orden, de tres a cuatro, diría yo –abrió la carpeta y tomó notas–. ¿Y dónde duerme el italiano que ha incurrido en el delito?

–¿Quién? –preguntó Teobromino.

–Pues ese señor Bello. Estoy aquí por él –dijo.

–¡Ah, él! –gritó Teobromino–. No, ya no vive con nosotros. Se ha mudado. Ha regresado a su país.

–Ah, ya no vive aquí –dijo la señora Parca apuntando una larga nota en su carpeta.

–Discúlpeme un momento. He de regresar a la cocina –dijo Teobromino.

La señora Parca se volvió hacia Max y, señalando la cama del señor Bello, preguntó:

–¿Quién duerme en el colchón que hay junto a la pared?

–Bello, mi perro –contestó Max.

–Tu perro –repitió tomando notas.

Lanzó otra mirada rápida al salón e hizo ademán de girarse, cuando sus ojos se clavaron en la alfombra enrollada que asomaba debajo del sofá. Antes de que pudiera acercarse a inspeccionar, Bello salió de la cocina empujando un carrito de té.



Caminaba sobre las patas traseras apoyando las delanteras en el agarrador del carrito. Encima había una botella de agua y un vaso.

–¿Le apetece un vaso de agua, señora Parca? –preguntó Teobromino, que había entrado al salón junto al perro.

–¡Un perro de una inteligencia extraordinaria! –gritó la señora Parca–. ¿Le ha enseñado usted a hacer todo eso?

–Sí, papá es un gran adiestrador de perros –dijo Max, entrando en ese momento en el salón.

La señora Parca estaba entusiasmada.

–Señor Teobromino, sus labores como amo de casa dejan bastante que desear –dijo–. Pero su capacidad como adiestrador de perros es admirable. Yo también tengo un perro, ¿sabe usted? Un lulú. Pero no sabe hacer nada más que sentarse. Y practico con él todos los días.

–Hay que tener mucha paciencia. Con los perros y con los niños –dijo Teobromino.

–Y está claro que usted la tiene –dijo la señora Parca–. Por mi parte el asunto está zanjado. ¡No pondré ninguna reclamación! Si me lo permiten, sólo necesitaría utilizar el aseo.

La señora Parca miró a su alrededor y encontró la puerta correcta. ¡La puerta tras la cual Max y su padre habían apilado toda la basura del piso!

Teobromino le salió al paso y le dijo:

–¡Por favor, pase mejor al cuarto de baño! Es mucho más cómodo.

–¡Sí, mucho más cómodo! –afirmó Max.

–¡No, no, no quiero ser indiscreta! –respondió la señora Parca dirigiéndose con decisión al aseo.

Teobromino y Max contuvieron la respiración mientras la señora Parca intentaba abrir la puerta con gran dificultad, empujando algunas de las cajas a un lado.

–La puerta está algo atascada –le dijo a Teobromino. Lanzó un vistazo a través de la rendija de la puerta y gritó–: ¡Oh, perdón! ¡Disculpe! No quería molestarle.

El perro estaba sentado en el váter como una persona y le lanzó una mirada llena de reproches.

–¡Una capacidad de adiestramiento increíble! En fin, no me queda más remedio que utilizar su cuarto de baño –dijo.



Antes de marcharse, se dirigió a Teobromino y le dijo:

–Permítame hacerle una última observación personal, señor Teobromino.

–Lámeme Teobromino a secas, es suficiente –le respondió él.

–Una última observación, Teobromino –repitió–. Su labor como padre es muy buena. Sin embargo, en esta casa falta una mujer. ¿No ha pensado nunca en ello?

A Teobromino le invadió la melancolía:

–Pues sí, precisamente anoche estuve pensando en ello. ¡Pero no es tan fácil como usted imagina!

–Pues siga reflexionando tranquilamente sobre ello. Adiós –se despidió la señora Parca antes de marcharse.

Cuando Bello salió del aseo, Max y Teobromino se abalanzaron sobre él abrazándolo y acariciándolo.

–¡Buen chico, Bello! –dijo Teobromino acariciándole la cabeza–. ¡No quiero ni imaginar lo que habría ocurrido si no la hubieras entretenido!

–Habrías tenido que venir a verme al hogar infantil la semana próxima –dijo Max abrazando fuertemente a su perro–. ¡Bello, nos has salvado!

## 24

# MAX ESTÁ CONFUSO



En cierto modo, cabría esperar que, por fin, todos estuvieran contentos y de buen humor. El peligro, finalmente, había pasado. Bello nos había salvado y había recibido muchos halagos por ello. Y papá ya no tenía que temer que me llevaran a un hogar infantil.

Pero papá y Bello amanecieron tristes y cabizbajos.

En un principio creí que era efecto del alcohol. En la televisión había visto una vez a un hombre que se había emborrachado porque su mujer se había fugado con el profesor de equitación. Cuando recobró la sensatez, gimió y se sujetó la cabeza. El hombre, quiero decir, no el profesor de equitación.

Pero no tenía nada que ver con el alcohol. Cuando regresé del colegio todo seguía igual.

Papá estaba en la farmacia y, por su cara, parecía que le hubieran condenado a prisión. A cadena perpetua, de hecho.

–Papá, ¿qué te pasa? –le pregunté.

–Nada, nada –respondió.

Me dio la espalda y comenzó a ordenar las gominolas en la estantería. Colocó las rojas junto a las azules, algo que no habría hecho jamás.

–Te pasa algo –dije–. ¿No te alegras de que la inspección del piso saliera bien?

–Claro que sí –dijo dándose la vuelta–. Claro que me alegro.

–¡Ajá! Y ésa es la cara de alguien que está contento –dije.

–Tienes razón –admitió papá. Salió de detrás del mostrador y apoyó un brazo sobre mis hombros–: No tiene nada que ver contigo. Se trata de la señora Celeste.

–¿La señora Celeste? –pregunté–. ¿Te ha tratado mal? Es una persona muy agradable, ¿no?

–¿Agradable? –reflexionó papá–. Es mucho más que eso. Es... cómo te diría. ¡Es encantadora! Si no fuera así, probablemente me encontraría mejor.

–No entiendo nada –dije–. Si es encantadora, ¿cuál es el problema?

–Que no me encuentra encantador a mí –dijo papá suspirando.

–Lo importante es que *yo* te encuentre encantador –dije–. Subiré a casa y prepararé un buen almuerzo para los dos. Seguro que después te sentirás mejor.

–No tengo hambre. Come con el señor Bello –dijo papá.

–¡Con Bello! –le corregí.

Bello, sin embargo, tampoco parecía tener apetito. Apenas probó su comida.

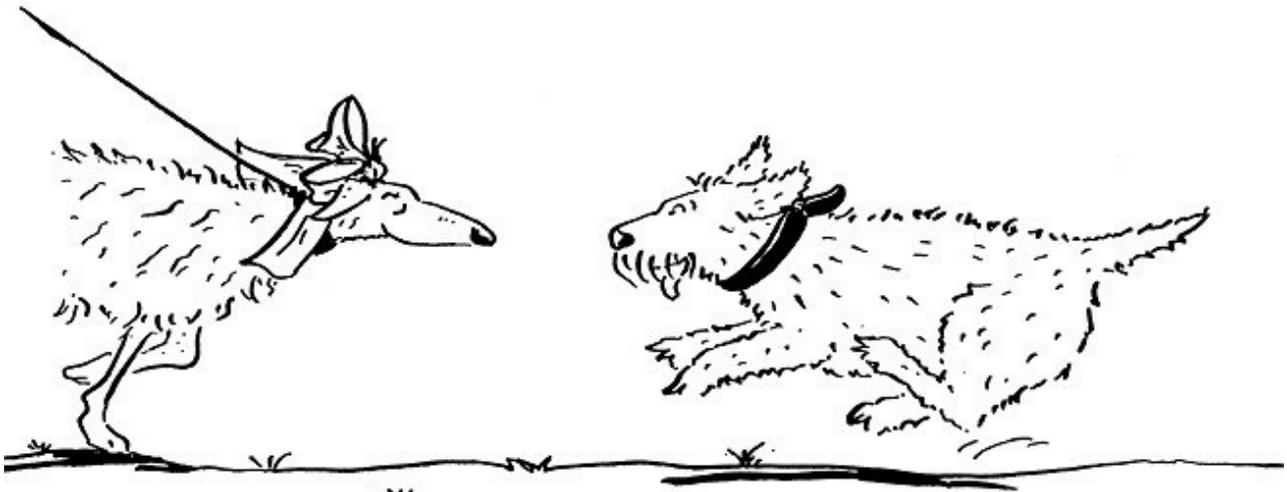
–Puedo entender que no estés precisamente alegre. Es una lástima que seas un perro otra vez y no podamos hablar –dije acariciándole–. Pero recuerda que, al fin y al cabo, tu vida de perro tampoco era tan mala. Estás muy bien con nosotros. Te damos de comer todos los días y duermes conmigo en la habitación. Otros perros tienen que dormir en una caseta. Y, además, entiendes el lenguaje humano, ¿no?

Bello me miró y asintió un par de veces con la cabeza.

–Venga, vamos a dar un paseo sin correa. Seguro que tomar el aire mejorará tu humor.

Fuimos juntos al parque. Al llegar, me senté en un banco cerca del estanque y observé a los patos. Bello se tumbó junto a mí, en la sombra. Tal como le había prometido, no le había puesto la correa. Pero no parecía tener ganas de correr como antes. Allí estaba tumbado, con la cabeza apoyada sobre las patas delanteras mirando hacia el frente.

De pronto se incorporó y observó atentamente el camino. Un hombre viejo y enjuto, con un perro atado a la correa, apareció. Bello se puso muy nervioso y se levantó. El hombre soltó al perro.



El animal vino directo hacia nosotros. Era una collie. Tenía un bonito pelo largo y ondulado con un lazo de color violeta en lo alto. El lazo, sin embargo, no hacía juego con el color rojizo de su pelo.

Bello corrió al encuentro de la collie. Pero antes de que ambos pudieran olisquearse, el hombre gritó:

–¡Adriana, quieta! ¡Ven aquí inmediatamente! –la perra regresó vacilante hacia su amo. El hombre le ató la correa, tiró de ella y gritó–: ¡Largo, fuera de aquí, chuchó! ¡Esfúmate, bastardo! ¡Deja en paz a Adriana!

Pero Bello no le oyó.

El hombre se agachó, cogió un puñado de piedras y se las lanzó.

–¡Largo de aquí! –gritó al mismo tiempo.

Yo me incorporé:

–¡Deje tranquilo a mi perro! –grité–. ¡No le permito que le tire piedras!

–¿Es tuyo? Pues entonces átale la correa –gritó el hombre.

–No necesito correa. Bello está bien educado –dije–. ¡Bello, ven aquí!

Y Bello vino hacia mí, muy lentamente, eso sí.

–No sabía que era tu perro –dijo el hombre–. Creí que era uno de esos perros vagabundos. ¡No quería que molestara a Adriana!

–¿Adriana? –pregunté–. Qué nombre más extraño para un perro.

–Los perros de pura raza reciben nombres especiales. Se llama Adriana Tisú. Es hija de la primera camada, como lo oyes.

–¿De la primera camada? –pregunté.

–No parece saber mucho sobre la cría de perros –dijo con aire de desprecio–. Cuando las perras tienen crías por primera vez, a la primera camada se la denomina «camada A». Y las crías reciben nombres que empiecen con la letra A. Asta, Astor o Adriana, por ejemplo. No creo que tu Bello sea hijo de la camada B. Será un Nello o Sello. Está claro que no es un perro de raza, más bien un bastardo.

–No me importa –respondí–. Es el mejor perro que se pueda imaginar. ¡Ven, Bello, nos vamos a casa!

Bello me siguió, volviéndose, eso sí, una y otra vez hacia la collie. Ésta tiraba de la correa y habría seguido gustosamente a Bello, estaba claro.

Fue entonces cuando recordé algo:

–Bello, cuando aún eras el señor Bello, me hablaste de tu gran amor. ¿Era Adriana?

Bello me miró con tristeza y percibí lo mal que se sentía por no poder hablar. Aquello me impactó.

–Si se trata de esa Adriana, tiene un dueño imbécil –dije–. No creo que se sienta a gusto con él.

Delante de la farmacia nos encontramos a la señora Celeste, que también regresaba a casa.

–Hola, señora Celeste –grité.

En voz baja y con tono amargo, dijo:

–Ah, Max.

No reparó en Bello, entró deprisa en el edificio y subió las escaleras.

–Si existiera una competición llamada «¿Quién tiene la cara más sombría del

mundo?»), papá y la señora Celeste ganarían, sin duda, el primer premio –le dije a Bello–. ¡Y tú el segundo! Y si sigues tan cabizbajo, yo ganaré el tercer premio. Eso se pega, ¿sabes?

Pensé que papá estaría de mejor humor al día siguiente. Pero a la mañana siguiente fue aún peor. Papá estaba sentado a la mesa con la cabeza apoyada entre las manos, mirando hacia el frente. No probó el desayuno y ni siquiera le echó un vistazo al periódico, que dejó intacto sobre la mesa.

–¡Le estoy cogiendo una manía terrible a la señora Celeste! –le dije.



–¿Por qué? –preguntó.

–Porque ella es la culpable de que estés así –respondí–. ¿Qué pasó con ella? ¡Cuéntamelo de una vez!

Al principio me observó en silencio. Ya creía que no tenía ganas de hablar de ello, cuando, de pronto, dijo:

–Le dije que el señor Bello era antes un perro.

–¿Se lo contaste? –grité–. ¡A mí me dijiste que no se lo podíamos contar a nadie o te quitarían la licencia de farmacéutico!

–Lo sé –dijo papá–. Tenía que contárselo, no me quedó otro remedio.

–¿Y? –pregunté.

–No me creyó una palabra. Se enfadó mucho. Pensó que le estaba tomando el pelo y no me dirige la palabra –dijo papá–. Por eso estoy triste. Ahora ya lo sabes.

Se levantó y bajó a la farmacia.

«La cosa no puede seguir así, tengo que hacer algo», me dije.

Por la tarde, cuando la señora Celeste regresó del trabajo, subí las escaleras y llamé a la puerta.

Ella abrió y dijo:

–¿Max? ¿Vienes a visitarme a mí?

Una pregunta curiosa, teniendo en cuenta que había llamado a su puerta. Me habría gustado responderle: «¿A quién si no?». Pero tenía intención de mantener una charla seria con ella y no quería resultar desagradable.

Ella permaneció en la puerta y no me invitó a entrar.

–He venido por papá –comencé.

–¿Te envía tu papá? –preguntó alterada–. ¿Te envía para disculparse? Eso es muy amable de su parte. Me alegra mucho. Dile...

–No tiene por qué disculparse –la interrumpí–. No le ha mentado. Usted no cree que el señor Bello fuera antes un perro. ¡Pero es la verdad! ¡Usted misma ha sido testigo de que se ha convertido de nuevo en un perro!

–¿Te ha enviado tu padre para que me dijeras eso? –preguntó–. Puedes decirle que me ha decepcionado mucho.

Sacó un pañuelo del bolsillo de la chaqueta e hizo ademán de limpiarse la nariz. Pero me di cuenta de que estaba llorando y que no quería que la viera.

–Señora Celeste, ¡créame! –dije.

Guardó el pañuelo y dijo:

–Y también me decepciona que seas participe de su juego. ¡Será mejor que te marches!

Y, diciendo esto, cerró la puerta y me dejó plantado.

## UN ENSAYO DEL CORO

La noche del sábado, Teobromino llegó con antelación al ensayo del coro en el auditorio. Confiaba en encontrar allí a la señora Celeste para intentar hacer las paces y explicarle que no había sido su intención ofenderla. Se había preparado bien lo que pensaba decirle.

Y, efectivamente, la señora Celeste llegó al auditorio a continuación de él. Él le lanzó una sonrisa vacilante. Pero ella pasó de largo y se colocó junto a las voces soprano. Teobromino hundió la cabeza en la partitura. No quería que se percataran de lo decepcionado que estaba y lo mucho que le había afectado la indiferencia de la señora Celeste.

Don Millardo, que siempre aparecía el primero, llegó ese día con retraso, portando una gigantesca cesta debajo del brazo. Cuando la depositó y abrió la tapa, los miembros del coro observaron, atónitos, que había tres gallinas en su interior.

Don Millardo se inclinó sobre la cesta y dijo a los animales:

–Podéis salir y escuchar. ¡Sentaos en la silla y, por favor, guardad silencio!

Las gallinas salieron de la cesta y, batiendo las alas, saltaron sobre la silla que don Millardo había acercado. Allí permanecieron estrechamente acurrucadas.

Don Millardo percibió las miradas perplejas de los miembros del coro a su espalda, se dio la vuelta y dijo:

–No les parecerá mal que mis tres gallinas participen en el ensayo, ¿verdad?

Se sintió algo cohibido y añadió rápidamente:

–Por supuesto, únicamente de forma pasiva. No cantarán con nosotros. Pero he descubierto que son muy melómanas y no quería arrebatarles el placer de escuchar. ¡Imagínense, las tres son capaces de diferenciar a Beethoven de Mozart!



–¿Y cómo lo sabe? –preguntó uno de los miembros del coro.

–Siempre que interpreto a Beethoven, asienten al compás con la cabeza –explicó don Millardo.

–¿Y cuando interpreta a Mozart? –preguntó una de las cantantes.

–Cuando interpreto a Mozart mueven las alas. Ya he realizado el experimento varias veces y no han confundido una sola vez a los dos compositores. Ni siquiera al joven Beethoven, que guarda algunas similitudes con Mozart. Las tres asienten siempre con la cabeza –explicó don Millardo, orgulloso–. Pero ya está bien de hablar. Hoy empezaremos con la canción que hay en la parte superior de la partitura. *La trucha*, de Franz Schubert, adaptación para coro mixto de M. Hogoroso.

El coro comenzó a cantar, don Millardo dirigió y las tres gallinas, sentadas a la silla, movieron las patas al compás.

Tras el ensayo, don Millardo volvió a introducir las tres gallinas en la cesta.

Teobromino aguardó a que los miembros del coro se marcharan para decirle a don Millardo:

–¿Tomamos una cerveza? Creo que podría con una.

–Hoy no, lo siento –dijo don Millardo–. Las gallinas, por lo general, «se acuestan con las gallinas», como se suele decir. Es decir, entre las seis y media y las siete de la tarde – echó un vistazo a su reloj de pulsera y añadió–: Y deberían estar durmiendo desde hace ya tres horas y cuarto. Es hora de llevarlas a casa. ¡Cuídate, Teobromino! ¡Hasta la próxima!

Subió al tractor y colocó la cesta con las gallinas a un lado. Ya había arrancado el motor y estaba a punto de marcharse cuando volvió a mirar a Teobromino, que seguía allí, con gesto triste.

Don Millardo apagó el motor y descendió del tractor.

–Teobromino, tengo la sensación de que esta noche no necesitas ninguna cerveza, sino alguien con quien hablar. Estás preocupado ¿no es cierto? –Teobromino asintió con la cabeza—. ¿Tiene algo que ver con esa señora, esa señora... eh... Violeta?

–Celeste –le corrigió Teobromino asintiendo.

–Eso es, Celeste –dijo don Millardo—. El miembro número 39-guión-Mu. Siempre me hago un lío con los colores. En el colegio eras mejor que yo. ¿Estás enamorado?

Teobromino asintió.

Don Millardo se rascó la cabeza:

–¿Quieres un consejo? –preguntó a continuación.

Teobromino le miró, interrogante.

–¡Olvídala! –dijo don Millardo—. ¿Sabes cuál es el mejor método para olvidar?

Teobromino sacudió la cabeza.

–¡Dejar de pensar en ella! –dijo don Millardo—. Simplemente no pensar en ella –y, diciendo esto, se subió al tractor–: Bueno, realmente ya es hora de ir a casa –dijo—. Espero que nuestra conversación te haya sido de ayuda.

Teobromino encogió los hombros.

–Sí, una conversación seria entre amigos puede lograr verdaderos milagros –dijo don Millardo, satisfecho—. Buenas noches, Teobromino.

–Buenas noches, don Millardo –dijo Teobromino, y regresó cabizbajo a casa.

## MAX ORGANIZA UN PLAN



A la siguiente semana me harté. Era miércoles.

Preparé la mesa de una forma especial para la cena y le dije a Bello:

–Hoy disfrutaremos los tres de una cena realmente bonita, agradable y contundente. Deja ya, por favor, de arrugar la frente. Olvídate por una hora de tu amiga collie y papá dejará de pensar en la señora Celeste.

Cuando papá regresó de la farmacia, se sentó como siempre a la mesa.

Creía que preguntaría si celebrábamos algo o, al menos, se percataría de que había puesto la mesa de forma especial. Pero no pareció darse cuenta.

Y entonces me harté. Me enfadé mucho.

–Dime, papá. ¿Has decidido no hablar nunca más o responder únicamente «Sí» o «No»? –pregunté.

–No –respondió papá–. No, no.

–¿Te has fijado, al menos, en lo bonita que he puesto la mesa para ti?

–Sí –respondió papá.

Observó la mesa y entonces me di cuenta de que no había reparado en ello hasta ese momento.

–¿Y además de «Sí» y «No», sabes alguna otra palabra? –pregunté.

–Sí, sí –respondió.

–Sí, sí –le imité–. ¡Si sigues comportándote de ese modo, iré voluntariamente al hogar infantil!

Por supuesto, aquello no era verdad. Jamás habría ido voluntariamente a un hogar infantil. Sobre todo en un momento en que papá estaba tan mal. Sólo lo dije como amenaza, y funcionó. Papá respondió, en cualquier caso, algo más que sí o no.

–Max, ¿te sientes tan mal conmigo? –preguntó asustado.

–Sí, papá –respondí. Me levanté, rodeé la mesa y me senté junto a él–: ¿De verdad es tan importante que la señora Celeste no quiera saber nada de ti?

–Max, ¿cómo puedo explicártelo? –respondió vacilante–. Aún eres un niño y no

entiendes lo que es el amor.

–Puedes explicármelo –dije.

–Cuando tu madre y yo nos separamos, decidí no volver a enamorarme ni casarme nunca más. También por ti. No quería pedirte que aceptaras a otra madre.

–Pero en el caso de la señora Celeste me lo puedes pedir –dije–. Puedes casarte tranquilamente con ella.

–Sí, exacto, y entonces me enamoré de ella. Yo fui el primer sorprendido –dijo papá–. Lo peor es que creo que también ella estaba enamorada de mí. Dijo algo así cuando salió disparada del restaurante. Y, sin embargo, no ha funcionado. Eso es lo más triste de todo.

–La señora Celeste es una tozuda –dije–. ¿Por qué no quiere creer que Bello era antes el señor Bello?

–De hecho, la comprendo perfectamente –dijo papá–. Si hace cuatro semanas te hubiera contado que existe un brebaje que convierte a los perros en personas... ¿qué habrías pensado?

–Que me estabas contando un cuento chino –reconocí–. Sabes qué, papá, tenemos que demostrarle que fue así. Si Bello bebe de ese brebaje delante de ella, comprobará que no le hemos mentado. ¿No podrías elaborar un brebaje como ése? ¡El bisabuelo lo consiguió!

–Era un genio. El mago de la calle de los Leones. No podría hacer algo así, ni experimentando cien años.

–¿De dónde sacaste el brebaje? –pregunté.

–Ya te lo he contado –dijo papá–. Una anciana me lo regaló. Me dio también algunos datos secretos. Que tu bisabuelo había probado el brebaje con ella o algo así. Tengo el presentimiento de que ella también fue un perro o, mejor dicho, una perra.

–Y si el efecto pasa, ¿por qué no se volvió a convertir en perro? –pregunté.

–Porque tendría suficiente brebaje. Una botella completamente llena –respondió papá–. En cuanto intuía que iba a sufrir la metamorfosis, se tomaba simplemente un trago y volvía a ser persona.

–Pero se convertiría después en perro –dije–. Si al señor Bello se le pasó el efecto, a ella también. Porque te dio todo el brebaje que tenía ¿no?

–No, no. Me dijo que se había guardado una botella entera y que la había metido en la nevera. Por si las moscas, me dijo... –contó papá. Se interrumpió entonces y me miró con ojos como platos–: ¡Eso... eso significa que aún queda de ese brebaje! –gritó.

–Y si todavía queda de ese brebaje, sólo tenemos que pedirle que nos dé una cucharadita de té. Eso será suficiente. Seguro que nos la da –dije.

Papá se había transformado de pronto. Ya no estaba abatido.

–¡Un plan genial! –gritó–. Diluiremos el brebaje en agua. Y Bello lo tomará delante de la señora Celeste. ¡Así comprobará cómo se convierte de nuevo en el señor Bello y no le quedará más remedio que creernos!

Bello había estado tumbado a nuestro lado, aguzando el oído. Pero no pareció

mostrarse entusiasmado con la idea y sacudió enérgicamente la cabeza.

–¿Eso es un no? ¿No quieres convertirte en persona? –gritó papá.

Bello volvió a sacudir la cabeza.

–Pero ser una persona está bien –dijo papá, intentando convencerle–. ¡De hecho, ser una persona está pero que muy bien! ¡Así podrás caminar de pie! Y podrás ponerte trajes. Y zapatos bonitos. Podrás ir al concierto y escuchar música. ¿No te gustaría? Y no tendrás sólo patas, tendrás manos y dedos y podrás, por ejemplo, sujetar la cuchara...

Me di cuenta de que aquel no era precisamente el mejor ejemplo e interrumpí a papá:

–Podrás hablar con nosotros, Bello –dije–. Podremos entenderte cuando quieras decirnos algo.

Bello pareció reflexionar sobre ello. Pero, acto seguido, sacudió la cabeza como diciendo: «No está mal, pero prefiero seguir siendo un perro».

–¿Qué hacemos ahora? –preguntó papá–. Si se niega a tomar el brebaje, nuestro maravilloso plan no sirve de nada. ¿Sabes por qué no quiere convertirse de nuevo en persona?

–Creo que sí –dije–. Bello está enamorado.

Bello asintió enérgicamente con la cabeza.

–Ajá. ¡Este perro no quiere que la señora Celeste sepa que le he dicho la verdad! –papá estaba enfadado–: ¡Bello no soporta la idea de que la señora Celeste se vuelva a enamorar de mí!

–No, papá, no es así –dije–. Ya no está enamorado de la señora Celeste. Se ha enamorado de una perra collie. La conoce de hace tiempo.



–¿De una perra? –preguntó papá–. Entonces no sirve de nada. Nuestro plan no funcionará si Bello no bebe del brebaje.

–Yo también tengo un plan genial –dije lanzando una sonrisa irónica a papá.

Me incliné hacia Bello y le susurré algo al oído. El perro me escuchó con atención, después me miró y asintió con la cabeza.

–Bien, papá. Mañana cogeremos un frasco, iremos a visitar a la anciana y le pediremos que nos dé un poco de brebaje azul –dije.

–¿Cómo... qué... y eso? –tartamudeó papá–. Pero Bello...

–No te preocupes. Bello beberá el brebaje –dije–. ¿No es cierto, Bello?

Y el perro asintió con la cabeza.

## 27

# A LA BÚSQUEDA

A la mañana siguiente, Teobromino volvió a colgar el cartel de «Cerrado temporalmente» en la puerta acristalada de la farmacia. Max y el perro le acompañaron y le observaron atentamente.

Los tres estaban a punto de marcharse, cuando la señora Catacaldos llegó.

–Señor Teobromino, ¿abre la farmacia alguna vez? –preguntó-. ¿O para usted «Cerrado temporalmente» significa irse de vacaciones una temporada y dejar el local cerrado siempre? ¡Quizá debería colgar un cartel que dijera «Abierto temporalmente»!

–Buenos días, señora Catacaldos. ¡Hoy es jueves, es cierto! Había olvidado por completo que vendría a limpiar el piso. Tenga las llaves. Puede empezar ahora mismo –dijo Teobromino-. Es curioso. Llega usted siempre que me surge una emergencia y tengo que cerrar el local. Max y yo tenemos que solucionar un asunto importante.

–¿Otra vez fertilizantes? –preguntó.

–Sí, en el sentido más amplio –respondió Teobromino.

–Señora Catacaldos, ¿qué le parece Bello? –preguntó Max.

–Ah, ¿es éste tu perro? –preguntó la señora Catacaldos-. ¡Qué animal tan bonito!

–Dale las gracias a la señora Catacaldos –dijo Max a Bello-. Sin su ayuda no habría podido tener un perro.

Bello se acercó a la señora Catacaldos y le extendió la pata derecha. Ella la estrechó, perpleja, y dijo a Max:

–¡Cuántas cosas le has enseñado en tan poco tiempo! ¡Es increíble! –después acarició las orejas de Bello y preguntó a Teobromino-: ¿No debería estar su hijo en el colegio?

–En cierto modo, sí –respondió Teobromino-. Le escribiré una nota al profesor. Hoy es importante que me acompañe.

–Entonces no quiero entretenerle más. Me voy a limpiar. ¡Mucha suerte! –dijo la señora Catacaldos abriendo el portal del edificio. Antes de entrar, se dio la vuelta y dijo-: Habría que limpiarle también las orejas al perro.

Cuando la señora Catacaldos desapareció tras la puerta, Max preguntó:

–Papá, ¿adónde vamos en realidad?

–¡Buena pregunta! –respondió su padre-. No tengo la menor idea de dónde encontrar

a esa anciana. Le preguntaremos al señor Velloso, mi peluquero. Los peluqueros lo saben todo.

–¿Por qué no le has preguntado a la señora Catacaldos? –preguntó Max–. Ella también lo sabe todo.

–Pues sí, vale la pena intentarlo –dijo Teobromino–. Subamos a casa.

Arriba, en el piso, la señora Catacaldos pasaba la aspiradora a la alfombra del salón. Bello saltó al sofá huyendo de la aspiradora.

La señora Catacaldos sacudió, atónita, la cabeza.

–¿Permite que el perro se suba al sofá? –gritó para salvar el ruido de la aspiradora–. ¡Llenará los cojines de pelos!

Teobromino sacudió la mano con ademán de indiferencia:

–¡No es tan grave! –gritó–. Ahora mismo estamos preocupados con otro asunto.

–¿Preocupados? –preguntó, picada por la curiosidad, apagando la aspiradora–. ¡Cuénteme!

–Estamos buscando a una anciana de pelo corto y blanco. Lleva siempre un abrigo de pieles.

–¿Un abrigo de pieles? ¿En esta época? –preguntó la señora Catacaldos–. Entonces tiene la misma manía que la señora que vive abajo, junto al río. La que aúlla por las noches a la luna llena.

–¿A la luna? –gritó Teobromino–. ¡Ésa es la mujer que buscamos! ¿Sabe usted dónde vive?

–Sé prácticamente dónde viven todos los habitantes de esta ciudad –dijo la señora Catacaldos con modestia–. Al fin y al cabo, llevo sesenta años viviendo aquí.

–¿Y dónde vive exactamente? –preguntó Teobromino.

–Abajo, junto al río, hay una vieja esclusa –respondió la señora Catacaldos.

–¿Dónde está el pequeño puente de madera? –preguntó Teobromino.

–Exacto –afirmó la señora Catacaldos–. Junto a la esclusa hay un jardín grande y al final se puede ver una casa de una sola planta. Es suya. Vive allí.

–¡Gracias, señora Catacaldos! Nos ha ayudado muchísimo –dijo Teobromino–. Vaya a la cocina y prepárese un buen café, ¿de acuerdo? Nosotros iremos a visitar a esa anciana.

Un cuarto de hora más tarde, Teobromino, Max y Bello se encontraban frente a la puerta del jardín que la señora Catacaldos les había descrito. Junto a la puerta de hierro, bastante oxidado, había un cartel. La letra estaba algo amarillenta. Teobromino se inclinó y leyó:

–Blanca de Garratapavieja.

–¡De la segunda camada! –murmuró Max, como un gran entendido en perros.

La puerta estaba abierta. Los tres tomaron el camino de tierra que conducía a la entrada de la casa. En la puerta no había ningún cartel, pero sí un timbre. Teobromino pulsó el botón y aguzó el oído. En el interior de la casa reinaba un absoluto silencio. Teobromino tocó una segunda vez y, a continuación, una tercera. Nadie abrió.

De pronto, una voz masculina preguntó:

–¿Buscaban a la señora de Garratapavieja?

Los tres se giraron. La cabeza de un hombre se alzaba sobre el seto que separaba el jardín de la anciana del de sus vecinos. El hombre era viejo. Se apreciaba en la corona de pelo blanco que rodeaba su cráneo, calvo y bronceado, y por las muchas arrugas que tenía su rostro. Estaba podando el seto, que, a su izquierda, estaba perfectamente cercenado. A su derecha, en cambio, las ramas aún se alzaban desordenadamente.



–Sí –respondió Teobromino.

–¿Era usted pariente? –siguió preguntando el vecino.

–¿Pariente? No, somos más bien conocidos –dijo Teobromino.

–Querrá decir, *eran* conocidos –le corrigió el hombre–. ¿O no se ha enterado? La señora de Garratapavieja ha fallecido. El entierro fue anteayer.

–¿Ha fallecido? –repitió Teobromino–. ¿En serio ha fallecido?

Y diciendo esto, se sentó, aturdido, en los escalones que conducían a la puerta de la entrada.

–¿Ha fallecido? –preguntó también Max.

–Su muerte parece haberles afectado mucho –dijo el hombre, compasivo–. No se lo tomen tan a pecho. Era una señora muy mayor. Todos tenemos que morir algún día. Lo verdaderamente triste es que muera una persona joven. Pero para nosotros, los viejos, se trata más bien de una liberación.

–Ha fallecido. Hemos venido en vano –murmuró Teobromino.

–¿Me pueden esperar un momento? –preguntó el viejo–. Voy a buscar algo a mi casa.

–Sí, sí. Le esperaremos aquí sentados –dijo Teobromino.

La cabeza del hombre desapareció tras el seto.

Max y Teobromino aguardaron sentados en los escalones.

Bello, mientras tanto, rastreó el jardín y desapareció detrás de la casa. De pronto regresó, mordió una pernera de Teobromino y tiró de ella.

–¡Bello, déjame! –le ordenó Teobromino–. No me apetece jugar contigo ahora. No estoy de humor.

–Papá, creo que quiere mostrarte algo –gritó Max–. ¿Adónde nos quieres llevar, Bello?

–Bello se adelantó, dio la vuelta a la esquina, empujó la puerta de la veranda con el hocico y desapareció en el interior de la casa–. Bello ha descubierto que hay una puerta abierta –susurró Max siguiendo al perro de puntillas.

El vecino no debía saber que habían entrado en casa ajena.

Teobromino fue detrás de ellos.

–Vayamos a la cocina –susurró–. Rápido, antes de que regrese el vecino.

La primera puerta conducía al dormitorio, la siguiente a una especie de salón con muchos cojines y mantas en el suelo. Tras la tercera puerta encontraron, por fin, la cocina. En la pared había un único armario con puertas lacadas. Pero por mucho que buscaron... no encontraron ninguna botella con un líquido azul.

Finalmente salieron de la casa, aún más abatidos que antes, se sentaron en los escalones y aguardaron al viejo.

Un rato después, éste volvió a alzar su cabeza sobre los setos y preguntó:

–¿Puedo pedirles un favor?

–¿De qué se trata? –preguntó Teobromino.

–Supongo que, a la vuelta, pasarán por el centro de la ciudad.

–Sí, vivimos allí de hecho –dijo Teobromino.

–Perfecto. ¿Podrían hacerme un recado? Necesito llevar algo al centro, pero andar me cansa mucho, ¿sabe usted? Poco antes de fallecer, la señora de Garratapavieja me pidió que le hiciera un favor, que le llevara una cosa al farmacéutico Teobromino.

–¿Teobromino? –gritó Teobromino–. ¡Soy yo! ¡Yo soy el farmacéutico Teobromino!

–Qué casualidad –respondió el viejo–. Entonces irá a parar a manos de la persona correcta.

–¿De qué se trata? –preguntó Max impaciente–. ¿Qué nos tiene que dar?

–Esta botella –dijo el viejo alzando una botella grande sobre los setos. Estaba prácticamente llena de un líquido de color azul–. Me dijo que el farmacéutico sabría para qué utilizarlo.

Teobromino agarró la botella con mucho cuidado.

–¡Gracias! Muchas gracias por llevarse la botella y ahorrarme un viaje a la ciudad –dijo el viejo.

–De nada. Nos la llevamos con sumo gusto –dijo Max–. ¿Verdad, papá?

–Nada nos habría reportado mayor placer –respondió Teobromino.

## 28

# LA SEGUNDA METAMORFOSIS

Tan pronto la señora Celeste regresó del trabajo, llamaron a su puerta. Cuando la abrió, se encontró a Teobromino, a Max y a Bello. Teobromino portaba un pequeño cuenco de porcelana en la mano y Max llevaba un batín de farmacia en el brazo.

–¿Sí? –preguntó.

–Señora Celeste –dijo Max–. Por fin, papá podrá demostrarle que no era su intención ofenderla. Que no mintió. ¿Podríamos pasar?

La señora Celeste vaciló un momento. Después miró fijamente a Teobromino y le dijo:

–No sé de qué juego se trata esta vez, pero, de acuerdo, entren.

–Gracias, señora Celeste –respondió Teobromino.

Los tres la siguieron hasta el salón.

–Adelante, tomen asiento –dijo señalando un sofá floreado–. Confío en que no me eche un discurso como el del otro día.

Teobromino y Max se sentaron en el sofá. Max colocó el batín a un lado y Teobromino conservó el cuenco en la mano.

La señora Celeste se sentó en el sillón frente a ellos.

Tras pronunciar la palabra «eche», Bello se había tumbado en el suelo. Pero como antes de la metamorfosis de Bello aún quedaban algunas cosas por aclarar, éste podía de momento quedarse tumbado.

–Señora Celeste, usted no quiso creerme, cuando le dije que este perro era antes el señor Bello –comenzó diciendo Teobromino–. Creyó que me estaba burlando de usted.

La señora Celeste bajó nerviosa la mirada hacia la moqueta y movió la mano con gesto negativo:

–No empiece otra vez con esa historia –dijo–. Si quiere disculparse, le acepto sus disculpas. Somos adultos y, probablemente, encontraremos alguna de forma de volvernos a llevar bien. Le ruego, eso sí, que acabe con las mentiras.

–Pero lo que quiero demostrarle es que no se trataba de una mentira –gritó Teobromino–. ¡Vamos, Bello, levántate!

Pero la señora Celeste también se levantó y Max percibió que estaba a punto de mandarles, a él y a su padre, de vuelta al primer piso.

–Señora Celeste, observe atentamente por favor –gritó Max–. ¡Bello, ven aquí y sube

la pata derecha! –ordenó al perro a continuación.

Bello se acercó a Max y levantó la pata derecha.

–¡Ahora la pata izquierda! –dijo Max.

Y Bello levantó la pata izquierda.

–No es posible –dijo la señora Celeste sentándose de nuevo–. Un adiestramiento increíble.

–No es ningún adiestramiento, señora Celeste –dijo Max–. El perro comprende todo lo que le decimos porque una vez fue persona. Preste atención. Bello, ¿la señora Celeste es guapa?

El perro asintió enérgicamente con la cabeza varias veces.

–¿La señora Celeste cree que una vez fuiste persona?

El perro sacudió la cabeza.

–No entiendo nada... –dijo la señora Celeste sin acabar la frase.

Era evidente que no sabía qué decir.

Teobromino se levantó y colocó el pequeño cuenco de porcelana en el suelo. Contenía un líquido de color azul celeste.

–Querida señora Celeste, preste mucha atención –dijo–. El cuenco contiene el brebaje del que le hablé. Bello se lo beberá ahora.

–Espera papá –gritó Max–. ¿Cómo debe colocarse Bello? ¿Así o así? –le susurró al oído.

–¿Cómo que así o así? –le preguntó Teobromino sin comprender.

–Bueno, cuando vuelva a convertirse en persona, estará desnudo. ¿Qué es mejor? ¿Que se coloque de frente o de espaldas a ella?

–Buena pregunta –susurró Teobromino–. Hum. Quizá sea mejor que se coloque de espaldas. Luego le pones rápidamente el batín. Para eso lo hemos traído.

–Ya, pero no creo que a la señora Celeste le resulte agradable que le mostremos el trasero del señor Bello –susurró Max.

–Puede que tengas razón –le contestó Teobromino en voz baja–. Tapa a Bello con el batín de forma que pueda verle la cara cuando se transforme.

–¡Bello, puedes beber el líquido! –dijo en voz alta.

El perro hundió el hocico en el cuenco y comenzó a beber el líquido.

Al principio no ocurrió nada. Pero, acto seguido, Bello comenzó a emitir ruidos extraños que procedían de todo su cuerpo. Como cuando crujen los huesos. Todo sucedió exactamente de la misma forma que ocurrió en la rebotica de la farmacia en aquel entonces, cuando se transformó la primera vez. Bello creció y creció, el pelo fue desapareciendo poco a poco, el hocico retrocedió transformándose en una boca de persona, Bello se levantó... y, poco después, apareció un hombre velludo con un collar de perro alrededor del cuello.

La señora Celeste gritó asustada cuando, de pronto, vio asomar la cabeza de un hombre por encima del batín.

Max le puso rápidamente el batín al señor Bello.

El señor Bello bajó la mirada y dijo entusiasmado:

–El señor Bello es una pursona. El señor Bello vuelve a ser una pursona –se dirigió a la señora Celeste, le extendió la mano y le dijo–: ¡Bue-nas tar-des, encantado!

En un principio, la señora Celeste se quedó muda. Sentada en el sofá, miraba atónita al señor Bello.

Después extendió lentamente su mano, sacudiendo la cabeza, y estrechó la del señor Bello.



–No puedo creerlo. Esto es magia. ¿Cómo puede ser? –preguntó–. Lo he visto con mis propios ojos y no puedo creerlo.

Teobromino estaba a su lado, sonriente, disfrutando de su desconcierto.

–¿Me cree ahora? –preguntó.

El señor Bello golpeteó con los dedos a la señora Celeste en el hombro y dijo:

–¡Papá Teobromino no ha mentido!

Teobromino no pudo evitar corregir al señor Bello en voz baja:

–¡Teobromino a secas, sin «papá»!

La señora Celeste se levantó y se acercó a Teobromino.

–He sido realmente injusta con usted. Soy yo la que debe disculparse, no usted. Lo siento mucho, muchísimo –dijo–. ¿Qué puedo hacer para compensarle?

Teobromino la tomó de la mano y dijo:

–¿Sigue pensando lo que dijo cuando se marchó del restaurante?

–¿Qué dije? –preguntó–. Estaba tan exaltada e indignada. No recuerdo lo que dije.

–Que siempre se enamora de los hombres que no debe –dijo Teobromino.

–Eso no es cierto –le contrarió la señora Celeste.

–Sí, sí, lo escuché perfectamente –dijo Teobromino.

–Lo que intento decir es que no siempre me enamoro de los hombres incorrectos.

Quizá esta vez lo haya hecho del correcto.

–¡Vamos, señor Bello! –dijo Max–, creo que es momento de marcharnos. Aquí sobramos. En una película, vendría ahora el momento del abrazo y del beso.

Max recogió el cuenco del suelo y salió con el señor Bello.

Pero al llegar a la puerta se giró y esbozó una sonrisa irónica:

–¿No te lo dije, Bello? ¡Igual que en las películas!

## MAX TIENE LA ÚLTIMA PALABRA



Cuando llegué a casa, el señor Bello agarró la botella, vertió una cucharadita del brebaje azul en el cuenco y añadió una taza de agua.

–¿Pretendes salir así? –le pregunté.

–¿Así? –preguntó.

–Ven, vamos a vestirme decentemente. No puedes salir a la calle con ese batín.

–Pero el señor Bello ya salió una vez con use batín a la calle.

–Sí, y la policía te pilló –dije–. ¿Quieres acabar de nuevo en la comisaría?

–No, el señor Bello no quiere acabar –respondió, y, como un buen chico, me siguió al dormitorio de papá.

La ropa no le resultó molesta, pero sí los zapatos. Había olvidado por completo que las personas llevaban zapatos. Al principio se quejó como la primera vez y recorrió el salón con un andar cómico levantando el pie a cada paso, como una cigüeña.

–Ahora tienes mejor aspecto. No llamarás la atención en el parque. Seguro que funciona –dije, pero entonces recordé algo importante–: ¡Necesitas un vestido!

–¿Vestido? –preguntó el señor Bello. Después comprendió–: Sí, es cierto. ¡Un vestido!

–Mira en lo alto del armario de papá –le ordené–. Yo no llego, soy demasiado pequeño. En lo alto debe haber una caja.

El señor Bello bajó la caja del armario y la colocó en la cama de papá. Primero limpié el polvo de la colcha, pues la caja estaba completamente sucia, y abrí la tapa.

Allí estaba el vestido que mamá había llevado hacía muchos, muchos años. Creo que en su pedida de mano. Cuando le había quedado estrecho, quiso utilizarlo para limpiar los zapatos, pero papá no le dejó y había escondido el vestido en la caja. Después lo había olvidado en lo alto del armario.

–Bueno, ya puedes marcharte –dije–. ¡Mucha suerte, señor Bello!

–Gracias, Max –dijo, intentando lamerme la cara.

–Está bien, señor Bello –dije riéndome y apartándole–. ¡Vete de una vez!

–El señor Bello se va de una vuz –afirmó.

Le abrí la puerta.

Se había colocado el vestido alrededor del cuello, en forma de bufanda, y llevaba el cuenco con cuidado entre las manos.

Había oscurecido, cuando papá y la señora Celeste bajaron.

–Verena y yo hemos decidido celebrar esta noche nuestra reconciliación –dijo–. Con una buena cena y una botella de cava.

–¿Verena? –pregunté–. Ah, comprendo.

–Tú también puedes llamarme Verena –dijo la señora Celeste.

Papá buscó alrededor y preguntó:

–¿Dónde está el señor Bello?

–Ha salido. Ha ido al parque. Había quedado con alguien –respondí.

En circunstancias normales, papá habría preguntado con quién había quedado. Pero estaba tan ocupado en intercambiar miradas con la señora Celeste que no escuchó bien y dijo:

–Ah, sí, al parque.

Cuando estábamos sentados a la mesa –papá estaba ocupado intentando abrir la botella de cava– llamaron a la puerta.

–Max, abre por favor. Debe de ser el señor Bello –dijo.

El corcho de la botella saltó.

Era el señor Bello, pero no venía solo.

A su lado había una mujer joven y guapa. Tenía el cabello ondulado de color rojizo y llevaba un lazo violeta que no hacía juego con el rojo de su melena.

Papá sirvió el cava en las copas y preguntó:

–¿Quién es?

–Mi novia –dijo el señor Bello orgulloso.



–¿Tienes novia? –preguntó papá sorprendido.

–Tú también –respondió el señor Bello, lanzando una mirada irónica a la señora Celeste.

–Yo... bueno, no sabía que tuvieras novia –dijo papá. La saludó con una inclinación de cabeza y dijo–: Pase, por favor.

Yo estaba junto a ellos, pues les había abierto la puerta, y escuché que el señor Bello le susurraba:

–Extiende la mano. ¡A las pursonas no les gusta que les laman la cara!

La mujer pelirroja extendió la mano a papá.

–Perfecto –la elogió el señor Bello.

Pero recogió la mano antes de que papá pudiera estrecharla.

–¿Cómo se llama? –preguntó papá.

–Me llamo Adriana Tisú –respondió.

–Hola, Adriana –dije, guiñando un ojo al señor Bello.

–¿La conoces? –preguntó papá.

–Sí, nos hemos visto alguna vez –respondí–. En el parque.

–Tiene usted un vestido muy bonito, señora Tisú –dijo papá–. Me resulta familiar.

–¿Papá Teobromino nos durá algo de comer? –preguntó el señor Bello mirando impaciente la mesa.

Esta vez papá no se entretuvo en explicarle al señor Bello que no era *su* papá, sino el mío. Y es que papá tenía un problema mayor.

–Dime, señor Bello, tienes intención de quedarte a vivir con nosotros, como antes, supongo –comenzó.

–Sí, el señor Bello duerme con Max –afirmó el señor Bello.

–¿Y tu novia? –preguntó papá.

–También duerme con Max –respondió el señor Bello.

–Eso no puede ser, señor Bello –dijo papá lanzando una mirada tímida a la novia del señor Bello–. Espero que lo comprenda.

La señora Celeste, que hasta el momento había permanecido callada, intentó ayudar a papá:

–Realmente es imposible, señor Bello, tiene usted que comprenderlo –dijo–. Dos adultos no pueden dormir juntos en la habitación de Max. No puede ser.

El señor Bello nos miró a todos y cada uno con gesto de tristeza.

–¿No pude ser? –preguntó.

Y entonces entré en escena.

–Se me ha ocurrido una idea –dije.

Todos me miraron expectantes.

–¿Qué os parece? La señora Celeste, es decir, Verena, podría mudarse aquí con papá y conmigo. Y Bello y su novia podrían vivir en el segundo piso. Se quedaría libre. ¿No sería una buena solución?

Papá miró a Verena y dijo:

–Por mi parte, no tengo nada que objetar.

A Verena se le subieron algo los colores y dijo:

–De acuerdo, pensaré en ello.

¡Y, finalmente, mi propuesta fue llevada a la práctica!



## EPÍLOGO



Después de haber escrito los dos guiones de *Sams* con el productor cinematográfico y escritor Ulrico Limmer, nos fuimos de vacaciones con nuestras familias. Por las noches solíamos sentarnos junto a la chimenea e inventarnos historias. En especial una, que creció y creció hasta tomar forma. Días tras día contábamos la historia de Max y de su padre, y de cómo el perro Bello se convirtió en el señor Bello.

Cuando regresé a casa, escribí la historia. Y quién sabe... quizá algún día Ulrico Limmer la lleve al cine.

Título original: *Herr Bello und das blaue Wunder*

Edición en formato digital: junio de 2011

Colección dirigida por Michi Strausfeld

Texto de Paul Maar, ilustraciones de Ute Krause  
© Verlag Friedrich Oetinger GmbH, Hamburgo, 2005  
© De la traducción, María Falcón Quintana, 2006  
© Ediciones Siruela, S. A., 2006, 2011  
c/ Almagro 25, ppal. dcha.  
28010 Madrid.

Diseño de la cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9841-698-5

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

[www.siruela.com](http://www.siruela.com)

# Índice

1 MAX NOS CUENTA	6
2 TEOBROMINO Y DON MILLARDO	11
3 LA EXTRAÑA ANCIANA	14
4 MAX NOS CUENTA Y EXPERIMENTA	18
5 EL ABONO MILAGROSO	22
6 MAX NOS SIGUE CONTANDO	28
7 MAX NOS HABLA DEL PERRO BELLO	34
8 MAX NOS HABLA DEL SEÑOR BELLO	41
9 DOS SORPRESAS PARA TEOBROMINO	48
10 MAX NOS VUELVE A CONTAR	54
11 EN LA COMISARÍA	57
12 MAX NOS HABLA SOBRE LA EDUCACIÓN DEL SEÑOR BELLO	62
13 PLANES GASTRONÓMICOS Y OTRAS CURIOSIDADES	69
14 MAX NOS HABLA BREVEMENTE DE UN CONCIERTO BREVE	74
15 LA MENTIRA DE TEOBROMINO	77
16 BUSCADOS Y ENCONTRADOS	84
17 DOS SE QUEDAN PATIDIFUSOS	90
18 MAX DA CONSEJOS PROFESIONALES	93
19 UNA PEQUEÑA CARTA CON ENORMES CONSECUENCIAS	98
20 MALAS NOTICIAS	104
21 LA METAMORFOSIS	107
22 UNA CONVERSACIÓN UNILATERAL ENTRE HOMBRES	111
23 UNA VISITA INESPERADA	115
24 MAX ESTÁ CONFUSO	122
25 UN ENSAYO DEL CORO	127

26 MAX ORGANIZA UN PLAN	130
27 A LA BÚSQUEDA	134
28 LA SEGUNDA METAMORFOSIS	139
29 MAX TIENE LA ÚLTIMA PALABRA	143
EPÍLOGO	148
Créditos	149